

Antón Chéjov

El jardín de los
cerezos



E LEJANDRIA

A decorative golden emblem at the top of the cover, featuring two stylized birds with spread wings, facing each other, with a central vertical element.

Antón Chéjov

El jardín de los
cerezos



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL JARDÍN DE LOS CEREZOS -COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA-

ANTÓN CHÉJOV

**PUBLICADO: 1920
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCCIÓN: SATURNINO XIMÉNEZ
CALPE MADRID-BARCELONA**

ÍNDICE

Prefacio	7
El jardín de los cerezos	13
El misterio	123
El hombre irascible	133
Un viaje de novios	149
La víspera de la cuaresma	159
En la Administración de Correos	167
Un padre de familia	173
El fracaso	187
La cronología viviente	181
La víspera del juicio	193
Los extraviados	203
Los simuladores	211
Los hombres que están de más	219
El camaleón	231
La muerte de un funcionario público	239
¡Qué público!	245

PREFACIO

Antón Vaulvritch Chejov, al escribir EL JARDÍN DE LOS CEREZOS—que fué una de sus últimas obras—, propúsose describir una serie de tipos que se mueven dentro del cuadro de una finca rústica, en la Rusia contemporánea; claro es que en la Rusia anterior a la guerra y a la revolución. La forma dialogada que dió a su trabajo favoreció la transformación de éste, después de la muerte de su autor ^[1], en una comedia en cuatro actos, que obtuvo, en el Teatro Artístico de Moscú, éxito considerable y quedó de repertorio definitivamente. Por extraña ironía de la suerte, Chejov, cuyas tentativas dramáticas habían sido acogidas con frialdad, alcanzó póstumo triunfo teatral precisamente con una obra que no había sido escrita para la escena.

El texto ruso, calcado sobre el primitivo original y presentado como «Comedia en cuatro actos», no reúne condiciones escénicas. Llevado a las tablas tal como se editó, su fracaso, aun ante el público más indulgente, hubiera sido irremediable. Suprimiéronse episodios, abreviáronse escenas. Aun así, el diálogo era monótono, interminable; las repeticiones ponían a prueba la paciencia del lector. Chejov, tan maestro en el arte de apuntar, de un solo rasgo, una impresión fugitiva; en descubrirnos el carácter de un personaje mediante ligerísimas pinceladas; tan simple y conciso de ordinario, cae fácilmente en la proligidad. EL JARDÍN DE LOS CEREZOS parece ser esbozo de un vasto lienzo en que el autor hubiera desplegado sus altas cualidades de observador, de psicólogo, de humorista, de poeta sentimental. Porque de todo ello había en la manera de este escritor. El autor de las presentes líneas conoció a Chejov cuando éste no había cumplido aún sus veinticinco años. Era un joven modesto, reservado; hablaba poco y meditaba mucho, y apenas hechas sus primeras armas en el campo literario, las decepciones le

amargaban. Acababa de compilar, bajo el título de *En el Crepúsculo*, una serie de cuentos y novelitas publicadas en periódicos y revistas sin importancia. El narrador de primer orden revelábase ya. *La Bruja* y *La Pesadilla* son pequeñas obras maestras. Sus primeros ensayos, reunidos en volumen, vendíanse, porque Rusia es un gran mercado; pero el éxito, el que forja la reputación y la gloria, no venía.

El carácter un poco arisco de Chejov no le granjeaba precisamente simpatías. Achacábase a presunción y a orgullo lo que, en el fondo, no era sino timidez. Los críticos tachaban de falsa su sencillez, calificaban de groseros sus chistes, y no pocos veían en él una superficialidad ingeniosa y brillante, detrás de la cual no existía nada. Chejov continuaba escribiendo novelas cortas y más novelas cortas, como si pretendiera especializarse en este género. Éxitos fueron la *Historia melancólica*, *La sala número 6*, *El relato de un desconocido*. Alguien ha dicho de Chejov que «se mostró artista superior en un género inferior». Muchos de sus relatos breves quedarán como modelos. Observaba, sentía, y como si temiera que la realidad se le escapase, trasladábala al papel con rasgos rápidos, agudos, crueles. Antes de tener tiempo de profundizar un caso, analizarlo y desenvolverlo, nuevas sensaciones asaltaban su espíritu. Así llama la atención la increíble diversidad de sus tipos, la sucesión de episodios imprevistos que intercala en sus relatos, lo copioso y minucioso de los detalles. La materia le sobraba; él acopiábala de continuo; sin embargo, cuando intentaba tomar grandes vuelos, elevarse por encima de la vida usual, faltábale el aliento y deteníase a poco de haber movido sus alas.

Consecuente con la gran tradición literaria rusa, Chejov es un humorista. Su humorismo pone de relieve, hace resaltar, engrandece, extrae de la vulgaridad lo que tratado seriamente resultaría tal vez pálido y vulgar. Es el procedimiento empleado por Gogol, Chtchedrin, Lieskof, y más o menos, por la mayor parte de los novelistas rusos. En ocasiones, lo trágico y lo cómico confúndese de tal suerte que es imposible deslindarlos. [La sala número 6](#) ^[2] es, en una clínica, el departamento destinado a los que padecen alucinación mental; tugurio infame, poblado de chinches, mal ventilado y pestilente. El médico se obstina en meter en la

cabeza de los locos que vivir allí o al aire libre, tener hambre o satisfacer el apetito, ser bien tratado o recibir puñetazos de parte del guardián Nikita, es exactamente igual. El verdadero bienestar y la felicidad no dependen de tales pequeñeces. El guardián Nikita, oyendo la exposición de esas teorías, juzga que el doctor es digno de compartir la suerte de sus enfermos, y cuando al fin, fatalmente, llega a caer bajo su jurisdicción, aplicándole el mismo tratamiento que a los otros, le administra una paliza brutal que le causa la muerte.

En EL JARDÍN DE LOS CERZOS, lo cómico y lo trágico se mezclan de modo que entre sus personajes los hay, que son al propio tiempo trágicos y cómicos. En plena sátira, surge la nota sentimental. Un jardín de cerezos en flor es eje de toda la acción. Los actores nos descubren sucesivamente sus almas, y sin el menor esfuerzo mental, acabamos por familiarizarnos con todos ellos, cual si los conociéramos desde larga fecha. Ninguno de los que desempeñan papel principal será el genuino protagonista. Hay que seguir pacientemente el diálogo hasta el fin. Y pocos segundos antes del fin, el protagonista, que no habíamos sospechado, pues hasta entonces no pasaba de ser un tipo meramente episódico, aparece con una magnitud comparable a la de los héroes de la tragedia griega.

1. ↑ Chejov, nacido en 1800 en Moscú, falleció en 1905 en Yalta (Crimea).
2. ↑ Traducida al castellano y publicada en la Colección Universal CALPE, con ese mismo título.

NOVELA DIALOGADA

PERSONAJES

LUBOVA ANDREIEVNA RANEVSKAIA, propietaria rural.

ANIA, diez y siete años, su hija.

VARIA, veinticuatro años, su hija adoptiva.

LEONIDAS ANDREIEVITCH GAIEF, hermano de Lubova Andreievna.

YERMOLAI ALEXIEVITCH LOPAKHIN, mercader.

PIOTOR SERGINEVITCH TROFIMOF, estudiante.

PITSCHIK BORISAVITCH SIMEACOF, pequeño propietario rural.

CARLOTA YVANOVNA.

SIMEON PANTELEIVITCH EPIFOTOF, administrador.

DUNIASCHA, camarera.

FIRZ, ochenta y siete años, camarero.

YASCHA, joven ayuda de cámara.

Un desconocido.

El jefe de la estación del ferrocarril.

PESTOVITCH TCHINOVNIK, funcionario público.

Gente en visita.

Sirvientes.

CAPÍTULOS

(no listados originalmente)

- [Primera parte](#)

- [Segunda parte](#)
- [Tercera parte](#)
- [Cuarta parte](#)

PRIMERA PARTE

Casa-habitación en la finca de Lubova Andreievna. Aposento llamado «de los niños», porque allí durmieron siempre los niños de la familia. Una puerta comunica con el cuarto de Ania. Muebles sólidos, de caoba barnizada, estilo 1830. Macizo velador. Amplio canapé. Viejo armario. En las paredes, litografías iluminadas. Despunta el alba de un día del mes de mayo. Luz matinal, tenue, propia de los crepúsculos del Norte. Por la ancha ventana, el jardín de los cerezos muestra todos sus árboles en flor. La blancura tenue de las flores armonizase con la suave claridad del horizonte, que se ilumina poco a poco. El jardín de los cerezos es la belleza, el tesoro de la finca; es el orgullo de los propietarios. Aquí están Dumiascha, en pie, con una vela en la mano; Lopakhin, sentado, con un libro abierto delante de sus ojos.

LOPAKHIN. *(Aplicando el oído.)*

Paréceme que el tren ha llegado por fin. ¡Gracias a Dios! ¿Puedes decirme qué hora es?

DUNIASCHA.

Son las dos. *(Apaga la bujía.)* Ya lo ve usted, amanece.

LOPAKHIN

El tren lleva dos horas de retraso, por lo menos. Pero ¿quién se admira ya de los retrasos de trenes? Después de todo, soy un imbécil. Si, soy un imbécil. Vine justamente para ir al encuentro del tren. Procediendo con toda la calma imaginable, hubiera llegado a tiempo, puesto que el tren anda retrasado dos horas, como de costumbre. Tomé un libro para mantenerme despierto, y me dormí apenas hube leído las primeras líneas. ¿Por qué no me despertasteis, Duniaschat?

DUNIASCHA.

Muy sencillo. Porque supuse que se habría despertado sin necesidad de mí. (*Escuchando rumores que vienen de fuera.*) Ya llegaron... ¡Escuche...!

LOPAKHIN. (*Escuchando a su vez.*)

No. ¡Esto no puede ser! Teníamos que haber recogido el equipaje, hacerlo cargar, acomodarlo en los coches, y eso, y lo otro, y lo de más allá... ¿Cómo es posible que ya estén ahí...? Lubova Andreievna ha residido en el extranjero por espacio de cinco años. Mucho debe de haber cambiado. En el extranjero se contraen nuevos hábitos, se cambian las ideas, se modifica el carácter. Como quiera que sea, Lubova Andreievna es una excelente mujer, llana, tratable, de buen corazón. Me acuerdo de que, siendo yo un muchachuelo de ocho años, mi padre, mercader de un pueblo inmediato, me pegó en la cara, no sé por qué, y me brotó sangre de la nariz. Lubova Andreievna, entonces tan jovencita, tan delgada, tan candida, me tomó de la mano, me condujo al lavabo, que precisamente se hallaba en esta habitación, y me dijo: «No llores, aldeanito, no llores; esto no será nada. De aquí a tu boda, todo habrá pasado... [1]. ¡Ah, sí; aldeanito! En efecto: mi padre era un labriego, nada más que un insignificante labriego; pero yo, ahora, uso chaleco blanco y calzo botas amarillas... No cabe duda, soy rico; tengo muchísimo dinero, aunque reflexionándolo bien, mirando las cosas como son, yo, a mi vez, no soy sino un labriego... Quise leer este libro, hice lo posible por leerlo, trate de comprender, y nada comprendí. Las letras impresas me trajeron el sueño, y me dormí profundamente.

DUNIASCHA.

Los perros, sin embargo, no se duermen jamás cuando esperan a sus amos.

LOPAKHIN.

¿Qué te ocurre, Duniasha? Tu actitud me causa extrañeza.

DUNIASCHA.

Mis manos tiemblan. Mis piernas flaquean. Tengo miedo de caer.

LOPAKHIN.

Ello viene de que tú eres muy impresionable, de que tú te enterneces demasiado. Hay algo en ti que no me agrada del todo; tú vistes como una señorita. No es posible continuar así. Debes acordarte de ti misma y hacerte cargo de cuál es tu verdadera condición.

EPIFOTOF.

(Entra con un gran ramo de flores y con el traje de los domingos. Tropezada, y el ramo cae al suelo.)

El jardinero me encomendó este ramo, diciéndome que había que colocarlo en un jarrón, sobre la mesa. *(Epifotof entrega las flores a Duniasha, y ella cumple el encargo.)*

LOPAKHIN. *(Dirigiéndose a Duniasha.)*

Te he dicho que me traigas *kwass* [2].

DUNIASCHA.

Ahora mismo. *(Vase.)*

EPIFOTOF.

Es ya de día... Tres grados bajo cero, y todos los cerezos en flor... Yo no puedo aprobar este clima. *(Suspira.)* ¡Ah! ¡No! Es absurdo. Nuestro abominable clima va siempre contra nuestra conveniencia. Permítame usted, Yermolai Alexievitch, que le explique mi caso: hace tres días compré un par de botas; mírelas, son éstas que llevo. Las malditas, se lo aseguro, hacen tal ruido que no hay modo de

andar con ellas. ¿Qué hacer? ¿Cómo podría yo engrasarlas para que no rechinen?

LOPAKHIN.

¡Déjame en paz! Me fastidias con tus estúpidas historias.

EPIFOTOF.

Todos los días me ocurre algo desagradable. Al fin y al cabo, yo no me lamento. Ya empiezo a acostumbrarme a las contrariedades crónicas. Ellas me hacen ya sonreír.

DUNIASCHA.

(Entra y presenta a Lopakhin el vaso de «kwas».)

Está servido el señor.

EPIFOTOF.

Voy a... (Pronuncia frases incoherentes, va de un lado para otro y sale.)

DUNIASCHA.

Tengo que decirle, Yermolai Alexievitch, que Epifotof quiere casarse conmigo; ha pedido mi mano...

LOPAKHIN.

¡Ah...!

DUNIASCHA.

¿Por qué no? Es una persona tranquila. Su único defecto es que cuando empieza a hablar no sabe contenerse, y habla, habla... No se le entiende todo lo que dice. Pero habla con entusiasmo, convencido de que sus palabras tienen un valor. A mí, a decir verdad, no me disgusta. Me quiere locamente. En el fondo, es una

persona que no tiene suerte. Cada día le sucede alguna peripecia. En su casa se burlan de él. Le dan el nombre de el «Ventidos desgracias».

LOPAKHIN. *(Aplicando el oído.)*

Duniascha, paréceme que llegan...

DUNIASCHA.

¡Llegan...! ¡Dios grande...! Casi me dan escalofrios..., ¡brrrr!

LOPAKHIN.

En verdad, llegan. Vamos a su encuentro. ¿Me reconocerán todavía? ¡Cinco años hace que no nos hemos visto!

DUNIASCHA. *(Con agitación.)*

Me siento mal. No me sostengo en pie. *(Vacila.)* Oíd, oíd... *(Óyense ruidos de carruajes que se aproximan.)* Se acercan... *(Lopakhin y Duniascha precipítanse fuera de la habitación. Ésta queda vacía. Poco después aparece Firs, el viejo servidor, caminando difícilmente, apoyado en un bastón, y dirígese hacia la salida, por donde deben llegar los viajeros. Va vestido a la antigua. Lleva librea y sombrero de copa. Articula frases ininteligibles, como paralizado por la emoción. Óyense frases pronunciadas desde fuera.)* Pasemos por aquí... Eso es..., por aquí...; ya estamos. *(Lubova Andrejevna y Carlota Yvanovna entran. Carlota lleva tras sí, atado, a su perrito. Ambas están en traje de viaje. Siguen Ania, elegante; Gaief, Simeacof, Pitschik, Lopakhin y Duniascha, cargados de paquetes, paraguas y sombrillas. Camareras y criados transportan los bailes.)*

ANIA.

¿Te acuerdas, mamá, de esta habitación?

LUBOVA ANDREIEVNA. *(Con lágrimas de gozo.)*

¡Si, me acuerdo! Esta es la habitación de los niños.

VARIA.

¡Qué frío hace! Mis manos están heladas. *(Dirigiéndose a Lubova Andreievna.)* Nuestros aposentos, mamá, el azul y el violeta, siguen siendo los mismos. Ninguna variación hubo en ellos. Tal como los dejamos, tal están.

LUBOVA. *(Mirando en derredor suyo.)*

Verdaderamente, esta habitación de los niños es encantadora. Aquí dormí yo siendo niña, muy niña. *(Llora.)* Y hoy, ¿por qué no decirlo?, vuelvo a ser una niña... *(Abraza a su hermano, a Varia, y de nuevo a su hermano.)* Varia, como siempre, parece una monja... Y aquí está Duniascha; la reconozco bien; no ha cambiado en nada. *(Abraza a Duniascha.)*

GAIEF.

El tren lleva dos horas de retraso. ¡Qué desorden! Este país no se parece a ningún otro. Mejor fuera que no hubiese ferrocarriles...

CARLOTA. *(A Pitschik.)*

Mi perro come hasta las nueces.

PITSCHIK.

¡Figúrense ustedes..! Un perro que come nueces. ¿Es posible? *(Todos salen, a excepción de Ania y Duniascha.)*

DUNIASCHA.

¡Con cuánta impaciencia, señorita, les hemos esperado! *(Ayuda a Ania a quitarse el abrigo y el sombrero.)*

ANIA.

Hace cuatro noches que no pude pegar los ojos. Siento mucho frío.

DUNIASCHA.

Como salieron ustedes durante la Cuaresma, temíamos la nieve y el hielo... No pueden imaginar hasta qué punto me inquietaba yo por su regreso. Deseaba verlos de nuevo. Deseaba, sobre todo, referirle mi dicha...

ANIA. *(Con apatía.)*

Alguna nueva sandez.

DUNIASCHA.

Él también se impacienta. ¿Sabe de quién le hablo? ¿Quién es el culpable? Epifotof, que pidió mi mano para después de Pascua.

ANIA.

Siempre la misma cosa. *(Arreglándose el peinado.)* He perdido todos mis alfileres. *(Titubea, fatigada.)*

DUNIASCHA.

Yo no sé verdaderamente que pensar; él me ama, me ama tanto...

ANIA. *(Dulcemente, sin pasar el dintel.)*

Mi habitación, mis muebles, mis ventanas, como si nunca las hubiera abandonado. Ahí están. Me encuentro en mi casa. Mañana por la mañana al levantarme iré al jardín. ¡Ah! Si pudiera dormirme en seguida. No he dormido en todo el viaje. La angustia me impedía conciliar el sueño.

DUNIASCHA.

Señorita, hace tres días que Piotor Serginevitch llegó.

ANIA. *(Con alegría.)*

¿Pietcha? [3].

DUNIASCHA.

Le hemos alojado en la casita del baño. Allí duerme. Dice que no quiere molestar. *(Mirando su reloj.)*

ANIA.

¿No convendría despertarlo?

DUNIASCHA.

Bárbara Chichailovna nos lo prohibió, diciendo: «Cuidado con despertarlo.»

VARIA. *(Las llaves colgantes del cinto.)*

Duniascha, date prisa. Mamá desea tomar café.

DUNIASCHA.

Al instante; voy a prepararlo. *(Váse.)*

VARIA.

En fin. Anita mía, de nuevo te veo en casa. *(Acariciándola.)* Mi querida Ania está de regreso. ¡Bravo!

ANIA.

Bastante he sufrido, créelo.

VARIA.

Lo creo.

ANIA.

Me puse en viaje en la primera semana de Cuaresma. El frío era intenso. Carlota charlaba sin cesar, me trastornaba el seso. ¿Por qué me la diste como compañera?

VARIA.

A tu edad, a los diez y siete años, no podías viajar sola.

ANIA.

Llegamos a París. Hacía frío. La nieve tapizaba los techos y las calles. Yo hablo el francés bastante mal. Mamá vivía en el quinto piso. Al entrar en su alojamiento, vi algunos franceses y señoras, y un cura anciano, con un libro. El desorden allí era grande. El humo de los cigarrillos invadía la atmósfera. Allí no se sentía uno a sus anchas. Súbitamente, mamá me inspiró compasión. Cogí su cabeza entre mis manos, la estreché, la cubrí de besos. No me era posible soltarla. Mamá me acariciaba, llorando copiosamente.

VARIA. *(A través de las lágrimas.)*

No hables... No hables..., mi querida Ania.

ANIA.

Han vendido la villa que tenía cerca de Menton. Nada le queda, absolutamente nada. ¡Qué ruina! ¡Qué desastre! Estamos sin un *copek*. Lo que nos restaba, apenas nos bastó para el viaje. Mamá no comprende. ¡Con decir que en el restaurante de la estación pidió los platos más caros y dió al mozo una propina regia...! Carlota, por su parte, y Yascha también, comieron lo que más caro costaba. Hubiérase dicho que no sabíamos qué hacer con nuestro dinero.

¡Terrible! ¡Gastar así cuando en la bolsa no hay más que aire! ¿Por qué hacer venir a Yascha, el ayuda de cámara de mamá, con nosotros? ¿De qué podrá servirnos?

VARIA.

Buen perillán está...

ANIA.

¿Y la contribución? ¿Se ha pagado?

VARIA.

Ciertamente que no.

ANIA.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?

VARIA.

En el mes de agosto próximo, la propiedad será vendida por mandamiento judicial.

ANIA.

¡Dios mío...! (*Lopakhin, entreabriendo la puerta, escucha.*)

ANIA. (*A Varia en dos baja.*)

¿Y Lopakhin, te ha propuesto la boda? (*Varia hace un signo de cabeza negativo.*)

ANIA.

Él te quiere, sin embargo. ¿Por qué no os explicáis? ¿Qué esperáis, pues?

VARIA.

Me parece que esto no va a seguir adelante. El hombre está ocupadísimo. No piensa, no tiene tiempo de pensar en mí. No me presta la menor atención. ¡Que Dios le bendiga! Me causa pena el verle. Todo el mundo se ocupa de nuestro matrimonio, todos nos felicitan, y, en realidad, no hay nada de serio ni de real. No es más que una ilusión... *(Cambiando de tono.)* Ania, tu broche tiene la forma de una abeja.

ANIA. *(Tristemente.)*

Es mamá quien me lo confió... En París, sabes, subí a un globo cautivo.

VARIA.

Me parece mentira que estés de vuelta. *(Abrazándola.)* Mi buena, mi querida Ania, ha llegado por fin.

DUNIASCHA. *(Con la cafetera y un juego de café.)*

El café para Lubova Andreievna.

VARIA.

Todo el día lo consagro a las faenas domésticas y mientras trabajo, sueño. Yo me digo: es necesario que te cases con una persona rica, y de esta suerte vivirás tranquila; luego, irás en peregrinación a algún santuario, a Kief..., a Moscov..., recorrerás todos los lugares santos...

ANIA.

Las alondras cantan en el jardín. ¿Qué hora es ya?

VARIA.

Me parece que las tres. Debieras acostarte, querida mía.

ANIA.

Tienes razón. *(Entran en la cámara de Ania.)* Es deliciosa... *(Llega Yascha con una manta de viaje y un saco de mano; atraviesa la habitación, no sin preguntar discretamente.)* ¿Se puede pasar?

DUNIASCHA.

No la había reconocido. ¡Cómo ha cambiado en el extranjero!

YAŞCHA.

¡Hola! Y usted, ¿quién es?

DUNIASCHA.

Cuando se fueron los señores de viaje, yo era así de alta. *(Señalando con la mano una estatura baja.)* Yo soy Duniasha, la hija de Teodoro Konoyedof. ¿No se acuerda, señor Yascha?

YASCHA.

¡Hum! Un pepino. *(Echa un vistazo en aerredor y le aplica un beso en la mejilla a Duniasha. Ésta lanza un grito ahogado y deja caer un platillo. Yascha huye.)*

VARIA. *(Desae la puerta.)*

¿Qué diablos ocurre?

DUNIASCHA.

He roto un platillo.

VARIA.

Eso es de buen agüero.

ANIA. *(Asomando por su habitación.)*

Convendría hacer saber a mamá que Pietcha se encuentra aquí.

VARIA.

Sí, pero yo he dado orden de no despertarle.

ANIA. *(En la puerta de su estancia; pensativa.)*

Seis años hace que murió papá. Un mes más tarde, mi hermanito Grischa se ahogó en el río. Era un lindo muchacho de siete años. Mamá no pudo soportar este dolor, y partió para tierras extrañas. Aquí dejó, tras de sí, sus pesares. *(Temblando.)* ¡Cómo la comprendo...! ¡Si ella supiera...! *(Ensimismada.)* Pietcha Trofimof era el profesor de Grischa. Su nombre puede despertar en mamá recuerdos penosos.

FIRZ. *(Muy correcto. Encamínase hacia el servicio de café.)*

La señora tomará aquí su desayuno. *(Se pone los guantes blancos.)* ¿El café, está listo? *(A Duniasha.)* ¿Y la leche?

DUNIASCHA.

¡Ah! ¡Dios mío! *(Sale corriendo.)*

FIRZ. *(Contemplando la cafetera.)*

¿Y tú...? Henos aquí, de regreso de París... Antaño, el señor estuvo también en París... en coche... No se viajaba de otro modo. *(Ríe.)* En coche.

VARIA.

¿De qué ríes, Firz?

FIRZ.

¿Qué quieres? *(Con júbilo.)* La señora, por fin, ha regresado. Ahora, yo podré morir tranquilamente. *(Se enjuga las lágrimas. Entran Lubova Andreievna, Gaief, Lopakhin y Pitschik, éste último en padiovska de paño fino, pantalones bombachos y botas altas, nuevas. Gaief, al entrar, hace movimientos con sus manos y su cuerpo, como si jugara al billar.)*

LUBOVA ANDREIEVNA.

¿Cómo era esto? Voy a recordar. La bola encarnada, a un lado...

GAIEF.

Y yo, por tabla... ¿Te acuerdas, hermana mía? Tiempo pasó desde que dormíamos en esta habitación. Yo cuento ahora cincuenta y un años. Más de medio siglo. ¡Es raro, verdad!

LOPAKHIN.

El tiempo vuela...

GAIEF.

¿Qué?

LOPAKHIN.

He dicho que el tiempo vuela.

GAIEF.

Aquí huele a pachulí.

ANIA. *(Sale de su habitación.)*

He decidido irme a dormir. Buenas noches, mamá. *(La besa.)*

LUBOVA.

Angel querido, ¿estás contenta de hallarte de nuevo en casa? A mí se me figura un sueño.

ANIA.

Adiós, tío.

GAIEF. *(Besando la mejilla y la mano de Ania.)*

Que Dios te bendiga. ¡Cómo te pareces a tu madre! *(Dirigiéndose a su hermana.)* Tú, *Liuba*, a su edad, tú eras enteramente como ella. *(Ania tiende la mano a Lopakhin y a Pitschik, penetra en su habitación y cierra la puerta.)*

LUBOVA.

Debe de estar cansadísima.

VARIA. *(A Lopakhin y a Pitschik.)*

Vamos, ya han dado las tres. Hay que tener un poco de conciencia. Hora es de dejar descansar a los viajeros.

LUBOVA.

Tú, Varia, tú eres siempre la misma. *(La trae hacia ella y la besa.)* Voy a tomar una taza de café, y nos iremos todos a dormir. *(Firz coloca una almohadilla bajo los pies de Lubova Andreievna.)* Gracias, querido. Yo no he perdido la costumbre de tomar café. Lo bebo de día y de noche... No sé prescindir del café... Muchas gracias.

FIRZ.

Sí está bien, señora.

VARIA.

Hay que ver si trajeron todo el equipaje. *(Váse.)*

LUBOVA.

¿Es posible que sea yo la que se encuentra en este sitio? Ganas me vienen de saltar, de bailar. ¿Estoy soñando? Dios sabe si yo amo a mi patria. La adoro. Desde la ventanilla del vagón, la contemplación del paisaje me emocionaba profundamente. Lloraba

como una niña... En fin, es necesario que acabe de tomar el café. Gracias, muchas gracias, viejo. ¡Qué contenta estoy de haberte hallado vivo todavía!

FIRZ.

Anteayer...

GAIEF.

Oye mal.

LOPAKHIN.

Muy temprano, hacia las cinco de la mañana, tengo que salir para Kharkof. ¡Qué fastidio! Mucho me gustaría poder permanecer con vosotros, conversar... La miro a usted, señora, y la veo como fué siempre: deslumbrante.

PITSCHIK.

Hasta ha embellecido. Ahí la tenéis, vestida a la ultima moda de París.

LOPAKHIN.

Su hermano Leónidas Andreievitch afirma que yo soy un ganapán, un explotador, diga lo que quiera, no me importa. Puede decir lo que le venga en gana. Lo que yo desearía es que la señora me tratase con entera confianza, como antes de ahora me trataba, y que su dulce mirada se fije en mí alguna que otra vez. Mi padre fué siervo en casa de vuestro abuelo y en casa de vuestro padre; y usted particularmente, señora, me ha dispensado tanto bien que he olvidado todo lo antiguo y la quiero como si fuese de mi familia, y aun más.

LUBOVA.

No puedo contenerme..., no, no puedo. (*Levántase agitada.*)
¿Cómo sobrevivir a una alegría tan intensa? Reíos de mí; soy una tonta, una imbécil... ¡Mi pequeño armario! (*Lo besa.*) ¡Mi mesita...!
¡Todo lo que me rodea me es tan querido...! ¡Habla tanto a mi alma...!

GAIEF.

Durante tu ausencia, la nodriza murió...

LUBOVA.

(*Vuelve a sentarse y absorbe su café.*) Lo sabía. Me lo escribieron. ¡Que Dios la haya en su seno!

GAIEF.

Y Anastasia murió también. Petrushka, la miope, nos dejó, y ahora habita en casa del jefe de los agentes de policía. (*Saca de su bolsillo una cajita de caramelos.*)

PITSCHIK .

Mi hija Daschinka la saluda, señora.

LOPAKHIN.

Yo quisiera referirle algo alegre. (*Mira su reloj.*) ¡Cáspita, debo partir en seguida! No tengo tiempo que perder... No obstante, lo que he de decirle se lo diré en dos o tres palabras. Supongo que estará informada de que vuestro jardín de los cerezos será puesto en venta para responder de las deudas. La subasta está anunciada para el 22 de agosto, pero usted, querida amiga, permanezca tranquila; no se inquiete, duerma sin recelos; no faltará solución a este conflicto. Tengo un proyecto. ¿Quiere usted prestarme atención? La finca está situada a veinte kilómetros de la ciudad, y por sus linderos pasa la vía férrea. Dividiendo en parcelas el jardín de los cerezos y la parte de su propiedad más próxima al río, podrían arrendarse a quienes quisieran construir *datchas* ^[4]. Sin dificultad le rentaría a usted esto

veinticinco mil rublos anuales. Es una especulación segura. Yo le garantizo que todas las parcelas serán inmediatamente arrendadas a buen precio.

GAIEF.

Excúseme si le advierto que lo que acaba usted de decir es una solemne tontería.

LUBOVA.

Yo, en verdad, no comprendo...

LOPAKHIN.

De cada *datchuk* ^[5] se sacaría por año y por *deciatina*... ^[6]. Como hagan desde ahora una buena publicidad, tendrá usted más arrendatarios de los que necesite; yo le aseguro que antes del año todas sus tierras estarán alquiladas. La situación topográfica es de primer orden. El río es profundo. Habrá que poner un poco de orden; demoler los edificios. He aquí, por ejemplo, esta casa, que ya no vale nada. Todo lo viejo, lo rancio, lo inútil, tendrá que desaparecer. Habrá que talar el jardín de los cerezos...

LUBOVA.

¿Talar el jardín de los cerezos? ¿Está usted loco? Permítame que le diga, querido amigo, que usted no entiende nada de este asunto. Nuestro jardín de los cerezos es lo más notable, sin disputa, que existe en toda la comarca.

LOPAKHIN.

¿Notable, este jardín? Lo único que tiene de notable es su superficie. Por lo demás, sus árboles no dan fruto mas que una vez cada dos años, y cuando las cerezas cuajan, para nada sirven, pues nadie las compra...

GAIEF.

Hasta en las enciclopedias este jardín está mencionado.

LOPAKHIN. (*Mirando su reloj.*)

Si no hallan otra solución que más les convenga, el jardín de los cerezos será vendido en pública subasta el 22 de agosto, con toda la propiedad, sin que una pulgada de terreno se libere de la venta. ¡Decídase! No hay otra salida. Se lo juro. ¡No la hay!

FIRZ.

Hace unos cuarenta o cincuenta años, fabricábamos conservas de cerezas, mermeladas, confituras, y entonces...

GAIEF.

Cállate, Firz.

FIRZ.

Acuérdome que la cereza secada era expedida, por grandes cantidades, a Choscon y a Kharkof, lo que reportaba mucho dinero. En aquel tiempo, la cereza secada era blanda, agradable al gusto, jugosa, aromática... Conocíase el método para prepararla convenientemente.

LUBOVA.

¿Y qué se ha hecho de este método?

FIRZ.

Lo olvidaron...

PITSCHIK. (*A Lubova Andreievna.*)

Dígame... ¿Qué ocurre en París? ¿Han comido ustedes ranas?

LUBOVA.

No. He comido cocodrilos.

PITSCHIK.

¡Figúrese usted...!

LOPAKHIN.

Hasta el presente no había en el campo sino nobles y campesinos. Ahora comienzan a ser numerosos los *datchnik*. Todas las ciudades, incluso las más pequeñas, están actualmente rodeadas de *datchas*. Puede preverse que el *datchnik*, de aquí a unos veinte años, habrá adquirido un vasto desarrollo, y representará una fuerza social. Actualmente límitase a beber vasos de te en los *verandah*.

GAIEF.

¡Qué majadería!
(*Entran Varia y Yascha.*)

VARIA.

Mamá, se me había olvidado. Hay para ti dos telegramas. (*Busca una llave en el manajo que cuelga de su cintura, y abre el armario.*) Aquí están.

LUBOVA.

¡Ah! Son de París. (*Abre los telegramas y los deposita sobre la mesa, sin leerlos.*) Con París todo termino.

GAIEF.

Oye, Lubova. ¿Sabes cuántos años tiene este armario? Hace algunos días, abriendo un cajón inferior, noté que la fecha estaba marcada a fuego. Data ya de cien años. ¿Qué te parece, Lubova?

Pudiéramos celebrar un jubileo... Es un objeto inanimado que significa algo... Un armario propio para contener libros...

PITSCHIK.

¡Figúrese usted! ¡Cien años...!

GAIEF.

Sí: es un objeto inanimado. ¡Oh, mi querido armario de edad venerable! Yo saludo tu existencia centenaria. *(Lo palpa con cariño.)* Yo saludo tu vejez robusta. Tú has sido útil a mis ascendientes, y tú nos vives como en tu primera juventud. Tú eres un amigo.

LOPAKHIN.

Sí...

LUBOVA. *(A Gaief.)*

Idealista, sentimental; eres siempre el mismo.

LOPAKHIN. *(Mirando su reloj.)*

Debo irme...

YASCHA.

(Ofreciendo una píldora a Lubova Andreievna.)

¿Tomará usted en seguida sus píldoras?

PITSCHIK.

No hay que tomar medicamentos, mi querida amiga... No hacen ni daño ni provecho... ¡Vengan esas píldoras...! *(Se apodera de ellas, las estruja entre sus manos, reduciéndolas a polvo, que absorbe, con acompañamiento de un trago de agua.)* ¡... Así!

LUBOVA. *(Con espanto.)*

¿Ha perdido usted el juicio?

PITSCHIK.

¡Me lo he tragado todo, todo!

LOPAKHIN.

¡Qué bruto!
(Todos rien.)

FIRZ. *(Hablando de Pitschik en tercera persona.)*

Estuvo por Pascuas en casa; se comió medio cubo de pepinos...
(No puede continuar, balbucea frases incoherentes.)

LUBOVA.

¿Qué le ocurre?

VARIA.

Desde hace tres años se encuentra así. Balbucea. Ya nos hemos acostumbrado.

YASCHA.

Efecto de la edad.
(Entra Carlota Yvanovna, vestida de blanco, esbelta, fina de talle.)

LOPAKHIN.

Dispéñseme, Carlota Yvanovna. No tuve aún tiempo de darle los buenos días. *(Acércase a Carlota Yvanovna para besar su mano.)*

CARLOTA. *Retirando su mano.)*

Si le permito besar la mano, querrá besar el codo, y luego el hombro...

LOPAKHIN.

Hoy no tengo suerte.

CARLOTA.

Me voy a descansar.

LOPAKHIN.

Dentro de tres semanas nos veremos. (*Besa la mano de Lubova Andreievna.*) Entre tanto, adiós. (*A Gaief.*) Es tiempo de marchar. Hasta la vista. (*Bésanse en la mejilla él y Pitschik.*) Hasta más ver. (*Tiende la mano a Varia, a Firs ya Yascha.*) La verdad es que no tengo ganas de abandonarlos. (*A Lubova Andreievna.*) Si se decide respecto a los terrenos para *datchas*, entéreme. Yo podré procurarle un préstamo de cincuenta mil rublos. Piense en ello seriamente.

VARIA. (*Descontenta.*)

¿Cuándo acabará usted de irse?

LOPAKHIN.

Me voy, me voy... (*Vase.*)

GAIEF.

¡Qué animal...! ¡Ah... Mis excusas... Varia se va a casar con él.

VARIA.

No hables de eso, mi querido tío.

LUBOVA.

¿Por qué no, Varia? Yo me alegraría de que eso se realizara. Es una excelente persona.

PITSCHIK.

Hay que convenir en que es un hombre muy honorable... Mi pequeña Daschinka lo dice así; y añade que... añade bastantes cosas. (*Cierra los ojos, pega un ronquido y despierta de nuevo.*) En todo caso (*A Lubova.*), amiga mía, présteme doscientos cuarenta rublos. Mañana he de pagar las contribuciones.

VARIA. (*Asustada.*)

No, no.

LUBOVA.

Verdaderamente, yo no dispongo de esa suma.

PITSCHIK. (*Riendo.*)

Sí, dispone usted de ella. Yo no pierdo jamás la esperanza. Vea. Yo me imaginaba que todo estaba perdido. Pero, de repente, se construyó la vía férrea que atraviesa mis tierras, y se me indemnizó. Y de este modo, muy bien puede suceder que mañana se presente alguna otra ganga. Quizá Daschinka gane doscientos mil rublos... Ha comprado un billete.

LUBOVA.

Bebamos el café, y vámonos a descansar.

FIRZ. (*A Gaief.*)

Lleva usted ahora otro pantalón, que no casa con la chaqueta. ¿Qué tendré yo que hacer para que ande usted correcto?

VARIA. (*Dulcemente.*)

Ania duerme. (*Abre con precaución la ventana.*) El Sol sube. No hace frío. Vea, mamá, qué hermosos árboles. ¡Dios mío! ¡Qué puro es el aire! Los mirlos cantan...

GAIEF. *(Abre otra ventana.)*

El jardín está enteramente blanco. Observa, Lubova: esta larga avenida se prolonga directamente como una correa. Brilla en las noches de luna. Siempre fué así. ¿Te acuerdas? Tú no olvidaste los días que transcurrieron...

LUBOVA. *(Mirando hacia la ventana.)*

¡Infancia mía! ¡Virginidad! En este aposento dormí yo. En el jardín paseé mis ensueños juveniles. ¿Cómo olvidarlo?

GAIEF.

El jardín, que va a ser vendido por causa de nuestras deudas. ¡Qué cosa más rara!

LUBOVA.

¿Qué veo? Nuestra difunta madre camina por el jardín. Lleva un traje blanco como la nieve. ¡Se ríe! ¡Sí; es ella!

GAIEF.

¿Dónde...?

VARIA.

Mamá; ¿qué dice?

LUBOVA.

En efecto, no hay nadie. Fué una alucinación... A la derecha, junto al pabellón, hay un arbolito que se asemeja a una mujer inclinada.
(Entra Trofimof, vestido con uniforme de estudiante. Usa anteojos.)

LUBOVA. *(Sin apartar la vista de la ventana.)*

El jardín es verdaderamente encantador. ¡Cuántas florecillas! ¡Y qué bien se destacan en el cielo azul!

TROFIMOF.

Lubova Andreievna... *(Ésta vuelve la cabeza.)* Vengo únicamente a saludarla, y me iré en seguida. *(Besa la mano a Lubova Andreievna.)* Se me ordenó esperar hasta ya entrada la mañana; pero me faltó paciencia.

LUBOVA. *(Observándole con sorpresa.)*

Usted es...

VARIA. *(Emocionada.)*

Es Pietcha Trofimof.

TROFIMOF.

Pietcha Trofimof, el preceptor de su Grischa. ¿Tanto he cambiado? *(Lubova le abraza y llora.)*

GAIEF.

Basta, Lubova, basta.

VARIA. *(Llorando.)*

Yo le dije a usted, Pietcha, que aguardase hasta mañana.

LUBOVA.

Mi pobre Grischa, hijo mío... Grischa, mi adorado hijo...

VARIA.

¿Qué hacer, mamá? Es la voluntad de Dios.

TROFIMOF. *(Con ternura.)*

La vida es así...

LUBOVA.

(Sollozando.)

¡Pobre hijo mío! ¡Ahogado! ¿Por qué...? Mas *(Volviendo a la calma.)* yo profiero exclamaciones y hablo a gritos, y Ania duerme. No hagamos ruido. Pero vamos a ver, Pietcha, ¿por qué ha cambiado usted tanto? ¡Y envejecido!

TROFIMOF.

En el vagón, una mujer me adjudicó los epítetos de «sarnoso», «arisco».

LUBOVA.

Cuando yo le conocí, era usted un niño. Un estudiantillo joven. Y ahora, lleva usted anteojos como un profesor, y la cabellera le clarea. ¿Es usted todavía estudiante, Trofimof? *(Se dirige hacia la puerta.)*

TROFIMOF.

Probablemente lo seré toda mi vida.

LUBOVA. *(Besando a su hermano y luego a Varia.)*

Ea, vámonos a dormir... *(A su hermano.)* Tú también has envejecido.

PITSCHIK. *(Siguiendo en pos de ella.)*

En fin..., vámonos a dormir. ¡Oh mi gota! Yo me quedaré hoy en esta casa. Lubova Andreievna, mi buena amiga, yo quisiera recibir mañana... doscientos cuarenta rublos.

GAIEF.

Lo que es eso, no lo deja de la mano.

PITSCHIK. (*Lastimero.*)

Doscientos cuarenta rublos...; necesito pagar las contribuciones.

LUBOVA.

No tengo dinero, amigo.

PITSCHIK.

Pero yo se lo restituiré en seguida, mi buena amiga..., la suma es tan insignificante...

LUBOVA.

Bien, Leónidas se lo entregará a usted. Escuche, Leónidas, entréguele doscientos cuarenta rublos.

GAIEF.

Sí; puede contar con ellos. (*Irónicamente.*) ¡Que espere sentado!

LUBOVA.

¿Qué le vamos a hacer? Entregárselos, si los necesita con urgencia..., él los devolverá. (*Lubova Andreievna, Trofimof, Pitschik y Firz se van. Quedan en la estancia Gaief, Varia y Yascha.*)

GAIEF.

Decididamente, mi hermana no ha perdido la costumbre de tirar el dinero. (*A Yascha.*) Apártate un poco, hueles a gallina.

YASCHA.

Leónidas Andreievitch, siempre será usted el mismo.

GAIEF. (*A Varia.*)

¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

VARIA. (*A Yascha.*)

Tu madre ha llegado del campo. Te espera desde anoche en el departamento de los criados, y quiere verte, Yascha.

YASCHA.

Me importa poco.

VARIA.

Tú eres un inconsciente.

YASCHA.

¿Quién le impide volver mañana? (*Vase.*)

VARIA.

Mamá no ha cambiado. ¡Siempre la misma! Si de ella dependiera, ya hubiera despilfarrado lo que le resta. Su manía es regalar, gastar, distribuir dinero sin ton ni son.

GAIEF.

Sí; en efecto... (*Después de una pausa.*) ¿A qué buscar remedios contra una enfermedad incurable? Yo me esfuerzo por comprender. Yo creo disponer de muchos medios, de muchos, lo cual equivale a decir que no dispongo de ninguno. Excelente medio sería el heredar. Heredar, ¿de quién? Yo no vislumbro ninguna herencia en perspectiva. Convendría también que Ania contrajese matrimonio con alguien muy rico. Muy útil nos será, tal vez, ir a Yaroslav y probar suerte cerca de nuestra tía, la condesa. Nuestra tía es enormemente rica; es, además, de una bondad extraordinaria. Yo la quiero mucho. Será necesario que le hablemos, que se o confesemos todo, aun apoyándonos en circunstancias atenuantes...

VARIA. (*A media voz.*)

Ania está en la puerta.

GATEF.

¡Qué diablo! ¡Es sorprendente! Hay algo extraño dentro de mi ojo derecho... Empieza a dolerme... (*Ania entra.*)

VARIA

¿Por qué no duermes?

ANIA.

No puedo.

GAIEF.

¡Ay pequeña! (*Besa las manos y la cara de Ania.*) Hija mía (*Lloriquea.*), tú no eres mi sobrina; tú eres mi ángel, tú lo eres todo para mí. Créeme, tú eres lo que yo más quiero.

ANIA.

Lo creo; todo el mundo le estima a usted y os respeta. Pero en ciertas ocasiones convendría que no hablase usted tanto. ¿Qué ha dicho usted, hace poco, a propósito de mamá, de su hermana? ¿A qué venían esas palabras?

GAIEF.

Tienes razón, Ania. (*Coge las manos de Ania y se cubre con ellas su propio rostro.*) Es terrible; Dios mío, sálvame. Es verdad. Hablo más de lo debido. Mi discurso ante el viejo armario, ¡qué tonto! No me dí cuenta de ello sino cuando lo terminé.

VARIA.

Verdaderamente, tío, debe usted echarse un nudo a la lengua. Cállese. Así está bien.

ANIA.

Si se callara usted, se encontraría mejor, mucho mejor.

GAIEF.

Ya me callo. (*Besa las manos de ambas jóvenes.*) Pero mirad..., acerca del asunto en cuestión... El jueves fuí al tribunal; estábamos entre amigos, y nos pusimos a charlar. Paréceme que será posible efectuar un préstamo para el pago de las contribuciones.

VARIA.

¡Si Dios quisiera ayudarnos!

GAIEF.

El martes volveré allá. (*A Varia.*) No te apures. (*A Ania.*) Tu mamá hablará con Lopakhin; él no se negará si es ella quien le pide prestado. Cuando tú hayas descansado bien, te irás a Yaroslaf, a casa de tu abuela la condesa. Con seguridad, se podrán satisfacer los intereses. Y nuestra finca se habrá salvado. ¡Respiro! No permitiré nunca, ¡oh nunca!, que nos la vendan en pública subasta.

ANIA. (*Con calma.*)

Tú eres bueno. Tu bondad me tranquiliza.

FIRZ. (*Entra súbitamente.*)

Leónidas Andreievitch, ¡váyase, váyase ya a dormir

GAIEF.

En seguida... Firz, puedes retirarte. Vámonos a dormir. (*Besa a sus sobrinas.*)

ANIA.

¿Y tú? ¿Todavía charlarás?

VARIA.

¡Callaos ya!

FIRZ. *(Volviendo atrás.)*

Leónidas Andreievitch, yo me retiro.

GAIEF.

Y yo. *(Vase, seguido por Firz.)*

VARIA.

Parece que estoy algo más tranquila. *(Varia se retira, llevándose consigo a Ania. A lo lejos óyese el caramillo de un pastor. Trofimof atraviesa la sala, y viendo a las dos jóvenes, se detiene. Varia y Ania parecen muy fatigadas. Varia, apoyando ligeramente su cabeza sobre el hombro de Ania, murmura, medio dormida:)*
Vamos..., vamos.

TROFIMOF. *(Contemplando el grupo.)*

¡Sol mío! ¡Primavera mía!

1. ↑. ↓. Proverbio ruso.
2. ↑. ↓. Bebida refrescante, hecha con agua, en la que se pone a fermentar pan de centeno.
3. ↑. ↓. Diminutivo de Píotor (Pedro).
4. ↑. ↓. Casas veraniegas de madera, que se construyen de ordinario en las cercanías de las ciudades.
5. ↑. ↓. Propietario de *datcha*.
6. ↑. ↓. Una hectárea y 9.250 metros cuadrados.

SEGUNDA PARTE

En el campo. Antigua capilla, ruinoso, abandonada, con paredes cubiertas de musgo. Cerca de la capilla, un pozo. Esparcidos por el suelo, restos de viejas tumbas. Un banco de madera roído por el tiempo. Camino que conduce a la finca de Lubova Andreievna. Bosque de tilos. A la izquierda comienza el jardín de los cerezos, en el ángulo del cual existe un pabellón o glorieta. En perspectiva, postes telegráficos, marcando una línea de ferrocarril. A lo lejos, a través de la neblina, el panorama de una pequeña ciudad, con sus cúpulas y campanarios. Se aproxima el ocaso. Carlota, Gaief y Duniasha están sentados en el banco. Junto a ellos, Epifotof tañe la guitarra, ejecutando un aire triste. Todos aparecen pensativos. Carlota está con equipo de caza, y la escopeta descansa entre sus rodillas.

CARLOTA.

Yo no tengo pasaporte, yo ignoro mi edad. Figúrome que soy todavía joven. En mis tiempos de infancia, mi padre y mi madre recorrían las ferias, dando representaciones: yo brincaba como un diablillo, y hasta daba saltos mortales. Así aprendí y practiqué el oficio de titiritera. A la muerte de mis padres, una señora alemana me tomó en su casa, y me educó. Crecí. Me convertí en aya. Pero ¿qué soy yo en realidad? No lo sé. ¿Quiénes fueron mis padres? ¿Estaban casados? *(Saca del bolsillo un pepino y lo come ávidamente.)* Yo no sé nada, nada, de lo que fueron mis padres y de lo que yo soy. *(Pausa.)* Me devoran las ganas de hablar con alguien, y nadie tiene interés en escucharme.

EPIFOTOF. *(Cantando al son de la guitarra.)*

Yo me burlo de todo el mundo.
¡Qué me importan los amigos y los enemigos!

¡Qué cosa tan agradable expresar los propios sentimientos en música!

DUNIASCHA. (*Empolvándose el rostro.*)

Canta, canta...

EPIFOTOF.

La vida es una eterna canción.

CARLOTA. (*Tomando su escopeta.*)

Tú, Epifotof, eres muy completo, muy sabio; pero me inspiras miedo. ¡Todos los sabios se me antojan tan imbéciles!

EPIFOTOF.

Carlota, piense usted de mí lo que quiera. Pero debo decirle que la suerte no me ha sido propicia. (*Llegan Lubova Andreieuna y Lopakhin.*)

LOPAKHIN.

Ahora bien; urge decidirse. El tiempo vuela. La cuestión es bien sencilla. Déme usted su consentimiento, y yo me las arreglaré para realizar el negocio de las parcelas. ¿Sí, o no?

LUBOVA.

Malos augurios corren por acá.

GAIEF.

La línea férrea va a ser puesta en explotación. Ello constituirá una gran comodidad.

LOPAKHIN.

Una palabra, Lubova, una simple respuesta. ¿Sí, o no?

GAIEF. (*Bostezando.*)

¿Responder? ¿A qué?

LUBOVA. (*Examinando su portamonedas.*)

Ayer me quedaba aún bastante dinero. Hoy, muy poco. Mi pobre Varia, hay que economizar: Danos de comer a todos sopas de leche. Los criados se contentarán con un plato de guisantes. ¡Y decir que yo gasto mi dinero tontamente! (*Deja caer el portamonedas, del cual salen, rodando por el suelo, algunas piezas de oro.*) ¡Ea! Ya veis cómo ruedan.

YASCHA. (*Que llega en este mismo momento.*)

Déjeme; voy a recogerlas una por una. (*Las recoge.*)

LUBOVA.

Gracias, Yascha.

GAIEF.

¿De qué te ríes, Yascha?

YASCHA.

Yo no puedo escuchar la voz de usted sin reír.

LUBOVA. (*A Yascha.*)

¡Vete de ahí!

YASCHA. (*Entregándole el portamonedas.*)

Me iré.

LOPAKHIN.

Derejanof, el ricachón, desea comprar vuestra propiedad; piensa tomar parte en la subasta.

LUBOVA.

¿Por dónde lo sabe usted?

LOPAKHIN.

Lo he oído decir en la ciudad.

GAIEF.

La tía de Yaroslaf prometió enviarnos fondos. Cuándo los enviará. Dios lo sabe.

LOPAKHIN.

¿Cuánto? Cien, doscientos, mil.

LUBOVA.

Diez o quince mil. Eso vendrá muy bien.

LOPAKHIN.

Excúseme por lo que voy a decir. Yo no he visto jamás personas más negligentes y ligeras que ustedes, personas tan nulas, tan negadas en lo que se refiere a los negocios. Se les advierte en ruso, de una manera explícita y clara, que su propiedad será puesta en venta, y ustedes como si tal cosa.

LUBOVA.

¿Qué debemos hacer? Dígalo.

LOPAKHIN.

Yo se lo estoy diciendo, en todos los tonos, todas las mañanas, todos los días, y ustedes aparentan no entender mi lenguaje. Su

jardín de los cerezos y toda su finca deben ser transformados en terreno de *datchas*. Esto debe ser realizado sin tardanza, con la mayor prontitud posible. El día de la subasta se aproxima. ¿Comprende? Si se decide a arrendar la tierra para las *datchas*, podrá salvarse. Yo no sé ya cómo repetirlo; métase bien en la cabeza la idea de que no hay otro medio de salvación.

LUBOVA.

Siempre los *datcha* y los *datchnik*. ¡Qué vulgaridad!

GAIEF.

Soy enteramente de tu opinión.

LOPAKHIN.

Voy a llorar, a gritar, a desmayarme. Me atormentáis demasiado. Me voy, me voy lejos de aquí...

LUBOVA. (*Deteniéndole.*)

No se vaya usted. Acaso haya modo de arreglar algo.

LOPAKHIN.

¿Se le ha ocurrido alguna idea?

LUBOVA.

Se lo suplico, no se aleje... Su presencia nos consuela. He gastado más de lo que debía. Mi marido murió, y quedé tan joven y tan sola... Cometí una grave falta casándome por segunda vez... En ese río se ahogó mi único hijo, mi pobre Grischa. Loca de dolor, me fui al extranjero para no volver a ver más ese río fatal. Entonces cerré los ojos a la realidad y huí en busca de nuevos horizontes, y mi segundo marido me siguió; era un ser grosero, que me trataba sin piedad. Compré la «villa» cerca de Menton porque él había caído enfermo y necesitaba un clima templado, y por espacio de tres años

no tuve reposo, ni de día ni de noche. Este año último, la villa fué vendida por reclamación de mis acreedores. Me instalé en París. Mi segundo marido, el infame, robóme lo que pudo, y me abandonó, para irse con otra. Traté de envenenarme... Luego me asaltó el ansia de regresar a mi país. ¡Dios misericordioso, no me castigues más! (*Saca de su bolsillo un telegrama.*) He aquí que el miserable me suplica que vuelva cerca de él y que le perdone. (*Rompe el telegrama. A lo lejos, óyese una música.*)

GAIEF.

Es nuestra célebre orquesta judía: cuatro violines y un contrabajo.

LUBOVA.

Habría que invitarlos para una pequeña fiesta.

LOPAKHIN.

La historia de usted me interesa; siga su relato.

LUBOVA. (*A Lopakhin.*)

Y usted, ¿por qué no se ha casado? Ahí está nuestra Varia, buena muchacha, excelente por todos conceptos.

LOPAKHIN.

Sí.

LUBOVA.

Laboriosa, sencilla, y que, además, siente por usted cierto cariño.

LOPAKHIN.

No digo que no; Varia es una buenísima muchacha.

GAIEF.

Se me propone un empleo en un Banco; sesenta mil rublos por año.

LUBOVA.

No digas majaderías.

FIRZ. *(Con el abrigo de Gaief.)*

Tenga la bondad de ponerse el abrigo. Temo que se resfríe.

GAIEF.

¡Me aburres, hombre!

FIRZ.

No importa.

LUBOVA.

Firz, ¡cómo has envejecido!

FIRZ.

¿Qué desea la señora?

LOPAKHIN.

La señora dice que tú has envejecido.

FIRZ.

En efecto. Mi vida es ya larga. Nuestro padre no había nacido aún cuando ya me querían casar. *(Ríe.)* Entonces nos emanciparon de la servidumbre. Yo era el jefe de camareros, y no quise aprovecharme de mi libertad. Me quedé como estaba, ni más ni menos; seguí sirviendo fielmente a mi amo... *(Pausa.)* Me acuerdo muy bien. Todos mis camaradas rebosaban de gozo; todos estaban contentísimos. ¿De qué? Ellos mismos no lo sabían.

LOPAKHIN.

¡Oh! Antes se estaba mucho mejor. Había latigazos... ¡Qué delicia!

FIRZ. (*Que no había entendido bien las anteriores frases.*)

Sin duda; los *mujiks* andaban entonces con los propietarios, y los propietarios, con los *mujiks*; mientras que ahora cada cual anda por su lado.

GAIEF.

¡Cállate ya! (*A Lopakhin:*) Mañana intentaré en la ciudad pedir fondos prestados.

LOPAKHIN.

Sépalo usted de antemano. Fracasaré usted. No se podrá pagar la contribución. Es inútil forjarse ilusiones. (*Llegan Trofimof, Ania y Varia.*)

LUBOVA.

Siéntense ustedes.

LOPAKHIN.

Nuestro estudiante perpetuo está siempre con las jóvenes.

TROFIMOF.

Cosa es ésta que no te atañe.

LOPAKHIN.

Pronto tendrá cincuenta años, y todavía estudia.

TROFIMOF.

Tú, en cambio, eres una plaga social.

LOPAKHIN.

Yo trabajo desde por la mañana hasta la noche. Levántome de la cama a las seis, y antes, si es preciso. Nunca me falta dinero: el mío o el de los demás. Alrededor de mí observo a los hombres y veo cómo se desenvuelven. Es preciso trabajar. Trabajando, compréndese cuán reducido es el número de las personas honradas. A veces, cuando no puedo conciliar el sueño, me pongo a pensar: «Dios mío, tú nos has deparado los grandes bosques, los inmensos campos, los horizontes profundos; y, en nuestra calidad de habitantes de esta tierra enorme y prodigiosa, nosotros debiéramos ser gigantes...»

GAIEF.

Déjanos en paz con tus gigantes. Los gigantes no caben sino en los cuentos de hadas. (*Epifotof pasa tocando una melodía melancólica. Todos escuchan. Larga pausa.*)

LUBOVA.

Epifotof viene...

ANIA. (*Pensativa.*)

Epifotof viene...

GAIEF.

El sol se pone.

TROFIMOF.

Sí.

GAIEF. (*A media voz, y como declamando.*)

¡Oh, Naturaleza! Tú brillas con tu eterno esplendor.

VARIA. (*Suplicante.*)

¡Tío!

ANIA.

¿Otra vez? ¡Tío, tío...! (*Tranquilidad, silencio. Malestar latente. Firz balbucea confusamente no se sabe qué. Ruido misterioso en el aire; como el son de una cuerda que se rompe.*)

LUBOVA.

¿Qué es eso?

LOPAKHIN.

No sé.

LUBOVA. (*Con sobresalto.*)

Es desagradable.

FIRZ.

La víspera de la desgracia, ya saben cuándo digo, la víspera de la liberación de los *mujiks*, se produjo el mismo fenómeno. Hubo más: el buho gritó; el samovar hirvió con un ruido extraño.

GAIEF. (*Murmurando.*)

Yo escuché algo parecido cuando el pobre Frischa... (*Pausa.*)

LUBOVA. (*Muy impresionada.*)

Vámonos, amigos míos, es tarde. (*A Ania.*) Lágrimas corren por tus mejillas. ¿Qué tienes, niña?

ANIA.

Nada, mamá.

TROFIMOF.

Alguien viene. (*Pasa un transeunte, con una gorra vieja, un vestido mugriento; camina como si estuviera borracho.*)

EL TRANSEUNTE.

¿Pueden decirme si por este camino voy derecho a la estación?

GAIEF.

Sí; siga por ahí.

EL TRANSEUNTE.

Gracias mil. (*Tosiendo.*) El tiempo es magnífico. (*A Varia.*)
Señorita, préstele usted a un hambriento treinta kopeks. (*Varia, asustada, profiere un grito.*)

LOPAKHIN.

¡Qué molestia! La impertinencia tiene también sus límites.

LUBOVA. (*Sacando una pieza de su portamonedas.*)

¡Tome! No tengo ninguna moneda de plata. Ahí va una de oro.

EL TRANSEUNTE.

Muchas gracias. (*Vase.*)

VARIA.

No puedo más. ¡Qué locura! En casa, las gentes de servicio no tienen qué comer, y usted da, tan fácilmente, diez rublos en oro.

LUBOVA.

¿Qué le voy a hacer? Soy tonta. En casa, te entregaré todo lo que tengo. Yermolai Alexievitch, présteme aún...

LOPAKHIN.

Bien.

LUBOVA.

Es hora de que nos vayamos. ¿Sabes, Varia? Hemos arreglado ya tu matrimonio. Mi enhorabuena.

VARIA.

Con estas cosas, mamá, no se bromea.

LOPAKHIN.

Le advierto una vez más que el día veintidos de agosto, vuestro jardín de los cerezos será sacado a subasta. (*Todos se van, excepto Ania y Trofimof.*)

ANIA.

Gracias a ese desconocido, que asustó a Varia, nos hemos quedado solos.

TROFIMOF.

Varia teme que nos amemos. No la deja a usted sola ni un minuto. Su espíritu estrecho no le permite comprender la elevación de nuestro amor. (*Ania le mira con ternura.*)

ANIA.

Hoy se está bien aquí.

TROFIMOF.

El tiempo es hermoso.

ANIA.

¿Qué ha hecho usted de mi, Pietcha? ¿Por qué no admiro ya tanto como antes ese jardín de los cerezos? ¿Por qué ese jardín no me inspira la misma afección que me inspiraba antes de ahora? Yo lo amaba tiernamente. Parecíame que, en la tierra, no existía paraje más bello.

TROFIMOF.

Toda Rusia es actualmente su jardín. La tierra es vasta y magnífica. Los bellos lugares abundan en todas partes. *(Pausa.)* Reflexione bien, querida mía. Su padre, su abuelo y su bisabuelo eran señores que poseían, en plena propiedad, almas humanas. ¿No ve cómo de cada cereza, de cada hoja y de cada árbol se desprenden seres humanos que la contemplan? ¿No escucha sus voces...? Oh, es terrible. Vuestro jardín de cerezos me llena de pavor. De noche, cuando uno pasa por ese jardín, la vetusta corteza de los árboles brilla con una luz opaca. Diríase que los cerezos viven, en el sueño, lo que acontecía doscientos años ha. Una trágica pesadilla los abruma. Nosotros debemos expiar nuestro pasado. Debemos acabar con él. Los tormentos se nos imponen. Fíjese bien en lo que digo.

ANIA.

La casa que habitamos no nos pertenece ya, en realidad, desde hace mucho tiempo.

TROFIMOF.

Tire usted muy lejos las llaves domésticas. ¡Salga de aquí! ¡Sea libre como el viento!

ANIA.

¡Qué bien habla!

TROFIMOF.

Créame, Ania, créame. Todavía no he cumplido treinta años; pero ya he sufrido mucho. A la entrada del invierno, tengo hambre, tengo frío, estoy enfermo, nervioso, soy pobre como un mendigo. El Destino me arrastro de un lado para otro. Y por doquiera, y siempre, mi alma fué invadida por los presentimientos. Yo presiento la felicidad, Ania, yo la veo de cerca.

ANIA.

La Luna asoma. *(A lo lejos, resuena la canción melancólica de Epifotof. La Luna surge en el horizonte.)*

VARIA. *(Desde el bosque de los tilos.)*

¡Ania! ¿Dónde estás?

TROFIMOF.

Mire la Luna. *(Pausa.)* La dicha se acerca. Oigo sus pasos. Sí; es la dicha, por fin.

VARIA. *(De entre los árboles.)*

¡Ania! ¿Dónde estás?

TROFIMOF. *(Con enfado.)*

¡Al diablo, Varia! ¡Qué fastidio!

ANIA.

¿Qué hacer? Encaminémonos hacia el río.

TROFIMOF.

Tienes razón, vámonos de aquí. *(Ambos se levantan del banco, y en dirección opuesta al lado de donde parten las voces, aléjanse muy lentamente.)*

VARIA. (*Desde la arboleda.*)

¡Ania! ¡Ania...!

TERCERA PARTE

Saloncito separado por una arcada de otro salón grande. Óyese una orquesta de algunos violines y un contrabajo, desafinada: es la orquesta judía de la localidad. Hay baile en el salón grande. Vienen los bailarines en círculo. La voz de Simenof Pitschik grita, en francés: «Promenade à dame! Pitschik dirige la danza. Desfilan, por parejas, Pitschik y Carlota, Trofimof y Lubova Andreievna, Ania y un empleado de Correos, Varia y el jefe de estación. Varia tiene los ojos llorosos. En último término pasan Duniascha y otras parejas insignificantes. Pitschik vocea: «Grand rond...!» «Balancez...!» «Les cavaliers, à genoux remercient leurs dames!» Firz, de frac, trae en una bandeja agua de Seltz y vasos. Pitschik y Trofimof penetran solos en el gabinete.

PITSCHIK.

Bailo con mucho trabajo. Estoy apoplético. A pesar de eso, tengo una salud de caballo. Mi difunto padre, hablando de nuestros predecesores, aseguraba que la familia Simenof Pitschik procedía del caballo que Calígula hizo sentar en el Senado. (*Siéntase.*) Pero aquí está lo malo. Me falta dinero. Un perro hambriento no piensa sino en su trozo de carne. (*Pitschik, de repente, se duerme, lanza un ronquido y se despierta.*) Y yo, hambriento a mi modo, no pienso sino en el dinero. ¿Qué hacer? Esto de no tener dinero es una gran desgracia

TROFIMOF. (*Observando su fisonomía.*)

Realmente, hay en el rostro de usted algo de caballar.

PITSCHIK.

Siquiera el caballo es un animal vendible, que se puede convertir en dinero.

(En una sala vecina, ruido de bolas de billar. Varia aparece bajo la arcada.)

TROFIMOF.

Señora Lopakhin... Señora Lopakhin...

VARIA. (Con muestras de agrado.)

Señor tiñoso...

TROFIMOF.

Me enorgullezco de ello.

VARIA. (Después de una pausa.)

Ahí están los músicos, que vienen a pedir su salario. ¿Pero cómo se les pagará?

TROFIMOF. (A Pitschik.)

Si en lugar de gastar su energía buscando fondos la emplease usted en cualquier otra cosa, hubiera ya, probablemente, solucionado el Universo.

PITSCHIK.

Se expresa usted como Nietzsche. Tiene usted, en verdad, mucho talento.

TROFIMOF.

¿Ha leído usted a Nietzsche? ¿Por dónde se ha enterado de Nietzsche?

PITSCHIK.

Daschinka me habla de él de vez en cuando... Créalo, tan apurado me hallo de dinero, que me siento capaz de fabricar billetes

de Banco... Pasado mañana debo pagar trescientos diez rublos. He podido hallar ciento treinta. ¿Cómo procurarme el resto? *(Explorando sus bolsillos, con angustia.)* El dinero se evaporo. Lo perdí. ¡Vive Dios! ¿Dónde están mis ciento treinta rublos...? ¡Ah! *(Triunfante.)* Helos aquí en el forro. ¡Qué susto me llevé!
(Entran Lubova Andreievna y Carlota.)

LUBOVA. *(Cantando, a media voz, la «lezguimka»)*^[1]

¿Qué ocurre con Leónidas? *(A Duniascha, que anda por allí.)*
Ofrece te a los músicos.

TROFIMOF.

La subasta, según parece, no se efectuará.

LUBOVA.

En mal hora vinieron los músicos. Y la idea de bailar, en estas circunstancias, fué una idea absurda... Pero no importa... *(Siéntase, y vuelve a cantar a media voz...)* ¿Qué se ha hecho de Leónidas? Todo ha terminado. La finca será vendida. La subasta, ¿no se ha verificado todavía? ¿A qué ocultármelo?

VARIA. *(Tratando de consolarla.)*

El tío fué quien se quedó con la propiedad. Estoy segura de ello.

TROFIMOF. *(Riendo.)*

¡Muy bien!

VARIA.

La abuela envió, probablemente, a nuestro tío los fondos necesarios para rescatar la tierra a nombre de Ania. Con la ayuda de Dios, todo se arreglará a nuestra satisfacción.

LUBOVA.

La abuela de Yaroslaov debió enviar quince mil rublos para comprar la propiedad a nombre suyo. Ella no tiene confianza en nosotros. Pero con esta suma no habrá ni para pagar las contribuciones. *(Cúbrese el rostro con las manos.)* Hoy va a decidirse mi suerte.

TROFIMOF. *(A Varia, cínicamente.)*

¡Señora Lopakhin...!

VARIA. *(Fastidiada.)*

¡Estudiante perpetuo!

LUBOVA.

¿Por qué te enfadas? Él te da broma con Lopakhin. ¿No te halagaría llamarte la señora Lopakhin? Es un buen partido... Si tú no le quieres, nadie te manda que lo tomes.

VARIA.

Este asunto es serio. Lopakhin me gusta. Es una excelente persona. Yo le amo...

LUBOVA.

¡Cásate con él! ¿Qué esperas?

VARIA.

Yo no puedo, sin embargo, tomar la iniciativa; él no me dice, no me insinúa nada. Es un hombre que trabaja, que se enriquece. Sus negocios le absorben. No piensa en mí... ¡Dios mío! Si yo dispusiera siquiera de un centenar de rublos, lo abandonaría todo y me encerraría en un convento.

TROFIMOF.

¡Magnífico!

LUBOVA.

¿Por qué tarda tanto Leónidas? Estoy inquieta. ¿Han vendido mis bienes, o no?

TROFIMOF.

Vendidos o no, resulta lo mismo. Mire bien, por una vez, las cosas cara a cara.

LUBOVA.

Usted juzga la cuestión desde un punto de vista que no puede ser el mío. Yo nací en esta casa. Mi padre y mi madre residieron aquí y mis antepasados lo propio. Yo adoro esta vivienda y ese jardín de los cerezos. Yo no concibo mi existencia sin ese jardín. Si hay que venderlo, que me vendan a mí con el jardín. *(Toma entre sus manos la cabeza de Trofimof y le besa la frente.)* Mi hijo Grischa corrió frecuentemente entre esos cerezos. Me parece que le estoy viendo. Grischa se ahogó en estas cercanías. *(Llorando.)* Tenga, compasión de mí...

TROFIMOF.

Harto sabe usted, Lubova Andreievna, que yo comparto sus infortunios.

LUBOVA.

Sí, en efecto; pero convendría que los compartiese de otro modo. *(Saca su pañuelo del bolsillo; un telegrama cae al suelo...)* Yo quisiera concederle la mano de Ania; pero usted no se ocupa de nada, no hace nada. Camina de una Universidad a otra. Pierde el tiempo lamentablemente. Divaga sin rumbo fijo. Yo no sé qué pensar de usted, Trofimof. Es usted un tipo singular.

TROFIMOF. *(Después de recoger el telegrama.)*

Yo no tengo empeño en ser una perfección.

LUBOVA. (*Estrujando el telegrama.*)

Otro despacho de París. Cada día uno nuevo... Yo le quiero, le quiero... Un gran peso llevo sobre mis hombros. Este peso me aplasta. No sé vivir sin él. (*Estrecha la mano de Trofimof.*)

TROFIMOF. (*Con ternura.*)

Excuse mi franqueza. Él la robó, por él ha sido usted despojada de parte de su fortuna.

LUBOVA.

No, no. (*Se tapa los oídos.*) No diga usted eso.

TROFIMOF.

Es un tunante. Usted es la única que no se da cuenta de ello. Cierra los ojos a la evidencia.

LUBOVA. (*Molesta, conteniéndose.*)

A la edad de usted, veintiséis o veintisiete años, se expresa como un alumno de segunda enseñanza.

TROFIMOF.

Tanto peor.

LUBOVA.

A su edad debiera ser ya un hombre; comprender la vida. Carece usted de pureza de alma. Siempre estará en ridículo.

TROFIMOF. (*Aterrado.*)

¿Qué es lo que dice?

LUBOVA.

Yo me siento más alta que el amor... Usted no está, no, por encima del amor. Como dice Firz, es usted un ser acabado. ¡A su edad, y no tener siquiera una amante...!

TROFIMOF.

Lo que dice es horrible. *(Desaparece por el gran salón, la cabeza entre las manos. Lubova permanece silenciosa. Trofimof, al cabo de un rato, vuelve.)* Entre nosotros, Lubova Andreievna, todo ha terminado. *(Vase.)*

LUBOVA. *(Riendo.)*

Pietcha, aguarde. Es usted tonto. Quise bromear.
(Ruido de alguien que baja rápidamente por las escaleras. Ania y Varia, en las estancias interiores, ríen a carcajadas.) Qué suceder *(Ania entra a la carrera, riendo.)*

ANIA.

Pietcha rueda por las escaleras. *(Huye.)*
(Resuenan las notas de un vals. Ania y Pietcha pasan por el fondo del salón.)

LUBOVA.

Pietcha, perdóneme. Venga a bailar conmigo.
(Ania y Varia bailan juntas. Pietcha baila con Lubova Andreievna. Entra Firz, quien coloca su bastón en un ángulo de la pieza. Yascha le sigue. Ambos contemplan el baile.)

YASCHA.

¿Qué tal, viejo Firz?

FIRZ.

No me siento bien... Antaño había almirantes y generales que tomaban parte en el baile. Hoy se ha invitado al jefe de estación y al empleado de Correos; y ni aun esos vienen con gran apresuramiento... Estoy muy débil. No sé ya qué medicina tomar. El difunto amo, abuelo de la señora, trataba todas las enfermedades por el iacre. Ésta era toda su farmacopea. Yo lo tomo desde hace veinte años, y, acaso por este motivo, me hallo todavía vivo.

YASCHA.

¿Qué aburrido eres, Firz? Puedes reventar cuando quieras.

FIRZ.

¿Y tú...? *(Balbucea algunas frases.)*
(Trofimof y Ania entran, bailando, en el gabinete.)

LUBOVA.

Gracias..., voy a sentarme. Estoy algo cansada.
(Ania, que había vuelto a salir, bailando con Trofimof, torna, presa de gran turbación.)

ANIA.

Un hombre acaba de decir en la cocina que el jardín de los cerezos ha sido vendido.

LUBOVA.

Vendido, ¿a quién?

ANIA.

No dijo a quién. Dió la noticia, y partió.
(Ania reanuda la danza con Trofimof, y ambos desaparecen en la sala.)

YASCHA.

Es un desconocido, un anciano: el que charló en la cocina.

FIRZ.

¡Y Leónidas Andreievitch, que todavía no está de vuelta! Se fué, llevando gabán de entretiempo. Temo que se resfríe.

LUBOVA.

Me consumo. Ardo en ansias por saber noticias. Yascha, vaya inmediatamente a informarse si es verdad que han vendido el jardín de los cerezos.

YASCHA. (*Riendo.*)

El viejo que trajo la noticia partió hace tiempo.

LUBOVA. (*Confusa.*)

¿De qué se ríe? Explique la razón de su júbilo. (*A Firz.*) Oye, Firz; y si venden la finca, ¿dónde irás tú?

FIRZ.

Iré donde usted me mande.

LUBOVA.

¿Qué significa esa cara? ¿No te encuentras bien? Mejor harías yendo a descansar un rato.

FIRZ. (*Sonriendo.*)

Sí; me iré a dormir. Pero cuando yo duerma, ¿quién me reemplazará en mis quehaceres? Hay que tener en cuenta que estoy solo en la casa.

YASCHA.

Lubova Andreievna, permítame que le dirija un ruego. Cuando regrese a París, haga por que yo la acompañe. Aquí me aburro.
(*Pitschik entra.*)

PITSCHIK. (*A Lubova Andreievna.*)

Concédame usted un valsecito. (*Lubova Andreierna sale del brazo con él.*) Mi querida amiga, necesito todavía ciento ochenta rublos. ¿Puedo contar con ellos? (*Ambos se alejan bailando. Óyense voces en la gran sala. Llega Lopakhin. Pistchik le besa y le dice:*) Tú hueles a *cognac*. Nosotros, ya lo ves, nos divertimos.
(*Entra Lubova Andreievna.*)

LUBOVA.

¿Es usted, Yermolai Alexievitch? ¿Cómo ha tardado tanto?
¿Dónde está Leónidas?

LOPAKHIN.

Leónidas Andreievitch ha llegado antes que yo.

GAIEF. (*Entrando.*)

Me encuentro terriblemente fatigado, Firz; voy a cambiar de traje.
(*Firz le sigue.*)

PITSCHIK. (*A Lopakhin.*)

Hable; hable.

LUBOVA.

¿Y el jardín de los cerezos? ¿Lo han vendido?

LOPAKHIN.

Sí.

LUBOVA. (*Ansiosamente.*)

¿Quién lo ha comprado?

LOPAKHIN.

Yo.

(*Pausa prolongada.*)

LUBOVA.

(*Desfallecida, tiene que apoyarse en una mesa para no caer.*)

¡Vendido...!

VARIA.

(*Desprende el manajo de llaves de su cintura y lo arroja al suelo. Parte en silencio.*)

LOPAKHIN.

Yo lo compré. Atención, señores. Háganme el favor... Mi cabeza vacila. (*Ríe.*) Yo llegué a la subasta. Derejanof se me había anticipado. Leónidas Andreievitch no poseía más que quince mil rublos..., los de la tía de Yaroslaov. Derejanof ofreció, además del importe de las deudas, treinta mil. Yo, excluídas las deudas, pujé hasta noventa mil; y el jardín de los cerezos me fué adjudicado, con el resto. El jardín de los cerezos es mío. (*Da saltos de alegría.*) ¡Si mi padre y mi abuelo, desde el fondo de sus tumbas, pudieran asistir a este acontecimiento! ¡El pequeño Yermolai, que ellos dejaron en el mundo sin saber apenas leer y escribir, aquel mozalbete que durante el invierno caminaba descalzo, ha comprado esta vasta propiedad! Mi padre y mi abuelo eran siervos. ¿No parece esto un sueño? (*Recoge del suelo las llaves, contemplándolas con amor.*) Ha tirado las llaves. Ha reconocido, por este gesto, que la propiedad ya no les pertenece. El amo soy yo. (*Hace sonar las llaves.*) ¿Qué se me da de lo que puedan ellos pensar? (*La orquesta afina sus instrumentos.*) ¡Vengan acá; quiero oírles! ¡Mañana se oirá otra

música: la del hacha de Yermolai Lopakhin cortando los cerezos, en cuyo ex jardín se elevarán las datchas. Una vida nueva renacerá en estos parajes. *(La música suena. Lubova, sentada en una silla, llora amargamente.)* ¿Por qué no ha escuchado usted mis consejos? Ahora ya es tarde.

PITSCHIK. *(Estrechándole en sus brazos y besándole.)*

Lubova Andreievna llora. Dejémosla sola. Vámonos.

LOPAKHIN.

¿Qué es eso? Músicos, tocad fuerte. Que se os oiga. Yo quiero que todo se efectúe con arreglo a mis instrucciones... *(Con arrogancia.)* Aquí está el nuevo propietario del jardín de los cerezos. *(Yendo de un lado para otro, henchido de satisfacción, tropieza con un velador y derriba un candelabro.)* ¡No es nada! Lo pagaré. Yo puedo pagar cuantos desperfectos se originen por mi causa. *(Vase con Pitschik. En el salón no queda sino Lubova Andreievna, sentada y llorando. La orquesta toca a la sordina. Ania entra y se arrodilla ante su madre.)*

ANIA.

Mamá, no llores..., yo te quiero. Yo te bendigo... El jardín de los cerezos ya no es nuestro. Para nosotros, este jardín no existe ya. ¡No importa! No llores más. Miremos al porvenir. Ven conmigo. Cultivaremos un nuevo jardín de los cerezos, que será mucho más hermoso que el otro. Una nueva felicidad descenderá sobre tu alma. Vámonos, mi querida mamá, vámonos.

1. ↑. Aire caucásiano.

CUARTA PARTE

La llamada «habitación de los niños», pero sin cortinas, sin cuadros en las paredes. Algunos muebles apilados en un ángulo. Junto a la puerta de salida, grandes maletas. Las puertas y ventanas están abiertas. Del interior llegan las voces de Varia y de Ania. En medio de la estancia, Lopakhin, de pie, en actitud expectante. Yascha entra una bandeja con copas de *champagne*. Epifotof, en la antecámara, ocúpase en clavar un cajón. Un grupo de *mujiks* llega para decir adiós a sus antiguos amos. Óyese la voz de Gaief que dice: «Gracias, amigos míos.» Yascha hace los honores a los que vienen a despedirse. El ruido cesa; gradualmente, Lubova Andreievna y Gaief aparecen. Lubova está pálida, pero no llora. Su voz tiembla.

GAIEF.

¿Y le has dado todo lo que tenías en el portamonedas?

LUBOVA.

No podía hacer menos. (*Parten.*)

LOPAKHIN. (*Gritando desde la puerta.*)

Oigan, yo les invito. Vengan a beber una copa de *champagne*, en señal de adiós. (*Pausa.*) ¿No quieren aceptar mi invitación...? Si lo hubiera sabido, no lo habría comprado. Está bien; yo no lo beberé tampoco. (*Yascha coloca con precaución la bandeja sobre una silla.*) Yascha, en tal caso, bébetelo tú.

YASCHA.

¡Buen viaje! ¡Mi enhorabuena a los que se quedan aquí. (*Apura una copa.*) Yo le aseguro que este *champagne* no es natural. Sin embargo, lo pagué a ocho rublos la botella.

LOPAKHIN.

Hace un frío de todos los diablos en este aposento.

YASCHA.

Hoy no se han encendido las estufas. Lo mismo da, puesto que nos vamos. *(Ríe.)*

LOPAKHIN.

¿Por qué te ríes?

YASCHA.

Porque estoy muy contento.

LOPAKHIN.

Para lo avanzado de la estación, el tiempo es excelente. ¿Quién diría que este cielo es el del mes de octubre? *(Mira su reloj, dirigiéndose hacia la puerta, grita:)* ¡Ea, señores, acordaos de que no nos restan sino cuarenta y cinco minutos hasta la salida del tren!

TROFIMOF. *(Abrigado en su gabán.)*

Paréceme, en efecto, que es tiempo de partir... ¿Y mis chanclos? Mis chanclos han desaparecido, Ania. ¿Qué se ha hecho de mis chanclos de goma?

LOPAKHIN.

Voy a pasar el invierno en Kharkof. Tomaré el mismo tren que ustedes. No sé qué hacer de mis manos Me cuelgan de los brazos como si pertenecieran a otro individuo.

TROFIMOF.

Nosotros partiremos, y tú podrás empezar de nuevo a trabajar.

LOPAKHIN.

¡Ea, bebe!

TROFIMOF.

No quiero.

LOPAKHIN.

Así, pues, ¿no partes para Moscov?

TROFIMOF.

Los acompañaré hasta la ciudad, y mañana saldré para Moscov. (*Trofimof sigue buscando sus chanclos.*) Probablemente, no nos volveremos a ver más. Permite que te dé un consejo antes de separarnos. No gesticules. Abandona esa detestable costumbre. Oye lo que te voy decir: construir una *datcha*, imaginar que de un *datchnik* puede salir un pequeño propietario, es tan inútil como gesticular. Pero sea como quiera, tu me eres simpático. (Se abrazan.)

LOPAKHIN.

Y tú a mí también me eres simpático. Ya lo sabes. Yo haré cuanto pueda por ti. Me tienes a tu disposición. No soy tan malo como algunos suponen. (*Lopakhin saca su portamonedas y hace ademán de entregarle dinero.*)

TROFIMOF.

¿A qué viene esto? Yo no necesito dinero.

LOPAKHIN.

Pero tu bolsillo está vacío.

TROFIMOF.

De ningún modo. Dinero no me falta. Me pagan bien mis traducciones. *(Con énfasis.)* No, yo no carezco de medios de subsistencia... ¿Dónde están mis chanclos?

VARIA

(Desde el interior, a gritos.)

¡Aquí está esa antigualla! *(Le lanza, en medio de la habitación, un par de chanclos viejos.)*

TROFIMOF.

¡Pero si esos chanclos no son los míos!

LOPAKHIN.

En la primavera planté mil deciatinas de peonías y gané en ello cuarenta mil rublos. ¡Qué hermoso era ver los campos en flor! Sobre ese beneficio, yo te ofrezco un préstamo. ¿A qué tantos remilgos? Yo no soy más que un *mujik*, un simple *mujik*. Mi proposición es sincera.

TROFIMOF.

Tu padre era un *mujik*. El mío es un pequeño farmacéutico...

LOPAKHIN. *(Extrae la cartera de un bolsillo.)*

¿Aceptas?

TROFIMOF.

Déjame, déjame en paz. Aunque me ofrecieras veinte mil rublos, no tomaría nada. Yo soy un hombre libre. Las deudas son servidumbre. Y todo eso que vosotros, ricos o pobres, apreciáis a tal extremo, sobre mí no ejerce el menor poder. Yo puedo prescindir de ti. Yo puedo pasar delante de ti, sin advertir tu presencia. Yo soy

fuerte, orgulloso. La Humanidad es un camino en marcha que lleva a la felicidad suprema, la cual es posible en este mundo. Yo me hallo en las primeras filas.

LOPAKHIN.

¿Y tú crees poder llegar?

TROFIMOF.

Llegaré. *(Pausa.)* Y si no llego, por lo menos habré mostrado el camino a los que me seguirán. *(A lo lejos s yese un ruido seco. Es un hachazo que cort  un  rbol.)*

LOPAKHIN.

Mi buen amigo; hay que irse.

ANIA. *(En el dintel de la puerta.)*

Mamá os suplica que no se tale el jardín de los cerezos mientras ella se encuentre en la casa.

TROFIMOF.

En verdad, ese individuo carece de tacto. *(Vase.)*

LOPAKHIN.

Entendido... Ellos son, verdaderamente... *(Sigue a Trofimof.)*

ANIA.

Y Firz,  le han llevado al hospital?

YASCHA.

Di las órdenes necesarias a este efecto. Supongo que las habrán cumplido.

ANIA. *(A Epifotof, que atraviesa la habitación.)*

Simeón Panteleimaritch, tened la bondad de informaros de si han llevado a Firz al hospital.

YASCHA. *(Ofendido.)*

Yo se lo mandé esta mañana a Vegov. No hace falta insistir.

EPIFOTOF.

El viejo Firz, a mi juicio, no tiene compostura. Hay que expedirlo a sus antepasados. *(Diciendo esto, coloca una maleta sobre una sombrerera de cartón y la aplasta.)* Eso es, ya me lo maliciaba. *(Parte.)*

YASCHA. *(Riendo.)*

El «Veintidós desgracias». *(Dentro suena la voz de Varia.)* ¿Han llevado a Firz al hospital?

ANIA.

¡Si!

VARIA.

¿Por qué se olvidó la carta para el doctor?

ANIA.

Enviaremos la carta; no te preocupes. *(Vase.)*

VARIA. *(Siempre desde el interior.)*

¿Dónde anda Yascha? Dile que su madre vino a despedirse de él.

YASCHA. *(Con un gesto de desdén.)*

¡Qué fastidio! (*Entra Duniasha, y, con Yascha, arregla los equipajes. Siguen Lubova Andreievna, Gaief y Carlota.*)

GAIEF.

Es hora de partir.

YASCHA.

¿Quién huele a arenque?

LUBOVA.

Dentro de diez minutos habrá que tomar asiento en los carruajes. (*Contempla los muros de la habitación.*) Adiós, vieja y querida morada. Pasará el invierno; la primavera tornará, y tú serás demolida desde los cimientos hasta el tejado. ¡Cuántas cosas vieron estas paredes! (*Besa a su hija con pasión.*) ¡Tesoro mío! Estás contenta; tus ojos brillan como dos diamantes. Estás muy contenta, verdad?

ANIA.

Sí, mamá. Esto es el comienzo de una nueva vida.

GAIEF.

Sí, por cierto, será mejor. Hasta el momento de la venta del jardín de los cerezos, todos hemos sufrido mucho. Ahora, cuando todo acabó, nos hemos calmado y nos sentimos casi alegres. Voy a ser, en adelante, un empleado de casa de banca. Tú, Lubova Andreievna, tienes mejor semblante.

LUBOVA.

Mis nervios no me molestan tanto. (*Gaief le entrega su manta y su sombrero.*) Duermo mejor. Yascha, que se lleven el equipaje. (*A Ania.*) Así, pues, niña, pronto nos volveremos a ver... Yo parto para París, allí viviré con los fondos que la abuela de Yaroslaov nos envió

para la compra de nuestra finca. ¡Viva la abuela! Sin embargo, este dinero no me durará mucho tiempo.

ANIA.

Mamá, confío en que pronto estarás de regreso, ¿verdad? Yo, entre tanto, haré mis exámenes en el colegio; después, trabajaré, te ayudaré. Juntas leeremos bonitos libros, muchos libros, ¿verdad, mamá? (*La besa.*) Ante nosotros ábrese un mundo nuevo... (*Pensativa.*) Sí, mamá; vuelve a París; regresa lo más pronto posible.

LUBOVA.

Regresaré muy en breve; pronto nos volveremos a ver. (*Entran Lopakhin y Pitschik.*)

PITSCHIK. (*Sofocado.*)

Déjame tiempo para respirar. Estoy cansado... Un vaso de agua...

GAIEF.

¿Vienes acaso a pedir dinero...? Me voy para no ser testigo de la escena. (*Parte.*)

PITSCHIK. (*A Lubova Andreievna.*)

Hace tiempo que no la he visto a usted. (*A Lopakhin.*) ¡Ah! ¿Estás tú aquí? Me alegro de verte; eres el hombre más listo de la tierra. Toma; recibe estos cuatrocientos rublos. Te quedo a deber ochocientos cuarenta.

LOPAKHIN. (*Con asombro.*)

Esto es un sueño! ¿Dónde has encontrado ese dinero?

PITSCHIK.

Yo me ahogo... Ha sido una circunstancia totalmente imprevista. Los ingleses han hallado en mis tierras una arcilla blanca... (A *Lubova Andreievna*.) Para usted los cuatrocientos rublos. El resto vendrá después.

LOPAKHIN.

¿Qué ingleses?

PITSCHIK.

Yo te arrendé por veinticuatro años el terreno arcilloso.

LUBOVA.

Es hora de partir... Y mañana tomaré el tren para el extranjero.

PITSCHIK. (*Emocionado.*)

Estas cosas... (*Se va y vuelve...*) Daschinka me encarga que la salude a usted muy cariñosamente. (*Parte.*)

LOPAKHIN.

¿Qué la preocupa a usted?

LUBOVA.

Dos cosas me preocupan: Firz, que está enfermo; luego, Varia. Es una muchacha laboriosa, madrugadora, fiel. Su aspecto no me gusta. Está pálida. Enflaquece de día en día... (*Pausa.*) Está como un pez que le han sacado del agua. (*A Lopakhin.*) Yo contaba casarla con usted. (*Ania y Carlota, obedeciendo a un signo de Lubova Andreievna, salen de la habitación.*) Sé que ella le quiere; y usted la quiere también... No comprendo lo que ocurre.

LOPAKHIN.

Yo la quiero también; es exacto. No comprendo tampoco lo que ocurre... en verdad... Esto es ridículo. Si tuviéramos tiempo, yo estoy

dispuesto a zanjar el asunto en seguida.

LUBOVA.

Voy a llamarla... ¡Varia!

LOPAKHIN.

A propósito, tenemos aquí el champagne para celebrar el suceso... *(Mira la bandeja y las copas.)* ¡Todas están ya vacías! *(Yascha circula a diestro y siniestro. Lubova, con Yascha, sale.)* *Lopakhin saca su reloj. ¡Ah! (Detrás de la puerta, risa ahogada; Varia entra contemplando las maletas.)* ¿Y usted qué va a hacer, Varia Michelovna?

VARIA.

¿Yo? Iré a casa de los Rasdinlin, como ama de llaves.

LOPAKHIN.

Yo salgo inmediatamente para Kharkof. He arrendado la propiedad a Epifotof.

VARIA.

Está bien. *(Óyese una voz por la ventana abierta: «¡Yermolai Alexievitch!»* *Lopakhin, como si esperara a ser llamado, vase rápidamente. Varia siéntase por el suelo, apoya la cabeza y llora. La puerta se entreabre. Lubova Andreievna aparece.)*

LUBOVA.

Tenemos que irnos. *(Varia levanta la cabeza, se enjuga los ojos.)* Sí; vámonos. ¡Ania! ¿Estás lista? *(Llegan Ania, Gaief y Carlota. Gaief lleva un viejo gabán de invierno y un tapabocas. Epifotof acaba de arreglar los bultos de equipaje. Entran Trofimof y luego Lopakhin.)*

LUBOVA.

¿Empezaron a cargar las maletas?

LOPAKHIN.

Creo que sí. *(A Epifotof.)* Procura que todo esté en orden.

EPIFOTOF.

Yo me encargo de ello, tranquilícese.

LOPAKHIN.

¿Te ahogas?

EPIFOTOF.

Acabo de beber agua y me he tragado no sé qué.

YASCHA. *(Con desprecio.)*

¡Qué imbécil!

TROFIMOF.

Andando, ¡al coche!

VARIA.

Pietcha, aquí están, por fin, sus chanclos. Se hallaban detrás de una maleta. ¡Qué viejos y qué sucios son!

TROFIMOF. *(Calzando sus chanclos.)*

Gracias, Varia.
(Gaief hace esfuerzos por no llorar.)

ANIA.

Adiós, vieja morada; adiós la vida de ayer.

TROFIMOF.

¡Viva la vida de mañana! *(Sale con Ania. Varia contempla la habitación y sale sin darse ninguna prisa. Carlota la sigue, llevando su perrito en brazos.)*

LOPAKHIN.

¡Hasta la primavera próxima! Salid, si os place... ¡Hasta la vista!
(Parte.)

LUBOVA.

¿Es una pesadilla? *(Cae en los brazos de Gaief, y ambos lloran silenciosos, como si temieran ser oídos.)*

GAIEF. *(Desesperado.)*

¡Ay, hermana mía! ¡Hermana mía!

LUBOVA.

¡Ay, mi querido jardín! ¡Mi querido, mi hermoso jardín...! ¡Mi vida, mi juventud, mi felicidad! ¡Adiós...! ¡Adiós...!

VOZ DE ANIA. *(Gozosa.)*

¡Mama...!

VOZ DE TROFIMOF. *(Alegre, con exaltación.)*

¡Ea...!

LUBOVA.

Miro, por última vez, estos muros, estas ventanas... Mi madre sentíase tan feliz en este aposento!

GAIEF.

¡Hermana mía, hermana mía!

VOZ DE ANIA.

¡Mama!

VOZ DE TROFIMOF.

¡Ea...!

LUBOVA.

Vámonos. (Se van. La habitación queda vacía. Óyese cómo van cerrando con llave todas las puertas. Luego, el ruido de los coches; resuena el golpe seco del hacha que tala los cerezos. Este golpe es extraño, lúgubre. Alguien se acerca. Rumor de pasos. Por la puerta de la derecha entra Firz. Viste como siempre, de librea y chaleco blanco; usa zapatillas. Tiene aspecto de enfermo. Semeja un fantasma.)

FIRZ. (Aproximándose trabajosamente a una de las puertas de salida y tratando de abrirla.)

Está cerrada. Se han ido... (Déjase caer sobre el sofá.) ¡Me han olvidado...! No importa... Esperaré... Ahora caigo en que Leonidas Andreievicht se ha olvidado de ponerse su abrigo de pieles... (Suspira con inquietud.) Y pensar que yo no lo noté... (Balbucea algunas frases.) La vida pasó ya. Es como si yo no hubiera vivido... (Tiendese sobre el canapé.) Permaneceré así, tendido, por algunos instantes... Las fuerzas empiezan a faltarte. Firz, tu vida se va. Nada más me queda, nada más... (Su cabeza hace un movimiento, cual si intentara erguirse, y cae de nuevo.) Nada... (Balbuciente.) Más... (Expira.)

Ruido lejano, como si viniera del cielo, como el de una cuerda de violín, que estalla. Ruido siniestro que se extingue poco a poco. Todo está en calma. En el profundo silencio, los hachazos continúan.

FIN

EL MISTERIO

La noche del primer día de Pascua, el consejero de Estado Navaguin, después de haber hecho sus visitas, tornó a su casa y tomó en la antesala el pliego de papel en donde los visitantes de aquel día habían puesto sus firmas. Mudóse de traje, bebió un vaso de agua de Seltz, sentóse cómodamente en una butaca y comenzó la lectura de aquellas firmas. Al llegar a la mitad del primer pliego se estremeció y dió muestras de asombro.

—¡Otra vez!—exclamó golpeándose la rodilla—. ¡Es pasmoso! ¡Otra vez ha firmado ese diablo de Fedinkof, que nadie conoce.

Entre las numerosas firmas, había, en efecto, la de un Fedinkof. ¿Qué clase de pájaro era ese Fedinkoff? Navaguin, decididamente, lo ignoraba. Pasó mentalmente revista a los nombres de sus parientes, de sus subordinados; exploró en el fondo de su memoria su pasado más lejano, y nada descubrió parecido, ni remotamente, al nombre de Fedinkof. Lo más extraordinario era que, en los últimos trece años, ese incógnito Fedinkof aparecía fatalmente en ocasión de cada Pascua de Navidad y de cada Pascua florida. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué representa? Nadie lo sabía, ni Navaguin, ni su mujer, ni el portero.

—¡Esto es increíble!—decíase Navaguin paseándose por el gabinete—; ¡es extraordinario e incomprensible...! ¡Llamad al conserje!—gritó asomándose a la puerta—. ¡Esto es diabólico! No importa; yo he de averiguar quién es... ¡Oye, Gregorio!—añadió dirigiéndose al conserje—; otra vez ha firmado ese Fedinkof. ¿Le has visto?

—No, señor—contestó el conserje.

—Sin embargo, él ha firmado, lo cual prueba que estuvo en la portería.

—No, señor, no estuvo.

—Pero ¿cómo pudo firmar sin venir a la portería?

—Eso yo no lo sé.

—Entonces, ¿quién lo ha de saber? Acaso te duermes y no ves quién entra. Procura acordarte. Piénsalo bien.

—No, señor; ninguna persona desconocida ha franqueado la entrada. Vinieron nuestros empleados; también vino la baronesa, con objeto de visitar a la señora; asimismo vino el clero de la iglesia vecina con el crucifijo; y nadie más. -Así, pues, Fedinkof, para firmar, se hizo invisible.

—No lo puedo saber; lo que sí sé es que no había entre los visitantes ningún Fedinkof; esto lo juraría delante de Cristo.

—¡Increíble! ¡Incomprensible! ¡Ex-tra-or-di-na-rio! reflexionó Navaguin—. ¡Hasta tiene algo de cómico! Por espacio de trece años viene un hombre, firma, y no hay modo de averiguar quién es. ¿Será una broma? ¿Será que alguno de mis empleados, por chancearse, escribe el nombre de Fedinkof?

Navaguin emprendió el estudio de la firma de Fedinkof; la rúbrica, floreada, llena de rasgos y de curvas, al modo antiguo, no se parecía a ninguna de las otras rúbricas. Figuraba junto a la del secretario Stutchkin, hombre modesto y de pocos ánimos, quien antes moriría de susto que permitirse broma tan osada.

—Otra vez ha firmado ese misterioso Fedinkof—dijo Navaguin, penetrando en el aposento de su esposa y tampoco ahora me ha sido posible averiguar quién es.

La señora de Navaguin era espiritista y explicaba las cosas más inexplicables con la mayor sencillez del mundo.

—No veo en ello nada de extraordinario—repuso ella—; tú te empeñas en no creerlo; sin embargo, cuántas veces te he advertido que en la vida hay muchas cosas sobrenaturales, inaccesibles a nuestra comprensión. Estoy certísima de que el tal Fedinkof es un espíritu que siente simpatías por ti... En tu lugar, yo le llamaría y le preguntaría qué es lo que desea.

—¡Vaya una sandez!

Navaguin no tenía preocupaciones, pero el acontecimiento en cuestión se le antojaba tan misterioso, que su cabeza llenóse de ideas del otro mundo. Transcurrió la velada, y entre tanto, meditó sobre si ese Fedinkof sería alguno de sus subordinados, arrojado

del servicio por algún predecesor suyo, y que se vengaba en la persona de uno de los sucesores de aquél. O quién sabe si no es el deudo de algún escribiente despedido por el propio Navaguin. O acaso también el espíritu de alguna doncella por él seducida... Durante toda la noche, Navaguin vió en sueños a un empleado viejo, flaco, con uniforme ajado, la tez amarilla como un limón, pelos de punta y ojos de plato. El empleado, con voz de ultratumba, pronunciaba frases y enviaba gestos amenazadores.

Navaguin estuvo a punto de sufrir un ataque cerebral. Por espacio de dos semanas, anduvo de un lado para otro, en su habitación. Fruncía el entrecejo y callaba. Vencido su escepticismo, entró en la habitación de su mujer, y le dijo con voz ronca:

—Zina, llama a Fedinkof.—La espiritista, regocijada, ordenó que le trajeran un trozo de cartón y un platillo, y procedió inmediatamente a sus manipulaciones. Fedinkof no se hizo esperar.

—¿Qué quieres?—le preguntó Navaguin.

—Arrepiéntete—contestó el platillo.

—¿Qué fuiste tú en la tierra?

—Yo erré mi camino.

—¿Ves?—le murmuró su mujer al oído, ¡y tú no creías!

Navaguin conversó largamente con Fedinkof, luego con Napoleón, con Aníbal, con Ascotchensky, con su tía Claudia Zajarrovna; todos daban respuestas cortas, pero justas y de un sentido profundo. Cuatro horas duró este ejercicio. Navaguin acabó por dormirse, traspuesto y feliz, por haber entrado en contacto con un mundo nuevo y misterioso.

Diariamente se ocupó en el espiritismo, explicando a sus subalternos que existen muchas cosas sobrenaturales y milagrosas, dignas, desde mucho tiempo, de fijar la atención de los sabios. El hipnotismo, el medionismo, el bishchopismo, el espiritismo, la cuarta dimensión y otros temas nebulosos, acapararon completamente su atención. Consagraba días enteros, con el mayor júbilo por parte de su esposa, a la lectura de libros espiritistas, se entretenía con el platillo, con la mesa, y trataba de hallar explicación a los problemas sobrenaturales. Influidos por su verbosidad convincente, y deseosos de serle agradable, todos sus empleados dieron en dedicarse al

espiritismo, y con tanto afán, que uno de ellos se volvió loco, y hubo de expedir un telegrama concebido en estos términos:

«Al Infierno, en la Tesorería, siento que me transformo en espíritu malo; ¿qué debo hacer? Respuesta pagada.—*Vasilio Krinolinski.*»

Luego de haber leído algunos centenares de libritos espiritistas, Navaguin vióse poseído de la ambición de componer él mismo una obra. Al cabo de cinco meses de estudios y compilaciones, produjo un enorme manuscrito, con el nombre de «Lo que yo opino a mi vez, resolviendo mandarlo a una Revista espiritista. El día en que tomó esta resolución fue para él un día memorable. Navaguin, en aquella hora trascendental, tenía a su lado a su secretario y al sacristán de la parroquia vecina, llamado para un menester urgente. El autor contempló con cariño su obra; la palpó, sonrió satisfecho, y dijo a su secretario:

—Supongo, Felipe Serguievitch, que habrá que expedir este certificado; será más seguro—volvióse luego hacia el sacristán—. Amigo, te hice llamar porque, teniendo que mandar a mi hijo al colegio, necesito su partida de bautismo. Es preciso que me la procures cuanto antes.

—Perfectamente, excelencia— replicó el sacristán inclinándose—; perfectamente; comprendo lo que vuecencia desea.

—¿Puedes hacerlo para mañana?

—Perfectamente; puede vuecencia contar conmigo; mañana estará todo listo. Sírvase mandar alguien a la iglesia antes del Angelus. Yo me encontraré allí, como de costumbre; que pregunten por Fedinkof.

—¿Como?—exclamó Navaguin pálido y estupefacto.

—Fedinkof.

—¿Tú eres Fedinkof?—preguntó Navaguin abriendo desmesuradamente los ojos.

—Así como suena: Fedinkof.

—¿Eres tú quien firmaba en los pliegos de mi antesala?

—Era yo, en efecto—confesó el sacristán, confuso y avergonzado—. Excelencia, cuando visitamos con el Crucifijo a personajes de calidad, yo acostumbro a firmar... Esto me complace en extremo... Vuecencia me censurará; pero viendo en la antesala un pliego de

papel destinado a recibir firmas, es indispensable que yo estampe allí mi nombre. Una fuerza oculta me impulsa a ello.

Mudo y entristecido, Navaguin se puso a caminar a grandes pasos. Extendió la mano con ademán trágico; una sonrisa extraña asomó a sus labios, y con el dedo señaló algo en el espacio.

—Excelencia—dijo el secretario—, voy al correo para expedir el paquete.

Estas palabras llamaron de nuevo a Navaguin a la realidad. Miró alternativamente al secretario y al sacristán, acordóse de todo; pateó y gritó en tono agudo:

—¡Déjame en paz! ¡Les repito que me dejen en paz! ¿Qué me quieren?

El secretario y el sacristán salieron rápidamente del gabinete, mientras el consejero de Estado seguía gritando con voz estentórea:

—¡Dejadme en paz! ¡Les repito que me dejen en paz! ¿Qué me quieren...?

EL HOMBRE IRASCIBLE

Yo soy un hombre formal, y mi cerebro tiene inclinación a la filosofía. Mi profesión es la de financiero. Estoy estudiando la ciencia económica, y escribo una disertación bajo el título de «El pasado y el porvenir del impuesto sobre los perros». Usted comprenderá que las mujeres, las novelas, la Luna y otras tonterías por el estilo me tienen completamente sin cuidado.

Son las diez de la mañana. Mi mamá me sirve una taza de café con leche. Lo bebo, y salgo al balconcito para ponerme inmediatamente a mi trabajo. Tomo un pliego de papel blanco, mojo la pluma en tinta y caligrafío «El pasado y el porvenir del impuesto sobre los perros». Reflexiono un poco y escribo: «Antecedentes históricos: A juzgar por indicios que nos revelan Herodoto y Xenofonte, el impuesto sobre los perros data de...»; en este momento oigo unos pasos muy sospechosos. Miro hacia abajo y veo a una señorita con cara larga y talle largo; se llama, según creo, Narinka, o Varinka; pero esto no hace al caso; busca algo y aparenta no haberse fijado en mí. Canta:

«Te acuerdas de este cantar apasionado.»

Leo lo que escribí, y pretendo seguir adelante. Pero la muchacha parece haberme visto, y me dice en tono triste:

—Buenos días, Nicolás Andreievitch. Imagínese mi desgracia. Ayer salí de paseo, y se me perdió el dije de mi pulsera...

Leo de nuevo el principio de mi disertación, rectifico el rabo de la letra b y quiero continuar; mas la muchacha no me deja.

—Nicolás Andreievitch—añade—, sea usted lo bastante amable para acompañarme hasta mi casa. En la de Karenin hay un perro enorme, y yo no me atrevo a ir sola.

¿Qué hacer? Dejo a un lado mi pluma y desciendo. Narinka o Varinka me toma del brazo, y ambos nos encaminamos a su

morada. Cuando me veo precisado a acompañar a una señora o a una señorita, siéntome como un gancho, del cual pende un gran abrigo de pieles. Narinka o Varinka tiene un temperamento apasionado—entre paréntesis, su abuelo era un armenio—. Ella sabe a maravilla colgarse del brazo y pegarse a las costillas de su acompañante como una sanguijuela. De esta suerte, proseguimos nuestra marcha. Al pasar por delante de la casa de los Karenin, veo al perro, y me acuerdo del tema de mi disertación. Recordándolo, suspiro.

—¿Por qué suspira usted?—me pregunta Narinka o Varinka. Y ella a su vez suspira.

Aquí debo dar una explicación: Narinka o Varinka—de repente me doy cuenta de que se llama Masdinka—figúrase que yo estoy enamorado de ella, y se le antoja un deber de humanidad compadecerme y curar la herida de mi corazón.

—Escuche-me dice—, yo sé por qué suspira usted. Usted ama, ¿no es verdad? Le prevengo que la joven por usted amada tiene por usted un profundo respeto. Ella no puede corresponderle con su amor, mas no es suya la culpa, porque su corazón pertenece a otro, tiempo ha.

La nariz de Masdinka se enrojece y se hincha; las lágrimas afluyen a sus ojos. Ella espera que yo le conteste; pero, felizmente, hemos llegado. En la terraza se encuentra la mamá de Masdinka, una persona excelente, aunque llena de supersticiones. La dama contempla el rostro de su hija; y luego se fija en mí, detenidamente, suspirando, como si quisiera exclamar: «¡Oh, juventud, que no sabe disimular sus sentimientos!»

Además de la mamá, están sentadas en la terraza señoritas de matices diversos y un oficial retirado, herido en la última guerra en la sien derecha y en el muslo izquierdo. Este infeliz quería, como yo, consagrar el verano a la redacción de una obra intitulada «Memorias de un militar». Al igual que yo, aplícase todas las mañanas a la redacción de su libro; pero apenas escribe la frase «Nací en tal año...», aparece bajo su balcón alguna Varinka o Masdinka, que está allí como de centinela. Cuantos se hallan en la terraza, ocúpense en limpiar frutas, para hacer dulce con ellas. Saludo y me dispongo a marchar; pero las señoritas de diversos matices

esconden mi sombrero y me incitan a que no me vaya. Tomo asiento. Me dan un plato con fruta y una horquilla, a fin de que proceda, como los demás, a la operación de extraer el hueso. Las señoritas hablan de sus cortejadores; fulano es guapo; mengano lo es también, pero no es simpático; zutano es feo, aunque simpático; perengano no está mal del todo, pero su nariz semeja un dedal, etc.

—Y usted, Nicolás—me dice la mamá de Masdinka—, no tiene nada de guapo; pero le sobra simpatía; en usted hay un no sé qué... La verdad es—añade suspirando—que para un hombre lo que vale no es la hermosura, sino el talento.

Las jóvenes me miran y en seguida bajan los ojos. Ellas están, sin duda, de acuerdo en que para un hombre lo más importante no es la hermosura, sino el talento. Obsérvome, a hurtadillas, en el espejo para ver si, realmente, soy simpático. Veo a un hombre de tupida melena, barba y bigote poblados, cejas densas, vello en la mejilla, vello debajo de los ojos, todo un conjunto velludo, en medio del cual descuella, como una torre sólida, su nariz.

—No me parezco mal del todo...

—Pero en usted, Nicolás, son las cualidades morales las que llevan ventaja—replica la mamá de Masdinka.

Narinka sufre por mí; pero al propio tiempo, la idea de que un hombre está enamorado de ella la colma de gozo. Ahora charlan del amor. Una de las señoritas levántase y se va; todas las demás empiezan a hablar mal de ella. Todas, todas la hallan tonta, insoportable, fea, con un hombro más bajo que otro. Por fin aparece mi sirvienta, que mi madre envió para llamarme a comer. Puedo, gracias a Dios, abandonar esta sociedad estrambótica y entregarme nuevamente a mi trabajo. Me levanto y saludo. Pero la mamá de Narinka y las señoritas de diversos matices rodéanme y me declaran que no me asiste el derecho de marcharme porque ayer les prometí comer con ellas y después de la comida ir a buscar setas en el bosque. Saludo y vuelvo a tomar asiento... En mi alma hierve la irritación. Presiento que voy a estallar; pero la delicadeza y el temor de faltar a las conveniencias sociales obliganme a obedecer a las señoras, y obedezco. Nos sentamos a comer. El oficial retirado, que por efecto de su herida en la sien tiene calambres en las mandíbulas, come a la manera de un caballo

provisto de su bocado. Hago bolitas de pan, pienso en la contribución sobre los perros, y, consciente de mi irascibilidad, me callo. Narinka me observa con lástima. *Okroschka* [1], lengua con guisantes, gallina cocida, compota. Me falta apetito; pero engullo por delicadeza. Después de comer voy a la terraza para fumar; en esto acércase a mí la mamá de Masdinka y me dice con voz entrecortada:

—No desespere usted, Nicolás... Su corazón es de... Vamos al bosque.

Varinka cuélgase de mi brazo y establece el contacto. Sufro inmensamente; pero me aguanto.

—Dígame, señor Nicolás—murmura Narinka—, ¿por qué está usted tan triste, tan taciturno?

¡Extraña muchacha! ¿Qué se le debe responder? ¡Nada tengo que decirle!

—Hábleme algo—añade la joven.

En vano busco algo vulgar, accesible a su intelecto. A fuerza de buscar, lo encuentro, y me decido a romper el silencio.

—La destrucción de los bosques es una cosa perjudicial a Rusia.

—Nicolás—suspira Varinka, mientras su nariz se colorea—, usted rehuye una conversación franca... Usted quiere asesinarme con su reserva... Usted se empeña en sufrir solo...

Me coge de la mano, y advierto que su nariz se hincha; ella añade:

—¿Qué diría usted si la joven que usted quiere le ofreciera una amistad eterna?

Yo balbuceé algo incomprensible, porque, en verdad, no sé qué contestarle; en primer lugar, no quiero a ninguna muchacha; en segundo lugar, ¿qué falta me hace una amistad eterna? En tercer lugar, soy muy irritable. Masdinka o Varinka cúbrese el rostro con las y dice a media voz, como hablando consigo misma: «Se calla..., veo que desea mi sacrificio. ¿Pero cómo lo he de querer, si todavía quiero al otro...? Lo pensaré, sí, lo pensaré, reuniré todas las fuerzas de mi alma, y, a costa, de mi felicidad, libraré a este hombre de sus angustias.»

No comprendo nada. Es un asunto cabalístico. Seguimos el paseo silencioso. La fisonomía de Narinka denota una lucha interior. Oyese

el ladrido de los perros. Esto me hace pensar en mi disertación, y yo suspiro de nuevo. A lo lejos, a través de los árboles, descubro al oficial inválido, que cojea atrozmente, tambaleándose de derecha a izquierda, porque del lado derecho tiene el muslo herido, y del lado izquierdo tiene colgada de su brazo a una señorita. Su cara refleja resignación. Regresamos del bosque a casa, tomamos el te, jugamos al *croquet* y escuchamos como una de las jóvenes canta:

«Tú no me amas, no...»

Al pronunciar la palabra «no», tuerce la boca hasta la oreja.

«*Charmant, charmant*», gimen en francés las otras jóvenes. Ya llega la noche. Por detrás de los matorrales asoma una luna lamentable. Todo está en silencio. Percíbese un olor repugnante de heno cortado. Tomo mi sombrero y me voy a marchar.

—Tengo que comunicarle algo interesante—murmura Masdinka a mi oído.

Abrigo el presentimiento de que algo malo me va a suceder, y, por delicadeza, me quedo. Masdinka me coge del brazo y me arrastra hacia una avenida. Toda su fisonomía expresa una lucha. Está pálida, respira con dificultad, diríase que piensa arrancarme el brazo derecho. «¿Qué tendrá?», pienso yo.

—Escuche usted; no puedo...

Quiere decir algo; pero no se atreve. Veo por su cara que, al fin, se decide. Lánzame una ojeada, y con la nariz, que va hinchándose gradualmente, me dice a quema ropa:

—Nicolás, yo soy suya. No le puedo amar, pero le prometo fidelidad.

Apriétase contra mi pecho y retrocede poco después.

—Alguien viene, adiós; mañana a las once me hallaré en la glorieta.

Desaparece. Yo no comprendo nada. El corazón me late. Regreso a mi casa. El pasado y el porvenir del impuesto sobre los perros me aguarda; pero trabajar me es imposible. Estoy rabioso. Me siento terriblemente irritado. Yo no permito que se me trate como a un chiquillo. Soy irascible, y es peligroso bromear conmigo. Cuando la sirvienta me anuncia que la cena está lista, la despido brutalmente:

—¡Váyase en mal hora!

Una irritabilidad semejante nada bueno promete. Al otro día, por la mañana, el tiempo es el habitual en el campo. La temperatura fría, bajo cero. El viento frío; lluvia, fango y suciedad. Todo huele a naftalina, porque mi mamá saca a relucir su traje de invierno. Es el día 7 de agosto de 1887, día del eclipse de Sol. Hay que advertir que cada uno de nosotros, aun sin ser astrónomo, puede ser de utilidad en esta circunstancia. Por ejemplo: cada uno puede, primero, marcar el diámetro del Sol con respecto al de la Luna; segundo, dibujar la corona del Sol; tercero, marcar la temperatura; cuarto, fijar en el momento del eclipse la situación de los animales y de las plantas; quinto, determinar sus propias impresiones, etcétera. Todo esto es tan importante, que por el momento resuelvo dejar aislado el impuesto sobre los perros. Propóngome observar el eclipse. Todos nos hemos levantado muy temprano. Reparto el trabajo en la forma siguiente: yo calcularé el diámetro del Sol y de la Luna; el oficial herido dibujará la corona. Lo demás correrá a cargo de Masdinka y de las señoritas de diversos matices.

—¿De qué proceden los eclipses?—pregunta Masdinka.

Yo contesto:

—Los eclipses proceden de que la Luna, recorriendo la elíptica, se coloca en la línea sobre la cual coinciden el Sol y la Tierra.

—¿Y qué es la elíptica?

Yo se lo explico. Masdinka me escucha con atención, y me pregunta:

—No es posible ver, mediante un vidrio ahumado, la línea que junta los centros del Sol y de la Tierra?

—Es una línea imaginaria—le contesto.

—Pero si es imaginaria—replica Masdinka—, ¿cómo es posible que la Luna se sitúe en ella?

No le contesto. Siento, sin embargo, que, a consecuencia de esta pregunta ingenua, mi hígado se agranda

—Esas son tonterías—añade la mamá de Masdinka—;nadie es capaz de predecir lo que ocurrirá. Y además, usted no estuvo jamás en el cielo. ¿Cómo puede saber lo que acontece a la Luna y al Sol? Todo ello son puras fantasías.

Es cierto, la mancha negra empieza a extenderse sobre el Sol. Todos parecen asustados; las vacas, los caballos, los carneros con

los rabos levantados, corren por el campo mugiendo. Los perros aúllan. Las chinchas creen que es de noche y salen de sus agujeros, con el objeto de picar a los que hallen a su alcance. El vicario llega en este momento con su carro de pepinos, se asusta, abandona el vehículo y ocúltase debajo del puente; el caballo penetra en su patio, donde los cerdos se comen los pepinos. El empleado de las contribuciones, que había pernoctado en la casa vecina, sale en paños menores y grita con voz de trueno:

«¡Sálvese el que pueda!» Muchos veraneantes, incluso algunas bonitas jóvenes, lánzase a la calle descalzos. Otra cosa ocurre que no me atrevo a referir.

—Qué miedo! ¡Esto es horrible!—chillan las señoritas de diversos matices.

—Señora, observad bien, el tiempo es precioso. Yo mismo calculo el diámetro.

Acuérdome de la corona, y busco al oficial herido, quien está parado, inmóvil.

—¿Qué diablos hace usted? ¿Y la corona?

El oficial se encoge de hombros, y con la mirada me indica sus dos brazos. En cada uno de ellos permanece colgada una señorita; las cuales, asidas fuertemente a él, le impiden el trabajo. Tomo el lápiz y anoto los minutos y los segundos: esto es muy importante. Marco la situación geográfica del punto de observación: esto es también muy importante. Quiero calcular el diámetro, pero Masdinka me coge de la mano y dícame:

—No olvide usted: hoy, a las once.

Despréndome de ella, porque los momentos son preciosos y yo tengo empeño en continuar mis observaciones. Varinka se apodera de mi otro brazo y no me suelta. El lápiz, el vidrio ahumado, los dibujos, todo se cae al suelo. ¡Diantre! Hora es de que esta joven sepa que yo soy irascible, y cuando yo me irrito, no respondo de mí. En vano pretendo seguir, El eclipse se acabó.

—¿Por qué no me mira usted?—me susurra tiernamente al oído.

Esto es ya más que una burla. Convid en que no es posible jugar con la paciencia humana. Si algo terrible sobreviene, no será por culpa mía. ¡Yo no permito que nadie se mofe de mí! ¡Qué diablo! En mis instantes de irritación no aconsejo a nadie que se acerque a

mí. Yo soy capaz de todo. Una de las señoritas nota en mi semblante que estoy irritado, y trata de calmarme.

—Nicolás Andreievitch, yo he seguido fielmente sus indicaciones, observé a los mamíferos y apunté cómo, ante el eclipse, el perro gris persiguió al gato, después de lo cual quedó por algún tiempo meneando la cola.

Nada resulta, pues, de mis observaciones. Me voy a casa. Llueve, y no me asomo al balconcito. El oficial herido arriésgase a salir a su balcón, y hasta escribió: «He nacido en...» Pero desde mi ventana veo cómo una de las señoritas de marras le llama, con el fin de que vaya a su casa. Trabajar me es imposible. El corazón me late con violencia. No iré a la cita de la glorieta. Es evidente que cuando llueve yo no puedo salir a la calle. A las doce, recibo una esquelita de Masdinka, la cual me reprende, y exige que me persone en la glorieta, tuteándome. A la una, recibo una segunda misiva, y a las dos, una tercera. Hay que ir, no cabe duda. Empero, antes de ir, debo pensar que es lo que habré de decirle. Me comportaré como un caballero. En primer lugar, le declararé que es inútil que cuente con mi amor; no, semejante cosa no se dice a las mujeres; decir a una mujer «yo no la amo» es como decir a un escritor: «usted escribe mal». Le expondré sencillamente mi opinión acerca del matrimonio. Me pongo, pues, el abrigo de invierno, empuño el paraguas y diríjome a la glorieta. Conocedor como soy de mi carácter irritable, temo cometer alguna barbaridad. Me las arreglaré para refrenarme. En la glorieta, Masdinka me espera. Narinka está pálida y solloza. Al verme, prorrumpe en una exclamación de alegría y agárrase a mi cuello.

—Por fin, ya abusas de mi paciencia. No he podido cerrar los ojos en toda la noche. He pensado durante la noche, y a fuerza de pensar, saqué en consecuencia que cuando te conozca mejor te podré amar.

Siéntome a su lado; le expongo mi opinión acerca del matrimonio. Por no alejarme del tema y abreviarlo, hago sencillamente un resumen histórico. Hablo del casamiento entre los egipcios; paso a los tiempos modernos, intercalo algunas ideas de Schopenhauer. Masdinka me presta atención; pero luego, sin transición, me dice:

—Nicolás, dame un beso.

Estoy molesto. No sé qué hacer. Ella insiste. ¿Qué hacer? Me levanto y le beso su larga cara. Ello me produce la misma sensación que experimenté cuando, siendo niño, me obligaron a besar el cadáver de mi abuela. Varinka no parece satisfecha. Salta y me abraza. En el mismo momento, la mamá de Masdinka aparece en el dintel de la puerta. Hace un gesto de espanto; dice a alguien: «¡spch!», y desaparece como Mefistófeles, por escotillón. Incomodado, me encamino nuevamente a mi casa. En ella me encuentro a la mamá de Varinka, que abraza, con lágrimas en los ojos, a mi mamá. Ésta llora y exclama: «Yo misma lo deseaba.» A renglón seguido: «¿Qué les parece a ustedes?» La mamá de Varinka se acerca a mí, me abraza, y me dice: «Que Dios os bendiga! Tú has de amarla. No olvides jamás que ella se sacrifica por ti.»

He aquí que me casan. Mientras esto escribo, los testigos del matrimonio se encuentran cerca de mí y me dan prisa. Decididamente esta gente no conoce mi irascibilidad. Soy terrible. No respondo de mí. ¡Por vida de...! Ustedes adivinarán lo que puede ocurrir. Casar a un hombre irritado, rabioso, es igual que meter la mano en la jaula de un tigre. Veremos cuál será el desenlace final...

Estoy casado... Todos me felicitan. Varinka se apoya contra mí, y me dice:

—Ahora sí que eres mío. Sé que me amas, ¡dilo!

Su nariz se hincha. Me entero por los testigos de que el oficial retirado fué bastante hábil para esquivar el casamiento. A una de las señoritas le exhibió un certificado médico según el cual, a causa de su herida en la sien, no tiene sano juicio, y, por tanto, le está prohibido contraer matrimonio. ¡Qué idea! Yo también pude presentar un certificado. Uno de mis tíos fué borracho. Otro era distraído. En cierta ocasión, en lugar de una gorra, se cubrió la cabeza con un manguito de señora. Una tía mía era muy aficionada al piano, y sacaba la lengua al tropezar con un hombre. Además, mi carácter extremadamente irritable induce a sospechas. ¿Por qué las buenas ideas acuden a la mente, siempre, demasiado tarde...?

1. [↑](#) Sopa fría, hecha con pescado, carne y legumbres.

UN VIAJE DE NOVIOS

Sale el tren de la estación de Balagore, del ferrocarril Nicolás. En un vagón de segunda clase, de los destinados a fumadores, dormitan cinco pasajeros. Habían comido en la fonda de la estación, y ahora, recostados en los cojines de su departamento, procuran conciliar el sueño. La calma es absoluta. Abrese la portezuela y penetra un individuo de estatura alta, derecho como un palo, con sombrero color marrón y abrigo de última moda. Su aspecto recuerda el de ese corresponsal de periódico que suele figurar en las novelas de Julio Verne o en las operetas. El individuo detiéndose en la mitad del coche, respira fuertemente, se fija en los pasajeros y murmura: «No, no es aquí... ¡El demonio que lo entienda! Me parece incomprendible..., no, no es éste el coche.»

Uno de los viajeros le observa con atención y exclama alegremente:

—¡Iván Alexievitch! ¿Es usted? ¿Qué milagro le trae por acá?

Iván Alexievitch se estremece, mira con estupor al viajero y alza los brazos al aire.

—¡Petro Petrovitch! ¿Tú por aca? ¡Cuánto tiempo que no nos hemos visto! ¡Cómo iba yo a imaginar que viajaba usted en este mismo tren!

—¿Y cómo va su salud?

—No va mal. Pero he perdido mi coche y no sé dar con él. Soy un idiota. Merezco que me den de palos.

Iván Alexievitch no está muy seguro sobre sus pies, y rie constantemente. Luego añade:

—La vida es fecunda en sorpresas. Salí al andén con objeto de beber una copita de coñac; la bebí, y me acordé de que la estación siguiente está lejos, por lo cual era oportuno beberme otra copita. Mientras la apuraba, sonó el tercer toque. Me puse a correr como un

desesperado, y salté al primer coche que encontré delante de mí.
¿Verdad que soy imbécil?

—Noto que está usted un poco alegre—dice Petro Petrovitch—.
Quédese usted con nosotros; aquí tiene un sitio.

—No, no; voy en busca de mi coche. ¡Adiós!

—No sea usted tonto, no vaya a caerse al pasar de un vagón a otro; siéntese, y al llegar a la estación próxima buscará usted su coche.

Iván Alexievitch permanece indeciso; al fin suspira, y toma asiento enfrente de Petro Petrovitch. Hállase agitado y se encuentra como sobre alfileres.

—¿Adónde va usted, Iván Alexievitch?

—Yo, al fin del mundo... Mi cabeza es una olla de grillos. Yo mismo ignoro adónde voy. El Destino me sonríe, y viajo... Querido amigo, ¿ha visto usted jamás algún idiota que sea feliz? Pues aquí, delante de usted, se halla el más feliz de estos mortales. ¿Nota usted algo extraordinario en mi cara?

—Noto solamente que está un poquito...

—Seguramente, la expresión de mi cara no vale nada en este momento. Lástima que no haya por ahí un espejo. Quisiera contemplarme. Palabra de honor, me convierto en un idiota. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Figúrese usted que en este momento hago mi viaje de boda. ¿Qué le parece?

—¿Cómo? ¿Usted se ha casado?

—Hoy mismo he contraído matrimonio. Terminada la ceremonia nupcial, me fuí derecho al tren.

Todos los viajeros le felicitan y le dirigen mil preguntas.

—¡Enhorabuena!—añade Petro Petrovitch—. Por eso está usted tan elegante.

—Naturalmente. Para que la ilusión fuese completa, hasta me perfumé. Me he dejado arrastrar. No tengo ideas ni preocupaciones. Sólo me domina un sentimiento de beatitud. Desde que vine al mundo, nunca me sentí tan feliz.

Iván Alexievitch cierra los ojos y mueve la cabeza. Luego prorrumpe:

—Soy feliz hasta lo absurdo. Ahora mismo entraré en mi coche. En un rincón del mismo está sentado un sér humano que se

consagra a mí con toda su alma. Querida mía! ¡Angel! mio!
¡Capullito mío! ¡Floxera de mi alma! ¡Qué piececitos los suyos! Son tan menudos, tan diminutos, que resultan como alegóricos. Quisiera comérmelos. Usted no comprende estas cosas; usted es un materialista que lo analiza todo; son ustedes unos solterones a secas; al casaros, ya os acordaréis de mí. Entonces os preguntaréis: ¿Dónde está aquel Iván Alexievitch? Dentro de pocos minutos entraré en mi coche. Sé que ella me espera impaciente y que me acogerá con fruición, con una sonrisa encantadora. Me sentaré al lado suyo y le acariciaré el rostro...

Iván Alexievitch menea la cabeza y se ríe a carcajadas.

—Pondré mi frente en su hombro y pasaré mis brazos en torno de su talle. Todo estará tranquilo. Una luz poética nos alumbrará. En momentos semejantes habría que abrazar al universo entero. Petro Petrovitch, permítame que le abrace.

—Como usted guste.

Los dos amigos se abrazan, en medio del regocijo de los presentes. El feliz recién casado prosigue:

—Y para mayor ilusión, beberé un par de copitas más. Lo que ocurrirá entonces en mi cabeza y en mi pecho es imposible de explicar. Yo, que soy una persona débil e insignificante, en ocasiones tales me convierto en un ser sin límites: abarco el universo entero.

Los viajeros, al oír la charla del recién casado, cesan de dormitar. Iván Alexievitch vuélvese de un lado para otro, gesticula, ríe a carcajadas, y todos ríen con él. Su alegría es francamente comunicativa.

—Sobre todo, señor, no hay que analizar tanto. ¿Quieres beber? ¡Bebe! Inútil filosofar sobre si esto es sano o malsano. ¡Al diablo con las psicologías!

En esto, el conductor pasa.

—Amigo mío—le dice el recién casado—, cuando atraviere usted por el coche doscientos nueve verá una señora con sombrero gris, sobre el cual campea un pájaro blanco. Dígale que estoy aquí sin novedad.

—Perfectamente—contesta el conductor—. Lo que hay es que en este tren no se encuentra un vagón doscientos nueve, sino uno que

lleva el número doscientos diez y nueve.

—Lo mismo da que sea el doscientos nueve que el doscientos diez y nueve. Anuncie usted a esa dama que su marido está sano y salvo.

Iván Alexievitch se coge la cabeza entre las manos y dice:

—Marido... señora. ¿Desde cuándo...? Marido, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!
Mereces azotes... ¡Qué idiota...! Ella, ayer, todavía era una niña...

—En nuestro tiempo es extraordinario ver a un hombre feliz; más fácil parece ver a un elefante blanco.

—¿Pero quién tiene la culpa de eso?—replica Iván Alexievitch, extendiendo sus largos pies, calzados con botines puntiagudos—. Si alguien no es feliz, suya es la culpa. ¿No lo cree usted? El hombre es el creador de su propia felicidad. De nosotros depende el ser felices; mas no queréis serlo; ello está en vuestras manos, sin embargo. Testarudamente huís de vuestra felicidad.

—¿Y de qué manera?—exclaman en coro los demás.

—Muy sencillamente. La Naturaleza ha establecido que el hombre, en cierto período de su vida, ha de amar. Llegado este instante, debe amar con todas sus fuerzas. Pero vosotros no queréis obedecer a la ley de la Naturaleza. Siempre esperáis alguna otra cosa. La ley afirma que todo ser normal ha de casarse. No hay felicidad sin casamiento. Una vez que la oportunidad sobreviene, ¡a casarse! ¿A qué vacilar? Ustedes, empero, no se casan. Siempre andan por caminos extraviados. Diré más todavía: la Sagrada Escritura dice que el vino alegra el corazón humano. ¿Quieres beber más? Con ir al *bufet*, el problema está resuelto. Y nada de filosofía. La sencillez es una gran virtud.

—Usted asegura que el hombre es el creador de su propia felicidad. ¿Qué diablos de creador es ése, si basta un dolor de muelas o una suegra mala para que toda su felicidad se precipite en el abismo? Todo es cuestión de azar. Si ahora nos ocurriera una catástrofe, ya hablaría usted de otro modo.

—¡Tonterías! Las catástrofes ocurren una vez al año. Yo no temo el azar. No vale la pena de hablar de ello. Me parece que nos aproximamos a la estación...

—¿Adónde va usted?—interroga Petro Petrovitch—. ¿A Moscov, o más al Sur?

—¿Cómo, yendo hacia el Norte, podré dirigirme a Moscú, o más al Sur?

—El caso es que Moscú no se halla en el Norte.

—Ya lo sé. Pero ahora vamos a Petersburgo—dice Iván Alexievitch.

—No sea usted majadero. Adonde vamos es a Moscú.

—¿Cómo? ¿A Moscú? ¡Es extraordinario!

—¿Para dónde tomó usted el billete?

—Para Petersburgo.

—En tal caso le felicito. Usted se equivocó de tren.

Transcurre medio minuto en silencio. El recién casado se levanta y mira a todos con ojos azorados.

—Sí, sí—explica Petro Petrovitch—. En Balagore usted cambió de tren. Después del coñac, usted cometió la ligereza de subir al tren que cruzaba con el suyo.

Iván Alexievitch se pone lívido y da muestras de gran agitación.

—¡Qué imbécil soy! ¡Qué indigno! ¡Que los demonios me lleven! ¿Qué he de hacer? En aquel tren está mi mujer, sola, mi pobre mujer, que me espera. ¡Qué animal soy!

El recién casado, que se había puesto en pie, desplómase sobre el sofá, y revuélvese cual si le hubieran pisado un callo.

—¡Qué desgraciado soy! ¡Qué voy a hacer ahora...!

—Nada—dicen los pasajeros para tranquilizarle—. Procure usted telegrafiar a su mujer en alguna estación, y de este modo la alcanzará usted.

—El tren rápido—dice el recién casado. ¿Pero dónde tomaré el dinero, toda vez que es mi mujer quien lo lleva consigo?

Los pasajeros, riendo, hacen una colecta, y facilitan al hombre feliz los medios de continuar el viaje.

LA VÍSPERA DE LA CUARESMA

—¡Pawel Vasilevitch!—grita Pelagia Ivanova, despertando a su marido—. Pawel Vasilevitch, ayuda un poco a Stiopa [1], que está preparando sus lecciones y llora.

Pawel Vasilevitch, bostezando y haciendo la señal de la cruz delante de la boca, contesta bondadosamente:

—Ahora mismo, mi alma.

El gato, que dormía junto a él, levanta a su vez el rabo, arquea la espina dorsal y cierra los ojos. Todo está tranquilo. Óyese cómo detrás del papel que tapiza las paredes los ratones circulan. Pawel Vasilevitch cálzase las botas, viste la bata y, medio dormido aún, pasa de la alcoba al comedor. Al verle entrar, otro gato, que andaba husmeando una galantina de pescado sita al borde de la ventana, da un salto y se oculta detrás del armario.

—¿Quién te manda oler esto?—dice Pawel Vasilevitch al gato, mientras cubre el pescado con un periódico—. Eres un cochino, y no un gato.

El comedor comunica directamente con la habitación de los niños. Delante de una mesa manchada de tinta y arañada se encuentra Stiopa, colegial de la segunda clase. Tiene los ojos llorosos. Está sentado; las rodillas levantadas a la altura de la barbilla, y se agita como un muñeco chino, fijos los ojos en su libro de problemas.

—¿Qué? ¿Estudias?—le pregunta Pawel Vasilevitch, sentándose junto a la mesa y bostezando siempre—. Sí, niño, sí, nos hemos dormido, nos hemos hartado de *blinni* [2] y mañana ayunaremos, haremos penitencia y luego a trabajar. Todo lo bueno se acaba. ¿Por qué tienes los ojos llorosos? Se ve que, después de los *blinnis*, el estudiar te coge cuesta arriba. Eso es...

—¿Qué es eso? ¿Te estás burlando del niño?—pregunta Pelagia Ivanova desde el aposento vecino—.Ayúdale, en vez de mofarte de

él. Si no, mañana ganará otro cero.

—¿Qué es lo que no comprendes?—añade Pawel Vasilovitch dirigiéndose a Stiopa.

—La división de los quebrados.

—¡Hum! Es extraño. Esto no tiene nada de particular. Coge la regla y léela atentamente. Ella te enseñará lo que has de hacer.

—La cuestión es saber cómo se debe hacer. Enséñaselo tú mismo.

—¿Que te diga cómo? Muy bien; dame tu lápiz. Imagínate que tenemos que dividir siete octavos por dos quintos... ¡Oye; el te! ¿Está listo? Me parece que ya es tiempo de tomarlo... Sigamos la operación. Imaginémonos que no son dos quintos, sino tres quintos. ¿Qué obtendremos?

—Siete por diez y seis—contesta Stiopa.

—Es así; perfectamente; pero el caso es que lo hemos hecho al revés. Ahora para corregir... ¡Me has trastornado la cabeza! Cuando yo frecuentaba el colegio, mi maestro, un polaco, equivocábame cada vez que le daba la lección. Al empezar por explicar un teorema poníase encarnado, corría por toda la clase como si lo persiguieran, tosía y acababa por llorar. Nosotros, generosos, hacíamos como si no lo comprendiéramos. ¿Qué tiene usted? ¿Le duelen acaso las muelas?—le preguntábamos—. Nuestra clase se componía de muchachos traviosos, sin duda; mas por nada en el mundo hubiéramos pecado de falta de generosidad. Alumnos como tú no los había; todos eran mocetones; por ejemplo, en la tercera clase había uno que se llamaba Mamájin. ¡Qué tronco, Dios mío!; su estatura era de más de dos metros. Sus puñetazos eran terribles. Al caminar hacía temblar el suelo. Pues esto mismo Mamájin...

Detrás de la puerta resuenan los pasos de Pelagia Ivanova. Pawel Vasilevitch guiña el ojo y dice a Stiopa:

—Tu madre viene. Sigamos... De modo que lo has comprendido bien—dice alzando la voz—. Para hacer esta operación se requiere...

Pelagia Ivanova exclama:

—El te está listo.

Pawel Vasilevitch arroja el libro y van a tomar el te. En el comedor se hallan ya, en torno de la mesa, Pelagia Ivanova, una tía que

jamás despegaba los labios, otra tía que es sordo-muda, la abuela y la comadrona. El samovar canta y despide ondas de vapor que suben hasta el techo. De la antesala, las colas al aire, llegan los gatos, soñolientos y melancólicos.

—Bebe más te—dice Pelagia Ivanova a la comadrona—.

Endulzalo más [3]; mañana es vigilia; hártate.

La comadrona toma una cucharadita de dulce, la acerca a sus labios con indecisión, pruébalo y su cara se ilumina.

—Muy bueno es este dulce. ¿Lo habéis hecho en casa?

—¡Naturalmente! Todo lo confecciono yo misma. Stiopa, hijito mío, ¿no es demasiado flojo tu te...? ¿Te lo has bebido ya...? Te voy a poner otra tacita.

Pawel Vasilevitch, dirigiéndose a Stiopa:

—Aquel Mamájin no podía soportar al maestro de francés. «Yo soy de noble estirpe», alegaba Mamájin. «Yo no he de permitir que un francés sea mi superior; nosotros vencimos a los franceses en 1812.» A Mamájin se le propinaban palizas, pero en general, cuando él veía que le iban a castigar, saltaba por la ventana, y no se le veía más en cinco o seis días. Su madre acudía al director, suplicando que mandara a alguien en busca de su hijo, y que lo reventara a palos. «Por Dios, señora, suplicaba el maestro, si hacen falta cinco auxiliares para sujetarle.»

—¡Jesús qué pillete!—murmuraba Pelagia Ivanova aterrorizada—. ¡Y qué madre más importuna!

Todos callan. Stiopa bosteza y contempla en la tetera la figura de chino que ya vió mil veces. Las dos tías y la comadrona beben el te que vertieron en los platillos. El calor que dan la estufa y el samovar es sofocante. En la fisonomía de todos revélase la pereza de quien tiene el estómago repleto y que, sin embargo, créese dispuesto a comer todavía. El samovar está vacío; retíranse las tazas; mas la familia continúa en torno de la mesa. Pelagia Ivanova levántase de cuando en cuando y encamínase a la cocina para entenderse con la cocinera respecto a la cena. Las dos tías permanecen inmóviles y dormitan sin cambiar de postura. La comadrona tiene hipo y a cada momento exclama:

—Diríase que apenas he comido y bebido.

Pawel Vasilevitch y Stiopa, sentados aparte, ojean un periódico ilustrado de 1878.

—«El monumento de Leonardo de Vinci, frente la galería, Víctor Manuel»—lee uno de ellos—. Vaya, parece un arco de triunfo. Un caballero y una señora. En perspectiva, hombrecitos.

—Aquel hombrecito—dice Stiopa—se parece a un colegial.

—Vuelve la hoja. «La trompa de una mosca vista al microscopio». Valiente trompa. Valiente mosca. ¿Que aspecto será el de una chinche vista al microscopio? ¡Qué feo es eso!

En el reloj suenan las diez. La cocinera entra y se prosterna a los pies de su amo [4]:

—Perdóname, por Dios, Pawel Vasilevitch—dice ella levantándose en seguida.

—Y tú perdóname también—responde Pawel Vasilevitch con indiferencia.

La cocinera pide perdón en la misma forma a todos los presentes, excepto a la comadrona, que ella no considera digna de tal atención. Así transcurre otra media hora en toda calma.

El periódico ilustrado es relegado encima de un sofá, y Pawel Vasilevitch declama unos versos que aprendió en su niñez. Stiopa lo contempla, escucha sus frases incomprensibles, frotase los ojos y dice:

—Tengo sueño, me voy a acostar.

—¿Acostarte? Esto no es posible. Si no has comido nada...

—No tengo hambre.

—No puede ser—insiste la madre asustada—. Mañana es vigilia...

Pawel Vasilevitch interviene.

—Es imposible...; hay que comer. Mañana comienza la Cuaresma...; es necesario que comas.

—¡Yo tengo mucho sueño!

—En tal caso, a comer en seguida—añade Pawel Vasilevitch con agitación...—¡Pronto! ¡A poner la mesa!

Pelagia Ivanova hace un gran gesto y corre hacia la cocina, como si se hubiese declarado en la misma un incendio.

—¡Pronto! ¡Pronto! Stiopa tiene sueño. ¡Dios mío! Hay que apresurarse.

A los cinco minutos, la mesa está puesta; los gatos vuelven al comedor con los rabos erguidos, y la familia empieza a cenar. Nadie tiene hambre. Los estómagos están repletos. Sin embargo, hay que comer.

1. ⤴. Diminutivo de Esteban.
2. ⤴. Especie de tortas de Carnaval.
3. ⤴. Los devotos juzgan que el azúcar no es plato de vigilia. De ahí que se aconseja a la comadrona que aproveche la ocasión.
4. ⤴. Es costumbre, la víspera de la Cuaresma, que la gente se pida recíprocamente perdón.

EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS

La joven esposa del viejo administrador de Correos Hattopiertzof acababa de ser inhumada. Después del entierro fuimos, según la antigua costumbre, a celebrar el banquete funerario. Al servirse los buñuelos, el anciano viudo rompió a llorar, y dijo:

—Estos buñuelos son tan hermosos y rollizos como ella.

Todos los comensales estuvieron de acuerdo con esta observación. En realidad era una mujer que valía la pena.

—Sí; cuantos la veían quedaban admirados—accedió el administrador—. Pero yo, amigos míos, no la quería por su hermosura, ni tampoco por su bondad; ambas cualidades corresponden a la naturaleza femenina, y son harto frecuentes en este mundo. Yo la quería por otro rasgo de su carácter: la quería— ¡Dios la tenga en su gloria!—porque ella, con su carácter vivo y retozón, me guardaba fidelidad. Si, señores; érame fiel, a pesar de que ella tenía veinte años y yo sesenta. Si, señores; érame fiel, a mí, el viejo.

El diácono, que figuraba entre los convidados, hizo un gesto de incredulidad.

—¿No lo cree usted?—preguntóle el jefe de Correos.

—No es que no lo crea; pero las esposas jóvenes son ahora demasiado... *entendes vous...? sauce provenzale...*

—¿De modo que usted se muestra incrédulo? Ea, le voy a probar la certeza de mi aserto. Ella mantenía su fidelidad por medio de ciertas artes estratégicas o de fortificación, si se puede expresar así, que yo ponía en práctica. Gracias a mi sagacidad y a mi astucia, mi mujer no me podía ser infiel en manera alguna. Yo desplegaba mi astucia para vigilar la castidad de mi lecho matrimonial. Conozco unas frases que son como una hechicería. Con que las pronuncie,

basta. Yo podía dormir tranquilo en lo que tocaba a la fidelidad de mi esposa

—¿Cuáles son esas palabras mágicas?

—Muy sencillas. Yo divulgaba por el pueblo ciertos rumores.

Ustedes mismos los conocen muy bien. Yo decía a todo el mundo: «Mi mujer, Alona, sostiene relaciones con el jefe de Policía Zran Alexientch Zaliuatski.» Con esto bastaba. Nadie atrevíase a cortejar a Alona, por miedo al jefe de Policía. Los pretendientes apenas la veían echaban a correr, por temor de que Zaliuatski no fuera a imaginarse algo. ¡Ja! ¡Ja...! Cualquiera iba a enredarse con ese diablo. El polizonte era capaz de anonadarlo a fuerza de denuncias. Por ejemplo: veía a tu gato vagabundeando, y te denunciaría por dejar tus animales errantes...; por ejemplo...

—¡Cómo! ¿Tu mujer no estaba en relaciones con el jefe de Policía?—exclaman todos con asombro.

—Era una astucia mía. ¡Ja! ¡Ja...! ¡Con qué habilidad os llamé a engaño!

Transcurrieron algunos momentos sin que nadie turbara el silencio. Nos callábamos por sentirnos ofendidos al advertir que este viejo gordo y de nariz encarnada habíase mofado de nosotros.

—Espera un poco. Cásate por segunda vez. Yo te aseguro que no nos volverás a coger—murmuró alguien.

UN PADRE DE FAMILIA

Lo que voy a referir sucede generalmente después de una pérdida al juego o una borrachera o un ataque de catarro estomacal. Stefan Stefanovitch Gilin despiértase de muy mal humor. Refunfuña, frunce las cejas, se le eriza el pelo; su rostro es cetrino; diríase que le han ofendido o que algo le inspira repugnancia. Vístese despacio, bebe su agua de Vichy y va de una habitación a otra.

—Quisiera yo saber quién es el animal que nos cierra las puertas. ¡Que quiten de ahí ese papel! Tenemos veinte criados, y hay menos orden que en una taberna. ¿Quién llama? ¡Que el demonio se lleve a quien viene!

Su mujer le advierte:

—Pero si es la comadrona que cuidaba a nuestra Fedia.

—¿A qué ha venido? ¿A comer de balde?

—No hay modo de comprenderte, Stefan Stefanvitch; tú mismo la invitaste, y ahora te enfadas.

—Yo no me enfado; me limito a hacerlo constar. Y tú, ¿por qué no te ocupas en algo? Es imposible estar sentado, con las manos cruzadas y disputando. Estas mujeres son incomprensibles. ¿Cómo pueden pasar días enteros en la ociosidad? El marido trabaja como un buey, como una bestia de carga, y la mujer, la compañera de la vida, permanece sentada como una muñequita; no se dedica a nada: sólo busca la ocasión de querellarse con su marido. Es ya tiempo que dejes esos hábitos de señorita; tú no eres una señorita; tú eres una esposa, una madre. ¡Ah! ¿Vuelves la cabeza? ¿Te duele oír las verdades amargas?

—Es extraordinario. Esas verdades amargas las dices sólo cuando te duele el hígado.

—¿Quieres buscarme las cosquillas?

—¿Dónde estuviste anoche? ¿Fuiste a jugar a casa de algún amigo?

—Aunque fuera así, nadie tiene nada que ver con ello. Yo no debo rendir cuentas a quienquiera que sea. Si pierdo, no pierdo más que mi dinero. Lo que se gasta en esta casa y lo que yo gasto a mí pertenecen. ¿Lo entiende usted?, me pertenece.

En el mismo tono prosigue incansablemente. Pero nunca Stefan Stefanovitch aparece tan severo, tan justo y tan virtuoso como durante la comida, cuando toda la familia está en derredor suyo. Cierta actitud iníciase desde la sopa. Traga la primera cucharada, hace una mueca y cesa de comer.

—¡Es horroroso!—murmura—tendré que comer en el restaurante.

—¿Qué hay?—pregunta su mujercita—. La sopa, ¿no está buena?

—No. Hace falta tener paladar de perro para tragar esta sopa. Está salada. Huele a trapo. Las cebollas flotan deshechas en trozos diminutos semejantes a bichos... Es increíble. Amfisa Ivanova—exclamó dirigiéndose a la comadrona—. Diariamente doy una buena cantidad de dinero para los víveres; me privo de todo, y vea cómo se me alimenta. Seguramente hay el propósito de que deje mi empleo y que yo mismo me meta a guisar.

—La sopa está hoy muy sabrosa—hace notar la institutriz.

—¿Sí? ¿Le parece a usted?—replica Gilin, mirándola fijamente—. Después de todo, cada uno tiene su gusto particular; y debo advertir que nuestros gustos son completamente diferentes. A usted, por ejemplo, ¿le gustan los modales de este mozuelo?

Gilin, con un gesto dramático señala a su hijo, y añade:

—Usted se halla encantado con él, y yo simplemente me indigno.

Fedia, niño de siete años, pálido, enfermizo, cesa de comer y abate los ojos. Su cara se pone lívida.

—Usted—agrega Stefan Stefanovitch—está encantada; mas yo me indigno de veras. Quien lleva la casa lo ignoro; mas atrévome a pensar que yo, como padre que soy, conozco mejor a mi hijo que usted. Observe usted, observe como se sienta. ¿Son esos los modales de un niño bien criado? ¡Siéntate bien!

Fedia levanta la cabeza, estira el cuello y se figura estar más derecho. Sus ojos inúndanse de lágrimas.

—¡Come! Toma la cuchara como te han enseñado. ¡Espera! Yo te enseñaré lo que has de hacer, mal muchacho. No te atreves a mirar. ¡Mírame de frente!

Fedia procura mirarlo de frente; pero sus facciones tiemblan y las lágrimas afluyen a sus ojos con mayor abundancia.

—¿Vas a llorar? ¿Eres culpable y aun lloras? Colócate en un rincón, ¡bruto!

—¡Déjale, al menos, que acabe de comer!—interrumpe la esposa.

—¡Que se quede sin comida! Gaznápiros de esta especie no tienen derecho a comer.

Fedia, convulso y tembloroso, abandona su asiento y se sitúa en el ángulo de la pieza.

—Más te castigaré todavía. Si nadie quiere ocuparse de tu educación, soy yo quien se encargará de educarte. Conmigo no te permitirás travesuras, llorar durante la comida, ¡bestia! Hay que trabajar; tu padre trabaja: tú no has de ser más que tu padre. Nadie tiene derecho a comer de balde. Hay que ser un hombre.

—¡Acaba, por Dios!—implora su mujer, hablando en francés—. No nos avergüences ante los extraños. La vieja lo escucha todo y va a referirlo a toda la vecindad.

—Poco me importa que lo digan los extraños—replica Gilin en ruso—. Amfisa Ivanova, comprende bien que mis palabras son justas. ¿Te parece a ti que ese ganapán me dé muchos motivos de contentamiento? Oye, pillete, ¿sabes tú cuánto me cuestan? ¿Te imaginas que yo fabrico el dinero, o que me lo dan de balde? ¡No llores! ¡Cállate ya! ¿Me escuchas, o no? ¿Quieres que te dé de palos? ¡Granuja...!

Fedia lanza un chillido y solloza.

—Esto es ya imposible—exclama la madre, levantándose de la mesa y arrojando la servilleta—. No podemos comer tranquilamente. Los manjares se me atragantan.

Cúbrese los ojos con un pañuelo y sale del comedor.

—¡Ah!, la señora se ofendió—dice Gilin sonriendo malévolamente—. Es delicada, en verdad, lo es demasiado. ¡Ya lo creo, Amfisa Ivanova! No le gusta a la gente oír las verdades. ¡Seré yo quien acabe por tener la culpa de todo!

Transcurren algunos minutos en completo silencio. Gilin advierte que nadie ha tocado aún la sopa; suspira, se fija en la cara descompuesta y colorada de la institutriz, y le pregunta:

—¿Por qué no come usted, Bárbara Vasiliena? ¡Usted también se habrá ofendido, seguramente! ¿La verdad no es de su agrado? Le pido mil perdones. Yo soy así. Me es imposible mentir. Yo no puedo ser hipócrita. Siempre digo la verdad lisa y llana. Pero noto que aquí mi presencia es desagradable. Cuando yo me hallo presente, nadie se atreve a comer ni a hablar. ¿Por qué no me lo hacen saber? Me marcharé...; me voy...

Gilin se pone en pie, y con aire importante dirígese a la puerta. Al pasar frente a Fedia, que sigue llorando, detiénese, echando atrás la cabeza con arrogancia, y pronuncia estas frases:

—Después de lo ocurrido, puede usted recobrar su libertad. No me interesaré más por su educación. Me lavo las manos. Pídele perdón sí, ansiando con toda mi alma su bien, le he molestado, así como a sus educadores. Al mismo tiempo, declino para siempre mi responsabilidad por su porvenir.

Fedia solloza con más fuerza. Gilin, cada vez más importante, vuelve la espalda y se retira a una habitación. Dormido que hubo la siesta, los remordimientos le asaltaban. Avergüenzase de haberse comportado así ante su mujer, ante su hijo, ante Anfisa Ivanova, y hasta teme acordarse de la escena acaecida poco antes. Pero tiene demasiado amor propio y le falta valor para mostrarse sincero, limitándose a refunfuñar.

Al despertar, al día siguiente, siéntese muy bien y de buen humor, se lava silbando alegremente. Al entrar en el comedor para desayunarse, ve a Fedia, que se levanta y mira a su padre con recelo.

—¿Qué tal, joven?—pregunta Gilin, sentándose—. ¿Qué novedades hay, joven? ¿Todo anda bien....? Ven, chiquitín, besa a tu padre.

Fedia, pálido, serio, acércase y pone sus labios en la mejilla de su padre. Luego retrocede y torna silencioso a su sitio.

EL FRACASO

Elías Serguervitch Peplot y su mujer, Cleopatra Petrovna, aplicaban el oído a la puerta y escuchaban ansiosos lo que ocurría detrás. En el gabinete se desarrollaba una explicación amorosa entre su hija Natáchinka y el maestro de la escuela del distrito, Schúpkin.

Peplot susurraba con un estremecimiento de satisfacción:

—Ya muerde el anzuelo. Presta atención. En cuanto lleguen al terreno sentimental, descuelga la imagen santa y les daremos nuestra bendición. Éste será un modo de cogerlo. La bendición con la imagen es sagrada. No le será posible escapar, aunque acuda a la justicia.

Entre tanto, detrás de la puerta tenía lugar el siguiente coloquio:

—No insista usted—decía Schúpkin encendiendo un fósforo contra su pantalón a cuadros—; yo no le he escrito ninguna carta.

—¡Como si yo no conociera su carácter de letra!—replicaba la joven haciendo muecas y mirándose de soslayo al espejo—. Yo lo descubrí en seguida. ¡Que raro es usted! Un maestro de Caligrafía que escribe tan malamente. ¿Cómo enseña usted la Caligrafía si usted mismo no sabe escribir?

—¡Hum! Esto no tiene nada que ver. En la Caligrafía, lo más importante no es la letra, sino la disciplina. A uno le doy con la regla en la cabeza; a otro le hago arrodillarse; nada tan fácil. Nekransot fué un buen escritor; pero su carácter de letra era admirable; en sus obras insértase una muestra de su caligrafía.

—Aquel era Nekransot, y usted es usted. Yo me casaré gustosa con un escritor—añade ella suspirando—. Me escribiría siempre versos...

—Versos puedo yo también escribirselos, si usted lo desea.

—¿Y sobre qué asunto escribirá usted?

—Sobre amor, sentimientos, sobre sus ojos... Como me leyera usted, se volvería usted loca. Incluso lloraría usted. Oiga, si yo le dirijo versos poéticos, ¿me dará usted su mano a besar?

—Esto no tiene importancia. Bésela ahora mismo, si así le place.

Schúpkin se levantó, sus pupilas dilatáronse y aplicó un beso a la mano regordeta, que olía a jabón.

Peplof, empujando con el codo a su mujer y abrochándose, todo pálido y agitado, dijo:

—Pronto, descuelga la imagen de la pared... ¡Entremos!

Y de sopetón abrió la puerta.

—Hijos—balbució, alzando las manos al cielo y estremecido. ¡Que Dios os bendiga, hijos míos...! ¡Creced y multiplicaos...!

—Y yo, y yo—dijo la madre, llorando de felicidad—. ¡Que seáis dichosos!

Luego, dirigiéndose a Schúpkin:

—Usted me arrebató un tesoro. Ha de quererla usted mucho y cuidarla.

Schúpkin, entre atónito y asustado, abrió la boca. El ataque de frente de los padres parecía tan inesperado y tan atrevido, que no podía articular ni una frase. «Estoy perdido—pensaba inmóvil de temor—; ya no puedo salvarme.» Lleno de abatimiento, bajaba la cabeza, como si dijera: «Tómeme usted, me doy por vencido.»

—Os bendigo—proseguía el padre, llorando siempre—.

Natachiska, hija mía, colócate a su lado. Petrovna, pásame la imagen.

En este momento él cesó de llorar y sus facciones torciéronse de rabia.

—¡Zoquete!—dijo a su mujer con indignación—. ¡Tonta que eres! ¿Ésta es para ti, una imagen...?

—¡Santo cielo!

¿Qué es lo que ocurría? El maestro de Caligrafía levantó los ojos y vió que estaba salvado. La mamá, en su apresuramiento, había descolgado, en lugar de la imagen, el retrato del publicista Lajesnikof. Peplot y su esposa Cleopatra Petrovna.

Quedáronse parados, sin saber qué partido tomar. Schúpkin aprovechó esta confusión para escaparse.

LA CRONOLOGÍA VIVIENTE

El salón del consejero áulico Charamúkin se halla envuelto en discreta penumbra. El gran quinqué de bronce con su pantalla verde imprime un tono simpático al mobiliario, a las paredes, y en la chimenea, los tizones chisporrotean, lanzando destellos intermitentes que alumbran la estancia con una claridad más viva. Frente a la chimenea, en una butaca, está arrellanado, haciendo su digestión, Charamúkin, señor de edad, de aire respetable y bondadosos ojos azules. Su cara respira ternura. Una sonrisa triste asoma a sus labios. Al lado suyo, con los pies extendidos hacia la chimenea, se encuentra Lobmef, asesor del gobernador, hombre fuerte y robusto, como de unos cuarenta años.

Junto al piano, Nina, Kola, Nadia y Vania, los hijos del consejero áulico, juegan alegremente. Por la puerta entreabierta penetra una claridad que viene del gabinete de la señora de Charamúkin. Ésta permanece sentada delante de su mesita de escritorio. Ana Pavlovna, que tal es su nombre, ejerce la presidencia de un Comité de Damas; es vivaracha, coqueta y tiene la edad de treinta y pico de años. Sus ojuelos vivos y negros corren por las páginas de una novela francesa, debajo de la cual se esconde una cuenta del Comité, vieja de un año.

—Antes, nuestro pueblo era más alegre—decía Charamúkin contemplando el fuego de la chimenea con ojos amables—; ningún invierno transcurría sin que viniera alguna celebridad teatral. Llegaban artistas famosos, cantantes de primer orden, y ahora, que el diablo se los lleve, no se ven más que saltimbanquis y tocadores de organillo. No tenemos ninguna distracción estética. Vivimos como en un bosque. ¿Se acuerda usted, excelencia, de aquel trágico italiano...? ¿Cómo se llamaba? Un hombre alto, moreno... ¿Cuál era su nombre? ¡Ah! ¡Me acuerdo! Luigi Ernesto de Ruggiero. Fué un

gran talento. ¡Qué fuerza la suya! Con una sola palabra ponía en conmoción todo el teatro. Mi Anita se interesaba mucho en su talento. Ella le procuro el teatro de balde y se encargó de venderle los billetes por diez representaciones. En señal de gratitud, la enseñaba declamación y música. Era un hombre de corazón. Estuvo aquí, si no me equivoco, doce años ha... me equivoco..., diez años. ¡Anita! ¿Qué edad tiene nuestra Nina?

—¡Nueve!—gritó Ana Pavlovna desde su gabinete—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, mamaita... Teníamos también cantantes muy buenos. ¿Recuerda usted el *tenore di grazia* Prilipchin...? ¡Qué alma tan elevada! ¡Qué aspecto! Rubio, la cara expresiva, modales parisienses, ¡y qué voz! Adolecía, sin embargo, de un defecto. Daba notas de estómago, y otras de falsete. Por lo demás, su voz era espléndida. Su maestro, a lo que él decía, fué Tamberlick. Nosotros, con Anita, le procuramos la sala grande del Casino de la Nobleza, en agradecimiento de lo cual solía venir a casa, y nos cantaba trozos de su repertorio durante días y noches. Daba a Anita lecciones de canto. Vino, me acuerdo muy bien, en tiempo de Cuaresma, hace unos doce años; no, más. Flaca es mi memoria. ¡Dios mio! Anita, ¿cuántos años tiene nuestra Nadia?

—Doce!

—Doce; si le añadimos diez meses, serán trece. Eso es, trece años. En general, la vida de nuestra población era antaño más animada. Por ejemplo: ¡qué hermosas veladas benéficas les di entonces! ¡Qué delicia! Música, canto, declamación... Recuerdo que, después de la guerra, cuando estaban los prisioneros turcos, Anita organizó una representación a beneficio de los heridos que produjo mil cien rublos. La voz de Anita trastornaba el seso de los oficiales turcos. Éstos no cesaban de besarle la mano. ¡Ja! ¡Ja! Aunque asiáticos, son agradecidos. Aquella velada tuvo tanta resonancia que hasta lo anoté en mi libro de memorias. Esto ocurrió, me acuerdo como si fuera ayer, en el año 76..., no, 77...; tampoco; oiga usted, ¿en que año estaban aquí los turcos?... Anita, ¿qué edad tiene nuestra Kola?

—Tengo siete años, papá—replicó Kola, niña de tez parda, pelo y ojos negros como el carbón.

—Sí; hemos envejecido; perdimos nuestra energía—dice Lobnief suspirando—. He ahí la causa de todo: la vejez, nos faltan los hombres de iniciativa, y los que la tenían son viejos. No arde el mismo fuego. En mi juventud no me gustaba que la sociedad se aburriera. Siempre fuí el mejor cooperador de Ana Pavlovna. En todo lo que ella llevaba a cabo, veladas de beneficencia, loterías, protección a tal o cual artista de mérito, yo la secundaba con asiduidad, dejando a un lado mis otras ocupaciones. En cierto invierno, tanto me moví, tanto me agité, que hasta me puse enfermo. No olvidaré jamás aquella temporada. ¿No se acuerda usted del espectáculo que arreglamos a beneficio de las víctimas de un incendio?

—¿En qué año fué?

—No ha mucho..., me parece que en el 80.

—Decidme, ¿qué edad tiene Vania?

—¡Cinco años!—grita desde su gabinete Ana Pavlovna.

—Como quiera que sea, ya se han ido seis años. ¡Amigo mío! Ya no arde el mismo fuego.

Lobnief y Charamúkin permanecen pensativos. Los tizones de la chimenea lanzan un postrer destello y cúbrense de ceniza.

LA VÍSPERA DEL JUICIO

MEMORIAS DE UN REO

—Disgusto tendremos, señorito—me dijo el cochero indicándome con su fusta una liebre, que atravesaba la carretera delante de nosotros.

Aun sin liebre, mi situación era desesperada. Yo iba al tribunal del distrito a sentarme en el banquillo de los acusados, con objeto de responder a una acusación por bigamia.

Hacía un tiempo atroz. Al llegar a la estación, me encontraba cubierto de nieve, mojado, maltrecho, como si me hubieran dado de palos; hallábame transido de frío y atontado por el vaivén monótono del trineo.

A la puerta de la estación salió a recibirme el celador. Llevaba calzones a rayas, y era un hombre alto y calvo, con bigotes espesos que parecían salirle de la nariz, tapándole los conductos del olfato.

Lo cual le venía bien, porque le dispensaba de respirar aquella atmósfera de la sala de espera, en la cual me introdujo soplando y rascándose la cabeza.

Era una mezcla de agrio, de olor a lacre y a bichos infectos. Sobre la mesa un quinqué de hoja de lata, humeante de tufo, lanzaba su débil claridad a las sucias paredes.

—Hombre, qué mal huele aquí—le dije colocando mi maleta en la mesa.

El celador olfateo el aire, incrédulo, sacudiendo la cabeza.

—Huele... como de costumbre—respondió sin dejar de rascarse—. Es aprensión de usted. Los cocheros duermen en la cuadra, y los señores que duermen aquí no suelen oler mal.

Dicho esto fuese sin añadir una palabra. Al quedarme solo, me puse a inspeccionar mi estancia. El sofá, donde tenía que pasar la

noche, era ancho, como una cama, cubierto de hule y frío como el hielo. Además del canapé, había en la habitación una estufa, la susodicha mesa con el quinqué, unas botas de fieltro, una maletita de mano y un biombo que tapaba uno de los rincones. Detrás del biombo alguien dormía dulcemente. Arreglé mi lecho y empecé a desnudarme. Quiteme la chaqueta, el pantalón y las botas, y sonreí bajo la sensación agradable del calor; me desperecé estirando los brazos; dí brincos para acabar de calentarme; mi nariz se acostumbro al mal olor, los saltos me hicieron entrar completamente en reacción, y no me quedaba sino tenderme en el diván y dormirme, cuando ocurrió un pequeño incidente.

Mi mirada tropezó con el biombo; me fijé en él bien y advertí que detrás de él una cabecita de mujer—los cabellos sueltos, los ojos relampagueantes, los dientes blancos y dos hoyuelos en las mejillas—me contemplaba y se reía. Quedéme inmóvil, confuso. La cabecita notó que la había visto, y se escondió. Cabizbajo, me dirigí a mi sofá, me tapé con mi abrigo y me acosté.

—¡Qué diablos!—pensé—. Habrá sido testigo de mis saltos... ¡Qué tonto soy...!

Las facciones de la linda cara entrevista por mí acudieron a mi mente. Una visión seductora me asaltó, mas de pronto sentí un escozor doloroso en la mejilla derecha...; apliqué la mano; no cogí nada; pero no me costó trabajo comprender lo que era gracias al horrible olor.

—¡Abominable!—exclamó al mismo tiempo una vocecita de mujer—; estos malditos bichos me van a comer viva.

Acordéme de mi buena costumbre de traer siempre conmigo una caja de polvos insecticidas. Instantáneamente la saqué de mi maleta; no tenía más que ofrecerla a la cabecita, y la amistad quedaba hecha; ¿pero cómo proceder?

—¡Esto es terrible!

—Señora—le dije, empleando la voz más suave que pude haber—, si mal no comprendí, esos bichos la están a usted picando; tengo ciertos polvos infalibles. Si usted desea...

—Hágame el favor.

—En seguida—repliqué con alegría—. Voy a ponerme el abrigo y se los entregaré.

—No, no; páselos por encima del biombo; no venga usted aquí.

—Está bien, por encima del biombo, puesto que usted me lo manda; pero no tenga miedo de mí; yo no soy un cafre.

—¡Quién sabe! A los transeuntes nadie los conoce...

—Ea... ¿Por qué no me permite usted que se los lleve directamente? No hay en ello nada de particular, sobre todo para mí, que soy médico (la engañé, para tranquilizarla). Usted debe saber que los médicos, la policía y los peluqueros tienen derecho a penetrar en las alcobas.

—¿De veras es usted médico; no lo dice usted de broma?

—¡Palabra de honor! ¿Puedo traer los polvos?

—Bueno, toda vez que es usted médico. Mas, ¿para qué va usted a molestarse? Mandaré a mi marido... ¡Teodorito...! ¡Despierta! ¡Rinoceronte! Levántate y ve a traerme los polvos insecticidas que el doctor tiene la amabilidad de ofrecerme.

La presencia de Teodorito detrás del biombo me dejó trastornado, como si me hubiesen asestado un golpe en la cabeza.

Sentíme avergonzado y furioso. Mi rabia era tal y Teodorito me pareció de tan mala catadura, que estuve a punto de pedir socorro.

Era aquel Teodorito un hombre calvo, de unos cincuenta años, alto, sanguíneo, con barbita gris y labios apretados. Estaba en bata y zapatillas.

—Es usted muy amable—me dijo tomando los polvos y volviendo detrás del biombo—. Muchas gracias. ¿El vendaval le cogió a usted también en el camino?

—Sí, señor.

—Lo siento... ¡Zinita, Zinita! Me parece que corre algo por tu nariz... Permíteme que te lo quite.

—Te lo permito—dijo riendo Zinita—. Pero, ¿que has hecho? He aquí un consejero de Estado que todos temen y que no es capaz de coger una chinche.

—¡Zinita! ¡Zinita! Una persona extraña nos oye; no andes con bromas.

—¡Canallas! ¡No me dejan dormir!—Pensé, sin saber por qué...

El matrimonio se quedó callado. Yo cerré los ojos y trate de conciliar el sueño. Transcurrió una media hora, luego una hora; el

sueño no acudió. En fin, mis vecinos también empezaron a moverse, y les oí murmurar:

—¡Es extraordinario! Estos animales no temen ni a los polvos. ¡Es demasiado! ¡Doctor! Zinita me encarga le pregunte por qué estos enemigos nuestros huelen tan mal.

Entablamos conversación. Hablamos de los enemigos, del mal tiempo, del invierno ruso, de la medicina, en la cual yo no entiendo jota; de Edison...

—Zinita, no te avergüences; este señor es médico.

Después de la conversación sobre Edison, cuchichearon.

Teodorito le dijo:

—No tengas reparo, interrógale. ¿De qué te asustas? Cheroezof no te alivio; acaso éste lo consiga.

—Interrógale tú—murmuró Zinita.

—¡Doctor!—gritó Teodorito dirigiéndose a mí—. Mi mujer tiene a veces la respiración oprimida, tose, siente como un peso en el pecho... ¿De que proviene ésto?

—Difícil es definirlo. La explicación sería larga...

—¿Qué importa que la explicación sea larga? Tiempo nos sobra; de todos modos, no podemos dormir... Examínela, querido señor. He de advertirle que la trata el doctor Cheroezef, persona excelente, pero que no me parece entenderla. Yo no tengo confianza en sus conocimientos, no creo en él. Yo comprendo que usted no se halla dispuesto a una consulta en estas circunstancias; sin embargo, le suplico tenga la amabilidad. Mientras que usted la examina, yo iré a decir al celador que nos prepare el te.

Teodorito salió arrastrando sus chanclas.

Dirigíme detrás del biombo. Zinita estaba recostada en un amplio sofá, en medio de una montaña de almohadones, y se cubría el descote con un cuello de encaje.

—A ver, muéstreme la lengua—dije sentándome al lado suyo y frunciendo las cejas.

Me enseñó la lengua y echóse a reír. La lengua era rosada y no tenía nada anormal. Empecé a buscarle el pulso, y no me fué posible hallarlo. En verdad, yo no sabía qué hacer ya. No me acuerdo que otras preguntas le dirigí mirando su cara risueña; sé solamente que al final de la consulta me había vuelto

completamente idiota. Del diagnóstico que formulé no me acuerdo tampoco.

Al cabo de un rato hallábame sentado en compañía de Teodorito y de su señora, delante del samovar. Veíame obligado a ordenar algo, y, para salir del paso, compuse una receta con sujeción a todas las reglas de la farmacopea:

Rp.

Sic transit	0,05
Gloria mundi	1,00
Aquae destilatae	0,10

Una cucharada cada dos horas.

Para la s.^{ra} Selova.

Dr. Zaizef.

A la mañana siguiente, cuando con mi maleta en la mano me despedía para siempre de mis nuevos amigos, Teodorito me cogió del botón de mi abrigo y quiso convencerme de que le aceptara un billete de diez rublos.

—Usted no puede rechazarlo; tengo la costumbre de pagar todo trabajo honrado. ¿No estudió usted? Sus conocimientos, ¿no los adquirió usted a costa de fatigas? Esto yo lo sé.

No había modo de negarse. Y embolsé los diez rublos.

De esta suerte pasé la víspera del juicio. No me detendré en describir mis impresiones cuando la puerta del Tribunal se abrió y el alguacil me señaló el banquillo de los acusados. Me limitaré a hacer constar el sentimiento de vergüenza que me asaltó cuando al volver la cabeza ví centenares de ojos que me miraban, y me fijé en los rostros solemnes y serios de los jurados. A primera vista comprendí que estaba perdido. Pero lo que no puedo referir y lo que el lector no puede imaginarse es el espanto y el terror que de mí se apoderaron cuando, al levantar los ojos a la mesa cubierta de paño rojo, descubrí, en el asiento del fiscal, a... Teodorito. Al apercibirlo me acorde de las chinches, de Zinita, de mi diagnóstico, de mi

receta, y experimenté algo como si todo el Océano Ártico me inundara.

Teodorito alzó los ojos del papel que estaba escribiendo, al principio no me reconoció; pero de pronto sus pupilas se dilataron, su mano se estremeció. Incorporóse lentamente y clavó su mirada plomiza en mí. Me levante a mi vez sin saber por qué, incapaz de apartar mis ojos de los suyos.

—Acusado, ¿cuál es su nombre, etcétera?—interrogó el presidente.

El fiscal se sentó y absorbió un vaso de agua; el sudor humedecía sus sienes. Me sentí agonizar.

Todos los síntomas revelaban que el fiscal me quería perder. Con muestras visibles de irritación acosaba a preguntas a los testigos...

Es tiempo de acabar. Escribo este relato en la misma Audiencia, durante el intervalo que los jueces aprovechan para comer. Ahora le toca el turno al discurso del fiscal. ¿Qué será?

LOS EXTRAVIADOS

Es un lugar de veraneo. La obscuridad, completa; el campanario de la iglesia marca la una de la noche.

Cosiaokin y Lapkin, ambos algo titubeantes, pero de muy buen humor, salen del bosque y se dirigen hacia las casitas.

—¡Gracias a Dios que hemos llegado!—dice Cosiaokin—; es una hazaña venir andando los cinco kilómetros desde la estación, y en nuestro estado. Me encuentro rendido..., y como si fuera hecho expresamente, no hay ni un solo coche.

—¡Amigo Pedro! No puedo más..., si dentro de cinco minutos no estoy en la cama, me muero...

—¡En la cama! ¡Ni pensarlo! Cenaremos, beberemos una botella de vino tinto, y luego a dormir. No te permitiremos ni Verotchka ni yo que te acuestes antes. ¡No sabes tú, amigo mío, la felicidad que experimenta uno con estar casado! Tú no la comprendes; tú tienes un alma de solterón. Mira: ahora llegaré yo extenuado, rendido...; mi mujercita saldrá a recibirme; la comida estará preparada, el te listo... Para compensarme de mi labor dirigiré sobre mi sus ojitos negros con tanta afabilidad y cariño, que lo olvidaré todo: mi cansancio, el robo con fractura, el Tribunal de casación, la Sala de la Audiencia... ¡Una gloria! ¡Una delicia!

—Es que no puedo tirar más de mi cuerpo; mis piernas se doblan. ¡Tengo una sed...!

—Nada; ya hemos llegado: henos en casa.

Los amigos acércanse a una de las casitas y se detienen frente a la ventana.

—Es una casita bonita—dice Cosiaokin—; mañana verás qué hermosas vistas tiene. Pero las ventanas están oscuras... Verotchka se habrá cansado de esperar, y se habrá acostado; no duerme, hallaráse inquieta por mi tardanza (empuja la ventana con

su bastón y la abre); pero qué valiente es: se acuesta sin cerrar la ventana.

Quítase el abrigo y lo echa dentro de la estancia, lo propio que su carpeta.

—¡Qué calor! Vamos a entonar una canción; la haremos reír. *(Canta)* ¡Canta, Aliocha! Verotchka, ¿quieres oír la serenata de Schúbert? *(Canta, pero hace un gallo y tose.)* ¡Verotchka, dile a María que abra la puerta! *(Pausa.)* Verotchka, no seas perezosa; levántate. *(Sube por encima de una piedra, y se asoma por la ventana.)* Verotchka, rosita mía, angelito, mujercita mía incomparable. ¡Anda, levántate! ¡Dile a María que abra! ¡Bien sé que no duermes, gatita mía! No podemos soportar más bromas; estamos tan cansados que ya no tenemos fuerzas. Hemos llegado a pie desde la estación...; ¿pero me oyes, o no...? *(Intenta escalar la ventana, pero cae.)* ¡Qué demonio! Ves, nuestro huésped está molesto. Noto que todavía eres una niña que no piensa más que en jugar...

—Escucha; tal vez tu esposa duerme de veras—dice Laef.

—¡No duerme; quiere que arme ruido: que despierte el vecindario! ¡Oye, Verotchka, me voy a enfadar! ¡Verás! ¡Qué diablo! Ayúdame, Aliocha, para que pueda subirme... Verotchka, no eres más que una chiquilla mal criada, una traviesa... ¡Amigo mío, empújame...!

Lapkin, jadeante, empuja a Cosiaokin; al fin éste alcanza la ventana, franquéala y desaparece en las tinieblas.

—¡Vera!—óyese al cabo de un rato. ¿Dónde estás? ¡Demonio! Me he ensuciado la mano con algo. ¡Qué asco!

Estalla un bullicio, un aleteo y el cacareo desesperado de una gallina.

—¡Caramba! Escucha, Laef—. ¿De dónde nos vienen estas gallinas? Pero, qué demonio; si hay una infinidad de ellas... ¡Y un cesto con una pava...! ¡Me ha picado la maldita!

Por la ventana salen volando las gallinas, y prorrumpiendo en chillidos agudos se precipitan a la calle.

—¡Aliocha, nos hemos equivocado..!—grita Cosiaokin con voz llorosa—. Aquí no hay más que gallinas. Por lo visto nos hemos extraviado... Pero malditas, ¿por qué no os estáis quietas?

—¡Sal pronto! ¿Qué haces?

—¿No sabes tu que estoy muerto de sed...?

—Ahora mismo... Deje que encuentre el abrigo y la carpeta...

—¿Por qué no enciendes un fósforo?

—Es que están en el abrigo... ¡Quién demonio me habrá traído aquí...! Todas estas casas son iguales. Ni el diablo mismo las distinguiría en la obscuridad. ¡Oh! ¡La pava me dió un picotazo en la mejilla! ¡Maldita!

—¡Pero sal pronto, si no van a creer que estamos robando gallinas!

—Ahora mismo me es imposible dar con el abrigo. Hay tanto trapajo por el suelo, que no puedo orientarme. Lánzame tus fósforos...

—Es que no los tengo.

—¡Estamos frescos! ¡No hay que decir...! ¡Valiente situación...! ¿Qué hago...? Yo no puedo, sin embargo abandonar el abrigo y la carpeta. Necesito buscarlos.

—¡No concibo cómo es posible no reconocer su propia casa!— replica Laef, indignado—. ¡Casa de borracho...! ¡En mal hora vine contigo...! De ir solo, hallaríame ya en casa. Dormiría... en lugar de padecer aquí... ¡Estoy rendido...! ¡No puedo más...! ¡Siento vértigos!

—En seguida, en seguida; no te apures; no te morirás por esto.

Por encima de la cabeza de Laef pasa un gran gallo. Lapkin suspira desconsoladamente y se sienta en una piedra. Sus entrañas arden de sed, sus ojos se cierran, su cabeza tambalea... Pasan cinco minutos, diez, veinte... Cosiakin está siempre enredado con las gallinas.

—¡Pedro! ¿Cuándo vienes?

—Ahora mismo. ¡Ya encontré la carpeta; pero volví a extraviarla...!

Lapkin apoya su cabeza en sus puños y cierra los ojos... Los cacareos aumentan... Las moradoras de la extraña vivienda salen volando y le parece que dan vueltas alrededor de su cabeza, como lechuzas... Le zumban los oídos y el terror se apodera de su alma...

—¡Qué bestia!—piensa—. Me convidó, me prometió obsequiarme con vino y leche, y en vez de esto me obliga a venir aquí a pie y escuchar estas gallinas...

Lapkin está indignado; hunde la barba en el cuello, coloca la cabeza sobre su carpeta y se tranquiliza poco a poco... Vencido por

el cansancio, empieza a dormirse.

—¡He encontrado la carpeta! Oye la exclamación de Cosiaokin triunfante; no me falta sino encontrar el abrigo, y ¡a casa!

Pero en este momento, óyense ladridos de un perro, y de otro, y de un tercero... El ladrar de los perros acompañado del cacareo de gallinas forman una música salvaje. Un desconocido se acerca a Lapkin y le pregunta algo...; parecele que alguien pasa sobre el para saltar por la ventana...; gritan, pegan porrazos...; una mujer con delantal encarnado y un farol en la mano le interroga...

—¡No tiene usted derecho a insultarme!—dice desde dentro Cosiaokin—. ¡Soy funcionario de la Audiencia! Aquí tiene usted mi tarjeta.

—¿Para qué quiero yo su tarjeta?—respondió una voz ronca—. Usted me ha dispersado las gallinas, pisoteado los huevos...; admira su obra...; los pavitos tenían que salir del cascarón un día de estos, y usted les ha aplastado... ¡qué me importa a mí su tarjeta!

—¿Usted se atreve a detenerme? ¡Eso yo no lo admitiré jamás!

—¡Qué sed tengo...!—piensa Lapkin esforzándose por abrir los ojos y sintiendo que otra vez alguien pasa por encima de él y sale por la ventana...

—¡Soy Cosiaokin; mi casa está al lado! ¡Todo el mundo me conoce...!

—¡No conocemos a ningún Cosiaokin!

—¿Qué me cuenta usted? ¡Que llamen al alcalde; él me conoce!

—¡No se acalore usted! Ahora mismo vendrá la policía; conocemos a todos los veraneantes del lugar; a usted no lo hemos visto nunca.

—Todos me conocen: cinco años ha sin interrupción que veraneo en los Grili-Viselki.

—¡Caramba!; pero esto no son los Grili-Viselki; esto es Hilovo...: los Viselki están a la derecha, detrás de la fábrica de mixtos, a cuatro kilómetros de aquí.

—¡Que el demonio me lleve...! ¡Entonces he tomado otro camino...!

Los gritos humanos, el cacareo y los ladridos, se confunden en una zarabanda por entre la cual de vez en cuando se oyen las

exclamaciones de Cosiaokin: «Usted no tiene derecho...» «Me las pagará...» «Ya sabrá usted con quién trata!...»

Por fin las vociferaciones se apaciguan, y Lapkin siente que le sacuden el hombro para despertarle...

LOS SIMULADORES

Marfa Petrovna, la viuda del general Pechonkin, ejerce unos diez años ha la medicina homeopática y recibe los martes por la mañana los aldeanos enfermos que acuden a consultarla.

Es una hermosa mañana del mes de mayo. Delante de ella, sobre la mesa, vése un estuche con medicamentos homeopáticos, los libros de medicina y las cuentas de la farmacia donde se surte la generala.

En la pared, con marcos dorados, figuran cartas de un homeópata de Petersburgo, que Marfa Petrovna considera como una celebridad, así como el retrato del Padre Aristarco, que la libró de los errores de la alopátia y la encamino hacia la verdad.

En la antesala esperan los pacientes. Casi todos están descalzos, porque la generala ordena que dejen las botas malolientes en el patio. Marfa Petrovna ha recibido diez enfermos; ahora llama al onceno:

—¡Gavila Gruzd!

La puerta se abre; pero en vez de Gavila Gruzd entra un viejecito menudo y encogido, con ojuelos lacrimosos—es Zamucrichin, propietario, arruinado, de una pequeña finca sita en la vecindad.

Zamucrichin coloca su cayada en el rincón, acércase a la generala y sin proferir una palabra se hinca de rodillas.

—¿Qué hace usted? ¿Qué hace usted, Kuzma Kazmitch?— exclama la generala ruborizándose—. ¡Por Dios...!

—¡Me quedaré así en tanto que no me muera!—respondió Zamucrichin, llevándose su mano a los labios—. ¡Que todo el mundo me vea a los pies de nuestro ángel de la guarda! ¡Oh, bienhechora de la Humanidad! ¡Que me vean postrado de hinojos ante la que me devolvió la vida, me enseñó la senda de la verdad e iluminó las tinieblas de mi escepticismo, ante la persona por la cual

hallaríame dispuesto a dejarme quemar vivo! ¡Curandera milagrosa, madre de los enfermos y desgraciados! ¡Estoy curado! Me resucitasteis como por milagro.

—¡Me... me alegro muchísimo...!—balbucea la generala henchida de satisfacción—. Me causa usted un verdadero placer... ¡Haga el favor de sentarse! El martes pasado, en efecto, se encontraba usted muy mal.

—¡Y cuán mal! Me horrorizo al recordarlo—prosigue Zamucrichin sentándose—; fijábase en todos los miembros y partes el reuma. Ocho años de martirio sin tregua..., sin descansar ni de noche ni de día. ¡Bienhechora mía! He visto médicos y profesores, he ido a Kazan a tomar baños de fango, he probado diferentes aguas, he ensayado todo lo que me decían... ¡He gastado mi fortuna en medicamentos! ¡Madre mía de mi alma! Los médicos no me hicieron sino daño, metieron mi enfermedad para dentro; eso sí, la metieron hacia dentro; mas no acertaron a sacarla fuera; su ciencia no pasó de ahí. ¡Bandidos; no miran más que el dinero! ¡El enfermo les tiene sin cuidado! Recetan alguna droga y os obligan a beberla! ¡Asesinos! Si no fuera por usted, ángel mío, hace tiempo que estaría en el cementerio. Aquel martes, cuando regresé a mi casa después de visitarla, saqué los globulitos que me dió y pensé: «¿Qué provecho me darán? ¿Cómo estos granitos, apenas invisibles, podrán curar mi enorme padecimiento, extinguir mi dolencia inveterada?» Así lo pensé; me sonreí; no obstante, tomé el granito, y momentáneamente me sentí como si no hubiera estado jamás enfermo: aquello fué una hechicería! Mi mujer me miró con los ojos muy abiertos y no lo creía. «¿Eres tú, Kolia?», me preguntó. «Soy yo», y nos pusimos los dos de rodillas delante de la Virgen Santa y suplicamos por usted, ángel nuestro: «Dale, Virgen Santa, todo el bien que nosotros deseamos.»

Zamucrichin se seca los ojos con su manga, se levanta e intenta arrodillarse de nuevo; pero la generala no lo admite y le hace sentar.

—¡No me de usted las gracias! ¡A mí, no!—y se fija con admiración en el retrato del Padre Aristarco—. Yo no soy más que un instrumento obediente... Usted tiene razón, ¡es un milagro! ¡Un reuma de ocho años, un reuma inveterado y curado de un solo globulito de escrofuloso!

—Me hizo usted el favor de tres globulitos. Uno lo tomé en la comida y su efecto fué instantáneo, otro por la noche, el tercero al otro día, y desde entonces no siento nada. Estoy sano como un niño recién nacido. ¡Ni una punzada! ¿Y yo que me había preparado a morir y tenía una carta escrita para mi hijo, que reside en Moscú, rogándole que viniera? ¡Es Dios quien la iluminó con esa ciencia! Ahora me parece que estoy en el Paraíso... El martes pasado, cuando vine a verle, cojeaba. Hoy me siento en condiciones de correr como una liebre... Viviré unos cien años. ¡Lástima que seamos tan pobres! Estoy sano, pero de qué me sirve la salud, si no tengo de qué vivir. La miseria es peor que la enfermedad. Ahora, por ejemplo, es tiempo de sembrar la avena, ¿y cómo sembrarla si carezco de semillas? Hay que comprar... y no tengo dinero...

—Yo le daré semillas, Kuzma Kuzmitch... ¡No se levante, no se levante! Me ha dado usted una satisfacción tal, una alegría tan grande, que soy yo, no usted, quien ha de dar las gracias.

—¡Santa mía! ¡Qué bondad es ésta! ¡Regocíjese, regocíjese usted, alma pura, contemplando sus obras de caridad! Nosotros sí que no tenemos de qué alegrarnos... Somos gente pequeña..., inutil, acobardada... No somos cultos más que de nombre; en el fondo somos peor que los campesinos... Poseemos una casa de mampostería que es una ilusión, pues el techo está lleno de goteras... Nos falta dinero para comprar tejas...

—Le daré tejas, Kuzma Kuzmitch.

Zamucrichin obtiene además una vaca, una carta de recomendación para su hija, que quiere hacer ingresar en una pensión. Todo enternecido por los obsequios de la generala rompe en llanto y saca de su bolsillo el pañuelo. A la par que el pañuelo extrae y deja caer en el suelo un papelito encarnado.

—No lo olvidaré siglos enteros; mis hijos y mis nietos rezarán por usted... De generación a generación pasara... «Ved, hijos, les diré, la que me salvó de la muerte, es la...»

Después de haber despachado a su cliente, la generala contempla algunos momentos, con los ojos llenos de lágrimas, el retrato del Padre Aristarco; luego sus miradas se detienen con cariño en todos los objetos familiares de su gabinete: el botiquín, los libros de medicina, la mesa, los cuentos, la butaca donde estaba

sentado hace un momento el hombre salvado de la muerte, y acaba por fijarse en el papelito perdido por el paciente. La generala lo recoge, lo despliega y ve los mismos tres granitos que dió a Zamucrichin el martes pasado.

—Son los mismos...—se dice con perplejidad—; hasta el papel es el mismo. ¡Ni siquiera lo abrió! En tal caso, ¿qué es lo que ha tomado? ¡Es extraordinario! No creo que me engañe...

En el pecho de la generala penetra por la primera vez durante sus diez años de práctica la duda...

Hace entrar los otros pacientes, e interrogándoles acerca de sus enfermedades, nota lo que antes le pasaba inadvertido. Los enfermos, todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, empiezan por halagarla, ensalzando sus curas milagrosas; están encantados de su sabiduría médica; reniegan de los alópatas, y cuando se pone roja de alegría, le explican sus necesidades. Uno pide un terrenito, otro leña, el tercero solicita el permiso de cazar en sus bosques, etc... Levanta sus ojos hacia la faz ancha y bondadosa del padre Aristarco, que le enseñó los senderos de la verdad, y una nueva verdad entra en su corazón...

Una verdad mala y penosa...

¡Qué astuto es el hombre!

LOS HOMBRES QUE ESTÁN DE MÁS

Son las siete de la tarde. Un día caluroso del mes de junio. Del apeadero de Hilkobo, una multitud de personas que han llegado en el tren encamínase a estación veraniega. Casi todos los viajeros son padres de familia, cargados de paquetes, carpetas y sombrereras. Todos tienen el aspecto cansado, hambriento y aburrido, como si para ellos no resplandeciera el Sol y no creciera la hierba.

Entre los demás anda también Davel Ivanovitch Jaikin, miembro del Tribunal del distrito, hombre alto y delgado, provisto de un abrigo barato y de una goma desteñida.

—¿Vuelve usted todos los días a su casa?—le pregunta un veraneante, que viste pantalón rojo.

—No; mi mujer y mi hijo viven aquí, y yo vengo solamente dos veces a la semana—le contesta Jaikin con acento lúgubre—. Mis ocupaciones me impiden venir todos los días, y además, el viaje me resulta caro.

—Tiene usted razón; es muy caro—suspira el de los pantalones rojos—. No puede uno venir de la ciudad a pie, hace falta un coche; el billete cuesta cuarenta y dos céntimos...; en el camino compra uno el periódico, toma una copita... Todo son gastos pequeños, cosa de nada, pero al final del verano suben a unos doscientos rublos. Es verdad que la naturaleza cuesta más, no lo dudo... los idilios y el resto, pero con nuestro sueldo de empleados, cada céntimo tiene su valor. Gasta uno sin hacer caso de algunos céntimos y luego no duerme en toda la noche... Sí... Yo, señor mío, aunque no tengo el gusto de conocer su nombre y apellido, puedo decirle que percibo un sueldo de dos mil rublos al año, tengo categoría de consejero y, a pesar de esto, no puedo fumar otro tabaco que el de segunda calidad, y no me sobra un rublo para comprarme una botella de

agua de Vichy, que me receta el médico contra los cálculos de la vejiga.

—En efecto; todo está mal—dice Zaikin después de una pequeña meditación—. ¿Quiere saber usted mi opinión? El veraneo ha sido inventado por las mujeres y el diablo. Al diablo le guiaba su maldad y a las mujeres su ligereza. ¡Usted comprenderá que esto no es una vida! ¡Esto es un presidio! Hace calor, está uno sofocado, respira con dificultad y, no obstante, tiene que zarandearse como un alma en pena y carecer casi de albergue. Allá en la ciudad no quedan ni muebles ni servidumbre... Todo se lo llevaron al campo... Hay que alimentarse pésimamente. Imposible tomar el té, porque no se encuentra quien encienda el samovar. Yo no me lavo. Vengo aquí, al seno de la Naturaleza, y me cabe el gusto de andar a pie con este calor... ¡Una porquería! ¿Está usted casado?

—Sí... Tengo tres hijos...—responde el del pantalón rojo.

—¡Abominable...! Es asombroso. Parece increíble que aun estemos vivos.

Al fin, los veraneantes llegan hasta la aldea. Zaikin se despide del de los pantalones rojos y entra en su casa, donde reina un silencio mortal. Se oye solamente el zumbido de las moscas y de los mosquitos. Delante de las ventanas cuelgan visillos de tul, delante de los cuales se ven macetas con flores marchitas. En las paredes, de madera, al lado de las oleografías, dormitan las moscas. En la antesala, en la cocina, en el comedor no hay alma viviente.

En la habitación, que sirve al mismo tiempo de sala y de recibidor, Zaikin encuentra a su hijo Petia, chicuelo de seis años.

Petia está muy absorto en su trabajo. Recorta la sota de un naipe, avanza el labio inferior y sopla.

—¿Eres tú, papá?—le dice sin volver la cabeza—. ¡Buenos días!

—¡Buenos días...! ¿Dónde está tu madre?

—¿Mamá? Ha ido con Olga Cirilovna a un ensayo. Habrá representación pasado mañana. Me llevarán a mí también... ¿Y tú, irás?

—Hum... ¿No sabes cuándo volverá tu madre?

—Dijo que volvería al ser de noche.

—Y Natalia, ¿dónde está?

—Mamá se la llevó para que le ayudara a vestirse en los entreactos, y Akulina se fué a buscar setas al bosque. Papá, ¿por qué cuando los mosquitos pican, el vientre se les pone encarnado?

—No sé... Porque chupan la sangre. ¿De modo que no hay nadie en casa?

—Nadie. Yo solo estoy en casa.

Zaikin se sienta en una butaca y mira como atontado por la ventana. Transcurren algunos momentos.

—¿Quién nos servirá la comida?—pregunta.

—Hoy no han hecho comida. Mamá pensó que tú no vendrías y dispuso que no se guisara. Ella comerá con Olga Cirilovna después del ensayo.

—Muchas gracias. Y tú, ¿qué has comido?

—Tomé leche. Me compraron seis céntimos de leche. Papá, ¿por qué chupan la sangre los mosquitos?

Zaikin siente una pesadez que le encoge el hígado y lo aprieta. Experimenta tal amargura y tal ofensa que quisiera saltar, tirar algo al suelo, gritar, reñir. Pero recordando que los médicos le prohibieron toda agitación hace un esfuerzo, y para calmarse se levanta silbando un aire de *Los Hugonotes*.

—Papá, ¿tú sabes...?—Insiste Petia.

—¡Déjame en paz con tus tonterías!—responde Zaikin enfadado—. Me fastidias. Tienes seis años y eres siempre tan sandio como cuando tenías tres. ¡Eres un chiquillo tonto y mal criado! ¿Por qué estropeas los naipes? ¿Cómo te atreves a estropearlos?

—¡Estos naipes no son tuyos! Es Natalia la que me los dió— replica Petia sin levantar la vista.

—¡Mientes! ¡Mientes, mal muchacho!—exclama Zaikin—. Tú mientes siempre. ¡Hay que darte una paliza, gznápiro! ¡Te arrancaré las orejas!

Petia salta, alarga el cuello y mira fijamente la cara purpúrea e irritada de su padre.

Sus grandes ojos están muy abiertos, luego se llenan de lágrimas y su boca se tuerce.

—¿Por qué me riñes?—chilla con voz aguda—. ¿Por qué me fastidias? ¡Estúpido! No hago nada malo, no soy travieso, obedezco lo que me ordenan y tú todavía gritas. Di, ¿por qué me riñes?

El niño habla con tanta convicción y llora tan amargamente que Zaikin se avergüenza.

—Tiene razón—piensa—; le busco las cosquillas. ¡Basta...! ¡Basta!—le dice golpeándole en el hombro—. Anda, Petia, yo tengo la culpa; dispénsame. Tú eres un buen chico y te quiero mucho.

Petia se enjuga los ojos con la manga, vuelve a sentarse en su sitio y, con un suspiro, reanuda su tarea de recortar la sota. Zaikin se marcha a su gabinete, extiéndese en el sofá, y colocándose las manos debajo de la cabeza, se pone a reflexionar. Las lágrimas del niño calmaron sus nervios, y el hígado alivióse también. Pero el hambre y el cansancio le acosan.

—¡Papá!—dice Petia detrás de la puerta—. ¿Quieres ver mi colección de insectos?

—Sí, tráela.

Petia entra y enseña a su padre una larga cajita verde. Zaikin oye de lejos un zumbido desesperado y el rascar de las patitas sobre las paredes de la caja.

Al levantar la tapadera ve una multitud de mariposas, escarabajos, grillos y moscas clavadas en el fondo con alfileres. Todos, a excepción de dos o tres mariposas, están vivos y se mueven.

—El grillo vive aún—dice con asombro Petia—; ayer lo cogimos y hasta ahora no se ha muerto.

—¿Quién te enseñó a clavarlos así?—le interroga Zaikin.

—Olga Cirilovna.

—Si la clavasen a ella misma así, qué tal le parecería?—añade Zaikin con repugnancia—. ¡Llévatelos! ¡Es vergonzoso martirizar así a los animales! ¡Dios mío, qué mal criado está!—piensa cuando Petia desaparece.

Povel Matreievitch olvida su cansancio y hambre y no piensa sino en el porvenir de su hijo. Entre tanto la luz del día va extinguiéndose poco a poco...; óyese cómo los veraneantes tornan de los baños, por grupos. Alguien se para delante de la ventana abierta del comedor y grita: «¿Desea usted setas?». Al cabo de un rato, no habiendo recibido contestación, adviértese el rumor de pies descalzos que se alejan... Por fin, cuando la obscuridad es casi

completa y por la ventana entra el fresco de la noche, la puerta se abre ruidosamente y se oyen pasos apresurados, voces y risas...

—¡Mamá!—exclama Petia.

Zaikin mira desde su gabinete y ve a su mujer. Nodejda Steparovna está como siempre, sonrosada, rebosando salud... Acompañala Olga Cirilovna—una rubia seca, con la cara cubierta de pecas—y dos caballeros desconocidos: uno joven, largo, con cabellos rojos rizados y la nariz muy saliente; el otro, bajito, rechoncho, con la cara afeitada.

—Natalia, ¡encienda el samovar!—grita Nodejda Steparovna—. Parece que Povel Matreievitch ha llegado. Pablo, ¿dónde estás? ¡Buenos días, Pablo!—grita de nuevo. Entra corriendo en el gabinete—. ¿Has venido? ¡Me alegro mucho! Tengo conmigo dos de nuestros artistas aficionados... Ven, te voy a presentar. Aquél, el más alto, es Koromislof; tiene una voz magnífica; y el otro, el bajito, es un tal Smerkoloof, un verdadero artista: declama que es una maravilla. ¡Ah, qué cansada estoy! Fuí al ensayo... Todo está perfecto... Representaremos *El huésped con el trombón* y *Ella le espera*... Pasado mañana tendrá lugar el espectáculo.

—¿Para que los has traído?—pregunta Zaikin.

—¡Era indispensable, lorito! Después del te hemos de repetir los papeles y cantar alguna que otra cosa. Tendremos que cantar un dúo con Koromislof... ¡No faltaría más sino que lo olvidara!

Di a Natalia que traiga aguardiente, sardinas, queso y algo más. Seguramente se quedarán a cenar... ¡Qué cansada estoy!

—¡Cáspita...! El caso es que no tengo dinero.

—¡Imposible, lorito! ¡Qué vergüenza! ¡No me hagas ruborizar!

Media hora más tarde Natalia sale a comprar aguardiente y entremeses. Zaikin, después de haber tomado el te y comido un pan entero, se va al dormitorio y se acuesta. Nadejda Stepavovna, con risas y algazaras, empieza a ensayar sus papeles. Povel Matreievitch escucha largo rato la lectura gangosa de Koromislof y las exclamaciones patéticas de Smerkoloof. A la lectura sigue una conversación larga, interrumpida a cada momento por la risa chillona de Olga Cirilovna. Smerkoloof, aprovechando su fama de actor, explica con aplomo los papeles. Luego se oye el dúo, y más tarde, el ruido de vajilla... Zaikin, medio dormido, oye cómo tratan de

convencer a Smerkolof para que declame *La pecadora*, y después de hacerse rogar mucho, consiente, y declama golpeándose en el pecho, llorando y riendo a la vez... Zaikin se acurruca y esconde la cabeza bajo las sábanas, para no oír.

—Tienen ustedes que andar lejos para volver a su casa—observa Nodejda Steparovna—. ¿Por qué no pernoctarían aquí? Koromislof dormirá en el sofá, y usted, Smerkolof, en la cama de Petia... A Petia le pondríamos en el gabinete de mi marido... ¿Verdad? ¡Quédense ustedes!

Cuando el reloj da las dos todo queda silencioso... La puerta del dormitorio se abre y aparece Nodejda Steparovna.

—¡Pablo! ¿Duermes?—dice en voz baja.

—No. ¿Qué quieres?

—Ves, querido mio, acuéstate en el sofá, en tu gabinete; en tu cama se acostará Olga Cirilovna. La hubiera puesto a ella en el gabinete; pero tiene miedo de dormir sola. ¡Anda, levántate!

Zaikin se incorpora, vístese la bata, y cogiendo su almohada, se dirige hacia su gabinete... Al llegar a tientas hasta el sofá enciende un fósforo y ve que en el diván está Petia. El niño no duerme, y fija sus grandes ojos en el fósforo.

—Papá, ¿por qué los mosquitos no duermen de noche?

—Porque..., porque...—murmura Zaikin—porque nosotros, tú y yo, estamos aquí de más..., no tenemos ni donde dormir.

—Papá, ¿y por qué Olga Cirilovna tiene pecas en la cara?

—¡Déjame; me fastidias!

Zaikin reflexiona un poco, y luego se viste y sale a la calle a tomar el fresco... Mira el cielo gris de la madrugada, contempla las nubes inmóviles, oye el grito perezoso del rascón, y empieza a imaginarse lo bien que estará cuando vuelva a la ciudad, y, terminadas sus tareas en el Tribunal, se eche a dormir en su casa solitaria...

De repente, al volver de una esquina, aparece una figura humana.

—Seguramente el guardián—piensa Zaikin.

Pero, al fijarse, reconoce al veraneante del pantalón rojo.

—¿Cómo no duerme usted?—le pregunta.

—No puedo—suspira el del pantalón rojo—. Disfruto de la Naturaleza... Tenemos huéspedes; en el tren de la noche ha llegado mi suegra... y con ella mis sobrinas..., jóvenes muy agraciadas.

Estoy muy satisfecho..., muy contento.... a pesar de... de que hay mucha humedad... ¿Y usted también disfruta de la Naturaleza?

—Sí...—balbucea Zaikin—. Yo también disfruto de la Naturaleza... ¿No conoce usted, aquí, en la vecindad, algún restaurant o tabernita?

El de los pantalones rojos levanta los ojos hacia el cielo y quédase reflexionando.

EL CAMALEÓN

Por la plaza del mercado pasa el inspector de Policía Ochumelof, vistiendo su gabán nuevo y llevando un paquete en la mano. Detrás de él viene el guarda municipal, rojo, de pelo hirsuto, con un cedazo repleto de grosellas confiscadas.

Reina un silencio completo... En la plaza no hay un alma. Las puertas abiertas de las tiendas y de las tabernas parecen bocas de lobos hambrientos. Junto a ellas no se ven ni siquiera mendigos.

—¡Me muerdes, maldito! ¡Chicos, a cogerlo! ¡Está prohibido morder! ¡Cógelo! ¡Por aquí...!

Óyense aullidos de perro. Ochumelof mira en derredor suyo y ve que del depósito de maderas del comerciante Pichaguin se escapa un perro, con una pata encogida. Persíguelo un hombre en mangas de camisa y chaleco desabrochado. Este hombre corre a todo correr y cae, pero logra agarrar al perro por las patas de atrás. Resuenan un segundo aullido y gritos: «¡No le sueltes!» Por las puertas asoman caras somnolientas, y al cabo de pocos minutos, una gran cantidad de gente aglomérase delante del almacén.

—Es un escándalo público—exclama el guardia municipal.

Ochumelof da una vuelta y se acerca al gentío. En el dintel de la puerta está un hombre en mangas de camisa, el cual, levantando el brazo, muestra su dedo ensangrentado a la muchedumbre. Su voz y su gesto aparecen triunfantes. Su dedo semeja una enseña victoriosa. Diríase que todo su rostro, y aun él mismo, quieren expresar «Ya me las pagaréis todas». Ochumelof reconoce al hombre. Es el joyero Hrinkin: En medio del círculo, temblando con todo su cuerpo, está sentado el culpable: un cachorro lebel, con el hocico en punta y manchas rubias en el lomo. Sus ojos revelan su terror.

—¿Qué ocurre?—interroga Ochumelof, introduciéndose entre la gente—. ¿Qué pasa? ¿Quién grita? ¿Qué ocurre con el dedo?

—Vera usted. Yo pasaba tranquilamente, sin meterme con nadie... Iba por el asunto de las maderas..., y de repente salió este maldito animal y me mordió el dedo... sin que yo le diera motivo alguno... Dispénsame, excelencia; pero yo no soy más que un trabajador... Ejecuto trabajos minuciosos. Fuerza es que se me indemnice. A buen seguro, yo no podré servirme de mi dedo en una semana entera. Ninguna ley puede obligarme a soportar los ataques de los animales... Como a todos les dé por morder, la vida será imposible...

—Hum... Está bien—dice Ochumelof con severidad, tosiendo y frunciendo las cejas—. ¿De quién es este perro? Esto no lo voy a dejar así. ¡Ya verán ustedes lo que resulta con dejar sueltos a los animales por las calles! Hora es de imponer una corrección a esos caballeros que no hacen caso de los reglamentos. Yo sabré clavar una buena multa al granuja que permitió que su perro anduviera errante. ¡Yo sabré arreglarlo! ¡Andirin—añade volviéndose hacia el municipal—, averigua de quién es el perro. ¡Habrá que matarlo inmediatamente! Este perro debe de estar rabioso... ¿Me oyes? ¿De quién es el perro...?

—Creo que es del general Gigalof—replica una voz.

—¡Del general! Hum... Andirin, ayúdame a quitarme el abrigo... ¡Qué calor! ¡Habrá tormenta...! No comprendo. ¿Cómo este cuadrúpedo ha podido morderte? Ni siquiera puede alcanzar a la altura del dedo. ¡Es chiquito y tú eres un hombretón! Te habrás arañado el dedo tú mismo con un clavo, y luego echas la culpa al perro. ¡Te conozco...! ¡Sois una gentecilla...! ¡Os conozco, demonios...!

—Es que, para divertirse él, puso un cigarrillo encendido en el hocico del perro, el cual incurrió en la cólera de pegarle un mordisco... Este hombre es un pendón. ¡Quítate de nuestra presencia!

—¡Mientes, tueste! ¿No lo viste por tus propios ojos? En tal caso, ¿a qué mentir? Vucencia es un hombre de entendimiento y dilucidará quién es el embustero y quién dice la verdad, como si la dijera ante Dios... Y si le parece que soy un farsante, vamos al

Tribunal. Las leyes lo dicen: «Ahora todos son iguales...» Además, si queréis saberlo, tengo un hermano que es gendarme...

—¡Cállate!

—No; este perro no es del general—dice con aire convencido el municipal—. Los del general son diferentes..., todos los suyos son de caza...

—¿Estás cierto?

—¡Completamente!

—¡Si yo mismo lo sé! El general tiene perros de valor, perros de raza, y éste no significa nada...; carece de aspecto y de cualidades...; ¡una porquería! Hay que ser muy idiota para poseer animales como éstos. ¡Hace falta ser bruto! Si en Petersburgo o Moscov encontraran perro semejante, no andarían con contemplaciones. Lo matarían sin tardanza. Y tú, Hrinkin, que eres la víctima, no dejes las cosas así... ¡Lo verán! Es tiempo...

—Y tal vez es del general—sigue pensando en alta voz el municipal—. No lo lleva escrito en el hocico... El otro día, en su jardín, vi uno como éste...

—Naturalmente que es del general—confirma la voz del gentío.

—Hum...; trae mi abrigo, amigo Andirin...; hay viento...; siento como escalofríos... Llevarás el perro a la casa del general... Dirás que yo lo encontré y se lo mando... Aconsejarás que no lo dejen salir a la calle. Puede ser animal de precio, y si cada imbécil le metiera cigarros en la nariz, pudiera desgraciarse... ¡Los perros son delicados! ¡Y tú, bruto, baja tu mano! ¡No tienes nada que mostrar en tu dedo! ¡Tú solo tienes la culpa...!

—Aquí viene el cocinero del general... Podemos interrogarle... ¡Protor, oye, amigo! Ven por aquí, mira este perro... ¿es de ustedes?

—Quién te lo dijo? No tenemos semejantes animales.

—No continúes—interrumpe Ochumelof—. ¡Es vagabundo! ¡Estamos perdiendo el tiempo! ¡Ya dije yo que es vagabundo, y así es...! ¡Matadlo inmediatamente...!

—No es nuestro—prosigue el cocinero—, es del hermano de nuestro general, que llegó anteayer... Nuestro general no es aficionado a lebreles; pero el hermano, sí...

—¡Cómo! ¿El hermano del general ha llegado?—exclama Ochumelof, mientras que toda su cara inúndase de una sonrisa de

felicidad—. ¡Dios mío! ¡Yo no lo sabía! ¿Habrá venido tal vez por una temporada?

—Sí...

—¡Dios mío de mi alma! ¿Habrá echado de menos a su hermanito? ¿Cómo es que no me enteré antes de ello? ¿De modo que el perro es suyo? Me alegro mucho... Llévatelo... Un perrito hermoso... y vivo... ¡Ah, ah, ah...! ¡Lo cogió a aquél del dedo! ¿Por qué tiemblos? ¡Estará enfadado...! ¡Animalito!

Protor llama al perro y se marcha.

La multitud ríe y se burla de Hrikin.

—¡Otra vez no te irás de rosas como ahora!—le amenaza Ochumelof con la mano, se abrocha el abrigo y sigue su camino por la plaza del mercado.

LA MUERTE DE UN FUNCIONARIO PÚBLICO

El gallardo alguacil Iván Dmitrievilch Tcherviakof hallábase en la segunda fila de butacas y veía a través de los gemelos *Las Campanas de Corneville*. Miraba y sentíase del todo feliz..., cuando, de repente...—en los cuentos ocurre muy a menudo «el de repente»; los autores tienen razón: la vida está llena de improvisos —, de repente su cara se contrajo, guiñó los ojos, su respiración se detuvo..., apartó los gemelos de los ojos, bajó la cabeza y... ¡pchi!, estornudó. Como usted sabe, esto no está vedado a nadie en ningún lugar. Los aldeanos, los jefes de Policía y hasta los consejeros de Estado estornudan a veces. Todos estornudan..., a consecuencia de lo cual Tcherviakof no hubo de turbarse; secó su cara con el pañuelo y, como persona amable que es, miró en derredor suyo, para enterarse de si había molestado a alguien con su estornudo. Pero entonces no tuvo más remedio que turbarse. Vió que un viejecito, sentado en la primera fila, delante de él, se limpiaba cuidadosamente el cuello y la calva con su guante y murmuraba algo. En aquel viejecito, Tcherviakof reconoció al consejero del Estado Brischalof, que servía en el Ministerio de Comunicaciones.

—Le he salpicado probablemente—pensó Tcherviakof—; no es mi jefe; pero de todos modos resulta un fastidio...; hay que excusarse.

Tcherviakof tosió, echóse hacia delante y cuchicheó en la oreja del consejero:

—Dispéñeme, excelencia, le he salpicado...; fué involuntariamente...

—No es nada..., no es nada...

—¡Por amor de Dios! Dispéñeme. Es que yo...; yo no me lo esperaba...

—Esté usted quieto. ¡Déjeme escuchar!

Tcherviakof, avergonzado, sonrió ingenuamente, y fijó sus miradas en la escena. Miraba; pero no sentía ya la misma felicidad: estaba molesto e intranquilo. En el entreacto se acercó a Brischalof, se paseó un ratito al lado suyo y, por fin, dominando su timidez, murmuró:

—Excelencia, le he salpicado... Hágame el favor de perdonarme... Fué involuntariamente.

—¡No siga usted! Lo he olvidado, y usted siempre vuelve a lo mismo—contestó su excelencia moviendo con impaciencia los hombros.

—«Lo ha olvidado»; mas en sus ojos se lee la molestia—pensó Tcherviakof mirando al general con desconfianza—; no quiere ni hablarme... Hay que explicarle que fue involuntariamente..., que es la ley de la Naturaleza; si no, pensará que lo hice a propósito, que escupí. ¡Si no lo piensa ahora, lo puede pensar algún día...!

Al volver a casa, Tcherviakof refirió a su mujer su descortesía. Mas le pareció que su esposa tomó el acontecimiento con demasiada ligereza; desde luego, ella se asustó; pero cuando supo que Brischalof no es su «jefe», calmóse y dijo:

—Lo mejor es que vayas a presentarle tus excusas; si no, puede pensar que no conoces el trato social.

—¡Precisamente! Yo le pedí perdón; pero lo acogió de un modo tan extraño...; no dijo ni una palabra razonable...; es que, en realidad, no había ni tiempo para ello.

Al día siguiente, Tcherviakof vistió su nuevo uniforme, cortóse el pelo y fué a casa de Brischalof a disculparse de lo ocurrido. Entrando en la sala de espera, vió muchos solicitantes y al propio consejero que personalmente recibía las peticiones. Después de haber interrogado a varios de los visitantes, acercóse a Tcherviakof.

—Usted recordará, excelencia, que ayer en el Teatro de la Arcadia...—así empezó su relación el alguacil—yo estornudé y le salpiqué involuntariamente. Dispen...

—¡Qué sandez...! ¡Esto es increíble...! ¿Qué desea usted?—Y dicho esto, el consejero volvióse hacia la persona siguiente.

—¡No quiere hablarme!—pensó Tcherviakof palideciendo—. Es señal de que está enfadado... Eso no puede quedar así...; tengo que explicarle...

Cuando el general acabó su recepción y se pasó a su gabinete, Tcherviakov adelantóse otra vez y balbuceó:

—¡Excelencia! Me atrevo a molestarle otra vez, crea usted que me arrepiento infinito... No lo hice adrede; usted mismo lo comprenderá...

El consejero torció el gesto y con impaciencia añadió:

—¡Me parece que usted se burla de mí, señor mío! Y con estas palabras desapareció detrás de la puerta.

—¿Burlarme yo?—pensó Tcherviakov, completamente aturdido—. ¿Dónde está la burla? ¡Con su consejero del Estado; no lo comprende aún! Si lo toma así, no pediré más excusas a este fanfarrón. ¡Que el demonio se lo lleve! Le escribiré una carta, pero yo mismo no iré más! ¡Le juro que no iré a su casa!

A tales reflexiones se entregaba tornando a su casa. Pero, a pesar de su decisión, no le escribió carta alguna al consejero. Por más que lo pensaba, no lograba redactarla a su satisfacción, y al otro día juzgó que tenía que ir personalmente de nuevo a darle explicaciones.

—Ayer vine a molestarle a vucencia—balbuceo mientras el consejero dirigía hacia él una mirada interrogativa—; ayer vine, no en son de burla, como lo quiso vucencia suponer. Me excusé porque estornudando hube de salpicarle... No fué por burla, créame... Y además, ¿qué derecho tengo yo a burlarme de vucencia? Si nos vamos a burlar todos, los unos de los otros, no habrá ningún respeto a las personas de consideración... No habrá...

—¡Fuera! ¡Vete ya!—gritó el consejero temblando de ira.

—¿Qué significa eso?—murmuró Tcherviakov inmóvil de terror.

—¡Fuera! ¡Te digo que te vayas!—repitió el consejero pataleando de ira.

Tcherviakov sintió como si en el vientre algo se le estremeciera. Sin ver ni entender, retrocedió hasta la puerta, salió a la calle y volvió lentamente a su casa... Entrando, pasó maquinalmente a su cuarto, acostóse en el sofá, sin quitarse el uniforme, y... murió.

¡QUÉ PÚBLICO!

—¡Basta! ¡Ya no vuelvo a beber...! Por nada del mundo. Tiempo es de ponerme al trabajo... ¿Te gusta recibir tu sueldo? Pues, trabaja honradamente, con celo, sin tregua ni reposo. Acaba de una vez con las granujerías... Te has acostumbrado a cobrar tu paga en balde, y esto es malo...; esto no es honrado...

Luego de haberse hecho tales razonamientos, el jefe del tren, Podtiaguin, siente un deseo invencible de trabajar. Son casi las dos de la madrugada, mas, a pesar de lo temprano de la hora, despierta a los conductores y va con ellos por los vagones para revisar los billetes.

—¡Los billetes!—exclama alegremente, haciendo sonar el taladro.

Los viajeros, dormidos en la penumbra de la luz atenuada, se sobresaltan y le pasan los billetes.

—¡El billete!—dice Podtiaguin dirigiéndose a un pasajero de segunda clase, hombre flaco, venoso, envuelto en una manta y pelliza y rodeado de almohadas.

—¡El billete!

El hombre flaco no contesta; duerme profundamente. El jefe del tren le golpea en el hombro y repite con impaciencia:

—¡El billete!

El pasajero, asustado, abre los ojos y se fija con pavor en Podtiaguin.

—¿Qué? ¿Quién?

—¿No me ha oído usted? ¡El billete! ¡Tenga la bondad de dármelo!

—¡Dios mío!—gime el hombre flaco, mostrando una faz lamentable—. ¡Dios mío! ¡Padezco del reuma! Tres noches ha que no he podido conciliar el sueño... He tomado morfina para dormirme y me sale usted... con los billetes. ¡Es inhumano! ¡Es cruel! Si

supiera usted lo que me cuesta conseguir el sueño, no vendría usted a molestarme con esas majaderías... ¡Esto es tonto y cruel! ¿Para que le hace a usted falta mi billete? Esto es inepto.

Podtiaguin reflexiona si tiene que ofenderse o no; decide ofenderse.

—¡No grite usted aquí! ¿Estamos acaso en una taberna?

—En una taberna la gente es más humana—contesta el pasajero tosiendo—. ¿Cuándo podré dormirme otra vez? Viajé por todos los países extranjeros sin que nadie me pidiera el billete, y aquí es como si el diablo les persiga a cada momento: «El billete. El billete».

—En tal caso lárquese usted al extranjero, que le agrada tanto.

—¡Lo que me dice usted es una estupidez! ¡No hasta con que uno tenga que soportar el calor y las corrientes de aire, hay que soportar también ese formulismo...! ¿Para qué diablos necesita usted los billetes? ¡Qué celo! Lo cual no impide que la mitad de los pasajeros vayan de balde.

—Oiga usted, caballero—exclama Podtiaguin—; si no acaba de gritar y molestar a los demás pasajeros, me veré obligado a hacerle bajar en la primera estación y a levantar acta.

—¡Es abominable!—murmuran los demás pasajeros—. Eso de no dejar en paz a un hombre enfermo... ¡Acabe de una vez, en fin!

—Pero si es el caballero, que me insulta—replica Podtiaguin.— ¡Está bien; que se guarde el billete! Pero yo cumplía con mi deber, ya lo sabe usted...; si no fuera mi deber... Pueden ustedes informarse..., preguntar al jefe de estación...

Podtiaguin encoge los hombros y se aleja del enfermo. Al principio sentíase ofendido y maltratado; pero después de haber recorrido dos o tres vagones, su alma de jefe de tren experimenta cierta intranquilidad y algo como un remordimiento.

—Tienen razón; yo no tenía para que despertar al enfermo. Pero no es culpa mía. Ellos creen que lo hago por mi gusto: no saben que tal es mi obligación. Si no me creen, pueden informarse cerca del jefe de estación.

La estación. Parada de cinco minutos. En el coche de segunda clase entra Podtiaguin, y detrás de él, con su gorra encarnada, aparece el jefe de estación.

—Este caballero pretende que no tengo derecho a pedirle su billete, y hasta se ha enfadado. Le ruego, señor jefe, que le aclare si procedo por obligación o por pasar el rato. ¡Caballero!—prosigue Podtiaguin dirigiéndose al hombre flaco—. ¡Caballero!, si usted no me cree, puede interrogar al jefe de estación....

El enfermo salta como picado por una avispa, abre los ojos y muestra una cara compungida y se apoya en los cojines.

—¡Dios mío! ¡He tomado el segundo polvo de morfina, que me calmó; iba a coger el sueño, y otra vez...! ¡Otra vez el billete...! ¡Le suplico tenga compasión de mí!

—Interrogue al señor jefe, y verá usted entonces si tengo derecho, o no, a pedir los billetes.

—¡Esto es insoportable! ¡Tome usted su billete! ¡Le compraré, si quiere todavía, otros cinco; pero déjeme que me muera en paz! ¿Es posible que no haya sufrido usted alguna vez? ¡Qué gente tan insensible!

—¡Es una mofa!—dice indignado un señor que viste uniforme militar—. ¡No puedo explicarme de otro modo tamaña insistencia!

—Déjelo—le dice el jefe de estación, frunciendo el ceño y tirándole a Podtiaguin de la manga.

Podtiaguin se encoge de hombros y camina lentamente detrás del jefe.

—¿De qué sirve el ser complaciente?—añade con perplejidad—. Sólo para que el viajero se tranquilice le he llamado al jefe, y en lugar de agradecermelo, me regaña.

Otra estación. Parada de diez minutos.

Podtiaguin se va a la cantina a tomar un vaso de agua de Seltz. Se le acercan dos caballeros de uniforme y le dicen:

—¡Oiga usted, jefe del tren! Su proceder con el pasajero enfermo indigna a todos los que lo hemos presenciado. Yo soy ingeniero y este señor es coronel; le declaro que si no presenta usted sus excusas, formularemos una queja contra usted a su jefe de línea, que es conocido nuestro.

—¡Pero, caballeros, es que yo..., es que él...!

—No queremos explicaciones; le advertimos que si no presenta usted sus excusas, tomaremos al enfermo bajo nuestra protección.

—¡Está bien...! Perfectamente...; le daré mis excusas..., si ustedes lo desean.

Media hora más tarde, Podtiaguin prepara su frase de excusas para contentar al pasajero y no rebajar demasiado su dignidad. Hele aquí de nuevo en el coche de segunda.

—¡Caballero!—le dice—. ¡Caballero, escúcheme!

El enfermo se estremece y salta.

—¿Qué?

—Es que yo quiero..., ¿cómo decirlo...?, ¿cómo explicarle...? No se ofenda usted...

—¡Ah...! ¡Agua...!—grita el enfermo llevándose la mano al corazón—. He tomado el tercer polvo de morfina..., me dormía, y otra vez... Dios mío, ¿cuándo se acabará esta tortura?

—Pero es que yo..., dispéñeme...

—Basta...; hágame bajar en la primera estación... No puedo soportarlo más... Me... muero...

—¡Esto es abominable—exclaman voces desde el público—; váyase de aquí! ¡Tendrá usted que responder de sus insolencias! ¡Váyase usted!

Podtiaguin suspira hondamente y se marcha del vagón. En el coche de los empleados siéntase rendido al lado de la mesa y prorrumpe en quejas.

—¡Qué público! ¡Sea usted complaciente, conténtenlos! ¿Cómo podrá uno trabajar? Así sucede que uno lo abandona todo y se entrega a la bebida... Cuando uno no hace nada, enójanse con él; si trabaja, igualmente se enfadan con él... Beberé una copita...

Podtiaguin absorbe de un golpe media botella de *vodka*, y no reflexiona ya más ni en el trabajo, ni en su obligación, ni en la honradez.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

SOBRE ESTA EDICIÓN ELECTRÓNICA

Este libro electrónico proviene de la versión en español de la biblioteca digital [Wikisource](#)^[1]. Esta biblioteca digital multilingüe, realizada por voluntarios, tiene el objetivo de poner a disposición de todo el mundo el mayor número posible de documentos públicos de todo tipo (novelas, poesías, revistas, cartas, etc.).

Lo proporcionamos de manera gratuita gracias a que los textos utilizados son libres de derechos o están bajo licencia libre. Puede utilizar nuestros libros electrónicos de manera totalmente libre, con finalidades comerciales o no, respetando las cláusulas de la licencia [Creative Commons BY-SA 3.0](#)^[2] o, según sea, de la licencia [GNU FDL](#)^[3].

Wikisource está constantemente buscando nuevos colaboradores. No dude en colaborar con nosotros. A pesar de nuestro cuidado puede ser que se escape algún error en la transcripción del texto a partir del facsímil. Puede avisar de errores en [esta dirección](#)^[4].

Los siguientes contribuidores han permitido la realización de este libro:

- Ignacio Rodríguez
-

1. [↑_https://es.wikisource.org](https://es.wikisource.org)
2. [↑_https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es)
3. [↑_https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html](https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html)
4. [↑_https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error](https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error)

1. [Título](#)
2. [El jardín de los cerezos](#)
3. [Prefacio](#)
4. [El jardín de los cerezos](#)
 1. [Primera parte](#)
 2. [Segunda parte](#)
 3. [Tercera parte](#)
 4. [Cuarta parte](#)
5. [El misterio](#)
6. [El hombre irascible](#)
7. [Un viaje de novios](#)
8. [La víspera de la cuaresma](#)
9. [En la Administración de Correos](#)
10. [Un padre de familia](#)
11. [El fracaso](#)
12. [La cronología viviente](#)
13. [La víspera del juicio](#)
14. [Los extraviados](#)
15. [Los simuladores](#)
16. [Los hombres que están de más](#)
17. [El camaleón](#)
18. [La muerte de un funcionario público](#)
19. [¡Qué público!](#)
20. [Sobre](#)

HITOS

1. [El jardín de los cerezos](#)
2. [Sobre](#)
3. [Portada](#)